Santi Balmes

UN DÍA EN MI CABEZA

Ilustrado por Rebeka Elizegi



Canciones para gente (no) muy normal

LUNWERG EDITORES

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
CITAS
AVISO A LECTORES-NAVEGANTES. (INSTRUCCIONES DE USO)
PREÁMBULO
1. CANCIONES PARA LEVANTARTE DE BUEN HUMOR
2. CANCIONES DE DUCHA
3. CANCIONES PARA PENSAR EN TUS PARANOIAS EN EL FISIOTERAPEUTA
4. CANCIONES DE CARRETERA
(INTERMEDIO)
CANCIONES GLORIOSAS, MITOLOGÍAS Y NOTICIAS ESTÚPIDAS MIENTRAS ANDO POR LA CALLE
5. CANCIONES EN CATALÁN
6. CANCIONES DE CELOS Y DESPECHO
(INTERMEDIO)
CANCIONES QUE APARECEN EN MI MENTE
7. CANCIONES PARA DESCONECTAR DE UNA REUNIÓN POR ZOOM
8. CANCIONES PARA QUE TE PASEE EL PERRO
9. CANCIONES QUE MOLAN AÚN MÁS CUANDO VAS PUESTO DE ALGO
10. CANCIONES PARA ESCRIBIR LO PRIMERO QUE TE SALGA DE LA CABEZA
11. CANCIONES PARA SACATRÁ
12. CANCIONES PARA IRTE A DORMIR
EPÍLOGO. CANCIÓN PARA MI FUNERAL POR SI MAÑANA LA PALMO
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

El mundo interior de Santi Balmes es un torrente de imaginación, ideas atrevidas y pensamientos disparatados. Posee una voz interior que oscila entre situaciones marcianas y momentos de íntima vulnerabilidad cuando escucha una canción que le parte en dos.

En su primer libro de no ficción, el autor indaga en esa idea mezclando música y emociones, y fantasea con la idea de cómo sería pasar un día en su cabeza, esto es: capítulo a capítulo, desde que se levanta hasta que se acuesta, asociando cada momento de ese día imaginario (o no) con sus canciones favoritas, explicando su selección, en qué momento las escucha, para qué sirven.

Fantasía, erudición musical y también un poco de musicoterapia en una lectura que entusiasmará a cualquier buen aficionado a la música.

Santi Balmes

UN DÍA EN MI CABEZA

Canciones para gente (no) muy normal

LUNWERG
EDITORES

Aunque nada cambie, si yo cambio, todo cambia.
Marcel Proust
(eso dicen, pero en estos tiempos de mierda e informaciones confusas, tampoco es del todo seguro. El caso es que la frase es bonita e inspiradora, ¿verdad?)

Nuestra envidia siempre dura más tiempo que la felicidad de la persona a la que envidiamos.
Heráclito

Tira p'allá, coño, arranca, ¿que no ves que ya se ha puesto verde? Deja de mirar el móvil, puto desgraciado.
Arthur Shopenjaurl

AVISO A LECTORES-NAVEGANTES.

(INSTRUCCIONES DE USO)

Hola, humanidad:

Este libro que está en vuestras manos es el compendio de pensamientos que me vino a la cabeza durante las horas de vigilia de un día concreto de 2023, convenientemente ordenado y editado en una semana. Las canciones que aparecen en cada capítulo sirven como nexo de unión entre ese día y el programa de radio *El Món* de Rac1, presentado por Jordi Basté, con el que colaboro desde hace unos cuantos años mediante una sección diaria de un minuto de duración y en el cual relaciono noticias de índole estrambótica con una canción cuyo título o significado complemente dicha noticia. Dicha colaboración radiofónica es el germen de este libro, ya que, si no recuerdo mal, el bueno de Javier Ortega, editor de Lunwerg, lo mencionó así como de pasada, cual pescador que lanza al agua un sabroso cebo sabiendo el apetito de estímulos del pez a quien se lo lanza (sí, el pez era yo).

La infinidad de noticias que me vienen a la cabeza en mis extrañas relaciones de ideas no obedecen sino a la constante edificación de una mente en la dispersión absoluta. Lo reconozco, soy fan confeso de la anécdota por encima del hecho histórico, de lo no determinante por encima de lo trascendente. Supongo que esa atracción por una acción que se desviara del normal cauce de las ordinarias vidas humanas vino motivada, en primer lugar, por la genial enciclopedia infantil editada por Salvat hace ya unas cuantas décadas y que llevaba el fantástico título de *El mundo de los niños*. Dicha enciclopedia —dividida en volúmenes tales como «Cuentos de todo el mundo», «Lugares maravillosos», etcétera— no empachaba

al infante con datos soporíferos, sino que apelaba a su curiosidad introduciendo el milagro como estímulo primigenio del conocimiento. Si, por ejemplo, se hablaba de grandes maravillas arquitectónicas de los tiempos modernos y se mencionaba el Empire State Building, la noticia hacía hincapié en los fuegos de San Telmo que podían observarse desde los pisos superiores. Otro de sus logros, bajo mi punto de vista, es que interpelaba al lector sin cesar con frases tales como «¿Sabías que en lo alto del Empire State Building…?». Era imposible escapar a su hechizo formal, de tal manera que, una vez devorado, solía inmiscuirme en las conversaciones de los adultos para añadir algún detalle que ellos, cartesianos, prácticos y concretos, a buen seguro desconocían. Imagino que me gané la fama de niño-rata, pero, en mi primigenia vanidad de por aquel entonces, tenía la certeza de que mi comentario les había volado la cabeza y que su percepción acerca de mi persona había cambiado. *Respect!*

Tal afición continuó con el paso del tiempo. Sigue sin interesarme demasiado la cantidad de títulos que ha ganado Mike Tyson como boxeador, pero me llama la atención que un tipo como él, mientras paseaba por un zoológico, viera a un gorila abusando de otro miembro de su familia y que, decidido como solamente lo puede estar alguien que se cree por encima del bien y del mal, intentase sobornar al cuidador del zoo con cien mil dólares a cambio de que le permitiera bajar al foso y pelearse con el macho alfa. ¿De qué cabeza de chorlito surge semejante impulso? ¿A qué obedece? Esa noticia me lleva a pensar en todas las veces que visitaba el zoológico de Barcelona, de niño, y, al llegar al foso de los leones, me preguntaba qué sucedería si cayera ahí abajo. Cuánto tiempo tardarían las bestias en devorarme. Si sus colmillos en mi yugular traspasarían mi umbral de dolor hasta el punto de desconexión de la realidad, un presente que se iría difuminando, sentido a sentido, como el *fade out* de una canción. Cuánta gente hubiera chillado y

cuántos hubieran empezado a gritar «Guardas, guardas, hay un niño ahí abajo», mientras me desangro, me destripan y se comen mi hígado como las águilas se comían el de Prometeo.

Una noticia como la de Mike Tyson genera en mí este tipo de Big Bangs en miniatura; así pues, si no voy con cuidado, puedo ir mentalmente de aquí para allí en cuestión de segundos como un pollo sin cabeza. La irrupción de las redes sociales no solo no ha ayudado a contener dicha predisposición a la dispersión, sino que la ha empeorado hasta tal punto que he necesitado de la meditación trascendental como contrapunto. Sin embargo, sigo defendiendo el hecho singular para entender la diversidad de la existencia, lejos de verdades absolutas y generalizaciones hijas del racionalismo.

En fin. Con lo anterior ya estáis avisados. Sin querer, he elaborado un texto en el que se parte de una realidad personal y la sucede una anécdota, que a su vez lleva a otro tipo de reflexiones. Bien mirado, creo que sin querer he esbozado la arquitectura formal de las próximas páginas. Espero que aún mantengáis la predisposición a zambulliros en mi cabeza a partir de ahora.

Puede que aparezcan bandas repetidas en las próximas páginas. Es lo que tienen las grandes bandas. Pueden tocar emociones variadas y tocarte justo ahí.

Pertenezco a una generación que devoraba la discografía de sus bandas preferidas. Leía acerca de la vida de sus miembros. Buscaba en ellas actos legendarios, trifulcas. Es lo que tiene que nos llegara poca información: la que uno tenía a mano, la devoraba. Para nuestro mal, éramos sectarios. Si te gustaban los Pixies, era raro que escuchases The New Kids on the Block. Lleva toda una vida dejar de ser un jodido sectario. La generación de mis hijas, con todos los medios a su alcance para conocer todo tipo de manifestaciones culturales, me ha enseñado que una lista de reproducción puede incluir desde Kendrick Lamar hasta Led Zeppelin. Por el contrario, es casi imposible que profundicen en nada. Pertenecen a una cultura de picoteo. Se acabó eso del menú

consistente en primer plato, segundo y postres. Navegan por la vida pillando todos los platitos que el camarero les ofrece. Cultura y entretenimiento se mezclan. Ven *La isla de las tentaciones* y al día siguiente ven la nueva película de Alex Garland.

A mi edad, sospecho que he incorporado sin darme cuenta su manera de consumir la cultura. Sin embargo, como es comprensible, cuando tiro de memoria para un libro que pretendo escribir partiendo de lo que sucede en mi mente en un día concreto, sé que mis recuerdos seguirán anclados en una particular forma de concebir la música. Muchas canciones se grabaron a fuego, repetidas en tu platina o casete en centenares de ocasiones. No tiene nada que ver con su calidad. Tiene que ver con la época en la que impactaron en tu corazón.

Robert Smith dijo en una entrevista que en su último disco podría estar el mejor tema de toda su discografía, y al fan le daría igual. Para el seguidor de The Cure, esa canción resultaría del todo irrelevante, incluso prescindible en el repertorio de un concierto: la mayoría solo querría escuchar los temas antiguos. Lo mismo podría decir de la carrera con Love of Lesbian. No es lo mismo escuchar *Allí donde solíamos gritar* en una etapa vital increíblemente intensa, cuando todo se exacerba, cuando algo se ha roto, que prestar una atención más bien mental años después a un tema como *Sesenta memorias perdidas*. Si muchos escucharon la primera canción en un momento de ruptura, puede que la segunda la descubriesen en su coche, atascados en un tráfico infernal, o mientras dejaban a sus bebés en la guardería. En definitiva, en un contexto emocional mucho menos intenso. Hacer música es como hacer el amor. Emisor y receptor deben estar sincronizados.

Ah. Se me olvidaba. También quiero insistir en lo siguiente: si este libro lo hubiese escrito un día después o un día antes, su contenido sería radicalmente distinto, y ahí es donde creo que reside la gracia del asunto. Si hubiera narrado otro día en mi cabeza, los estímulos exteriores habrían sido diferentes, así como las obligaciones mundanas o las sensaciones corporales. Somos seres

mutantes, y lo único constante es el cambio. Pensar que uno puede llegar a conocerme a través de estas páginas o, dicho de otro modo, sacar conclusiones tales como «está como una cabra», sería coger la parte por el todo.

Si pensáis que estoy loco, me estáis subestimando.

Se os quiere.

EL AUTOR

PREÁMBULO.

La cosa fue muy rápida. Tenía doce años y salía de una feria llamada Sonimag, andaba por plaza de Espanya y me dirigía a casa de mi abuela. Fue entonces cuando me topé con un circo instalado en la antigua plaza de toros de las Arenas. De repente descubrí a tres enanitos del elenco sentados en una de las escaleras laterales. Los supuse descansando de una larga jornada de acrobacias aéreas y, aunque nunca he sido muy fan del mundo circense, me hizo especial ilusión ver a aquellos seres mágicos en un momento de relax. Mientras me acercaba, escuché que los hombrecillos chapurreaban una mezcla extraña de idiomas que años después supe que era una amalgama entre el rumano y el italiano. A su lado, un payaso blanco con una sonrisa desgastada y restos de maquillaje se encendía un Ducados sin mucho entusiasmo. Al pasar frente a ellos me preguntaron algo que nunca olvidaré.

—*Bambino, dove ci sono le putane a Barcelona?*

Como crío que era y dada mi poca experiencia con el idioma del país transalpino, aquello me dejó pasmado. Sabía de qué iba la vaina, pero, joder, ¡mi mente no podía procesarlo! Los enanos insistían, «sí, sí, putane, je, je», y sus sonrisas —con dentaduras que habían sufrido más de una baja— parecían adquirir un tono transgresor, como si supieran que estaban violando una ley no escrita del universo: la que dicta que los reinos mágicos de la infancia son intocables. La escalera de la plaza de toros parecía cada vez más alta, y la tensión se palpaba en el aire. Fue entonces cuando el payaso blanco, con su desidia y su cigarro a medio fumar, se levantó de su asiento y me soltó la frase que me sacó de mi ensimismamiento:

—¡QUE DÓNDE HAY PUTAS, PASMAO!

El resto de enanitos se partieron la cajita de la risita.

Y ese fue, oficialmente, el final de mi infancia. *People Are Strange*. The Doors.



1. **CANCIONES PARA LEVANTARTE DE BUEN HUMOR**

AUN SABIENDO QUE EL RESTO DEL DÍA EL RESTO DEL MUNDO YA SE ENCARGARÁ DE QUE SEA CUESTA ABAJO

8 de la mañana //

Que la mañana empiece ni más ni menos que con una llamada de Albert Pla es una señal inequívoca de que el día va a ser, como poco, surrealista. Al otro lado de la línea detecto en su voz un halo de preocupación. Me dice lo siguiente. «No he pegado ojo en toda la noche. Creo que ayer ofendí a tu hija Irene». Segundos de silencio intentando asimilar la frase del genio de Sabadell, seguidas de un «¿Que tú quéééé?». Luego, y mientras me explica la movida de marras, por unos segundos sospecho que en realidad no es Albert Pla, sino un imitador, y que ahora mismo estoy siendo víctima de alguna broma radiofónica. Acto seguido empiezo a entenderlo todo.

Albert y mi hija han rodado una serie juntos llamada *La Mesías*. Ahora mismo se está emitiendo. Pues bien, resulta que, junto a Biel Rossell —Biel hace de hermano de mi hija—, tienen un grupo de WhatsApp donde comentan cada capítulo que se emite. Las bromas son continuas. Albert le dice a Irene «en este capítulo has estado fatal» a lo que Irene responde que va a montar un grupo de haters de Albert Pla. Ayer emitieron el capítulo 4, donde podría decirse que mi hija es bastante protagonista. La cuestión es que Albert le dijo algo así como que, si bien en capítulos anteriores había estado horrible, en el capítulo cuarto, con esos primeros planos, había demostrado que era una actriz nefasta. Todo muy jur, jur, jar, jar. El caso es que mi hija, que esta noche ha dormido en Madrid en casa

de su amiga Marta, le envió un audio al bueno de Albert soltándole algo así como que estaba totalmente hundida por sus comentarios, y que se había pasado de castaño oscuro, hasta el punto de que, tras hablar con nosotros, había considerado el hecho de denunciarle. *Whaaat?*

Le digo a Albert que seguro que era una broma. Mientras me pongo los calzoncillos, le aseguro que mi hija siempre habla de él en términos de sumísima admiración y que cada día, al volver del rodaje, me soltaba que se reía muchísimo con él —bien mirado, que Irene me haya tenido a mí como padre biológico y a Albert Pla como padre en la ficción solo puede fortalecerla— pero detecto que él necesita confirmarlo al cien por cien hablándolo con ella.

Llamo a Irene. Está en el AVE. Le digo —no sin pocos problemas de conexión— que llame inmediatamente a Albert Pla y que le diga que solo ha sido una puta broma de adolescente. Media hora después Albert y yo estamos riéndonos del malentendido. Me comenta que en sus cincuenta y siete años de vida es la primera vez que le trolean y le consuelo diciéndole que yo llevo diecisiete sufriendo este tipo de atentados por parte de mis hijas. Mi familia es muy intensa y dada a la provocación. Como el día en el que mi amado Dani, el teclista de Love of Lesbian, llega a casa y le pregunta a Laura, mi hija mayor que cómo estaba. ¿Que cómo estoy?, le contesta. Pues tengo dieciocho años, estoy salidísima. De verdad, yo no sabía dónde meterme. Le dije a Dani que era una provocadora, y él me contestó: A ver, Santi, no sé yo, pero no sé de qué te extrañas. Después de eso todo fue a peor. Laura soltó algo en referencia a los feos, así que le dije a mi hija, delante de Dani, que jamás volviera a juzgar a las personas por su apariencia, y añadí —con toda mi mala intención posible por empeorarlo— que un feo podría tener pasta. En aquellos momentos Dani estaba a cuadros, aunque sabía que todo era puro teatro y que nos habíamos venido arriba, padre e hija, al tenerle como público.

El problema surge, creo yo, en el momento en el que mis hijas piensen que el resto del mundo compartirá ese humor tan brutal. Espero, por su bien, que aprendan con quién sí y con quién no, como lo hizo su padre a base de ensayo-error, aunque, bien mirado, me contuve ciertamente tarde. Hace tan solo diez años pedí perdón al público por mi leve afonía argumentando que tenía atrancado en las cuerdas vocales un pelo de coño. La reacción del público fue de estupor absoluto. No contento con ello, creo recordar que le solté lo mismo, en un estudio de grabación, al mismísimo Joan Manuel Serrat. ¿Quién soy yo entonces para quejarme? Siembra vientos y recoge tempestades.

En fin. Ahora mismo suena *Sunday Morning*, de la Velvet Underground, aunque en realidad sea lunes. Que dicha canción sea la primera de mi playlist mañanera no es baladí. *Sunday Morning* es el puente perfecto para salir del líquido amniótico del sueño y enfrentarse al frío aire matutino, y hablo de frío como una sensación anímica que noto cada mañana aunque sea agosto. Parece que estoy sufriendo el síndrome de la cama caliente: dicen que a medida que envejeces, aunque hayas sido un noctámbulo recalcitrante, tus biorritmos cambian para sincronizarse con el ciclo solar. ¡Pues yo no encuentro manera de pillarle el gustillo a levantarse pronto! Al menos he dormido bien, y lo atribuyo a mi agnosticismo impenitente.

Según un estudio, los agnósticos y ateos duermen mejor que los creyentes. El 73 % de ellos logra más de siete horas de sueño, mientras que solo el 63 % de los católicos y el 55 % de los bautistas llegan a tanto. ¿Tal vez los no creyentes tienen menos culpas que callar antes de dormir? Bien podría ser, si te vas a dormir con imágenes de Satán señalando una caldera de agua hirviendo y soltándole al creyente «tienes una suite reservada para ti, que sé con lo que te excitas, feligrés». Debe de ser un auténtico coñazo tener integrada la idea de un dios omnisciente y omnipresente sentado a tu lado todo el rato conociendo todas tus averías.

Lo dicho. No he logrado transformar mis biorritmos hacia la matutinidad. Debo de ir unos diez años por detrás de mi edad cronológica —quizá veinte—, aunque ese detalle me va bien para estos primeros días en los que estoy tomando contacto con el gimnasio. En realidad, soy viejo, pero como no he hecho deporte, no me he desgastado. Por decirlo de otra manera, soy como un viejo coche nuevo.

Mi conflictiva historia con las mañanas viene de lejos. Lloraba como un desgraciado cuando me levantaban para ir a la guardería, me quejaba en silencio cuando tenía que ir al colegio, me resigné en mi bachillerato y épocas universitarias, y a duras penas era capaz de llegar puntual en mis primeros trabajos, considerando, de una forma un tanto vanidosa, que mi carismática presencia en dichos empleos bien valía un margen de diez minutos de cortesía. Por cierto, Santi Balmes, no ibas tan equivocado en esas épocas de tu vida, ya que se calcula que los trabajadores que emplean más de una hora en llegar desde sus casas a su oficina deberían cobrar un 40 % más que los que llegan andando. Encima, ese tipo de biorritmos se heredan. Laura, mi hija mayor, me dijo un día con cuatro años: «Papá, ayer me porté fatal en el cole. No merezco volver».

Las ideas que me cruzan la cabeza cuando aún ando en un estadio semionírico pasan, en primer lugar, por recordar el extraño ánimo que me provoca irme a dormir después de tragarme un par de capítulos de *A dos metros bajo tierra*. Esa manera de empezar todos los capítulos, siempre con una muerte inesperada, no ha hecho otra cosa que obligarme a pensar, cada maldita mañana, que este nuevo día bien podría ser el último. Nadie, exceptuando un moribundo —y me atrevería a decir que ni siquiera un moribundo—, abre los ojos intuyendo que ese día va a palmar. Como es normal y sano, nuestro software mental obvia esa posibilidad. Sin embargo, los días en los que uno se levanta con plena conciencia de que podría ser así —que te puedes resbalar o el corazón igual dice

«hasta aquí hemos llegado»—, esos días en los que uno es del todo consciente de su caducidad, provocan indefectiblemente un nuevo planteamiento de lo que queda del día.

Eso pasa por soportar las mínimas gilipolleces posibles, intentar echar un último polvo, componer una última canción o, en un plano mucho menos ambicioso pero no por ello menos valioso, disfrutar respirando. De repente, un pensamiento atroz —quizá el más bestia que mi cerebro ha parido jamás— me susurra «todo da exactamente igual». Nada ha existido. Tú, ellos, nosotros, tu cafetera, Ganímedes. Nada. Jamás ha existido Napoleón, ni esa campesina de la Edad Media. Ese Santi Balmes que ahora mismo gira su cuerpo buscando más placer en su particular Kamasutra del sueño no es más que un leve destello de electricidad fugaz, y en realidad, no ha existido jamás. Existimos y a la vez no hemos existido. Porque todo está destinado a perecer, y si no va a quedar absolutamente nada que documente la existencia, es decir, si nada va a ser recordado, entonces ha sido y a la vez no ha sido. Bien mirado, bajo esa premisa, podría levantarme, tomarme un café y asesinar a todo mi vecindario a golpes de sartén. Supongo que algún psicópata habrá llegado a esa conclusión antes de empezar a liarse a tiros. Nadie me va a juzgar, todo es mentira. Y encima, por si no bastara, empiezan a aflorar algunos intelectuales, filósofos, matemáticos, planteando que nuestra vida podría ser una simulación. Es decir, el niño que se muere de hambre en Gaza, el presidente de la República Francesa, la vaca que pasta y la avispa asiática que decapita abejas son meras piezas de un programa informático gigantesco ejecutado por una inteligencia superior. Hostia puta. Como esto no remonte, como no invierta el mood, preveo un día existencialista por delante.

Cambio de tercio. Ahora intento recuperar partes del sueño que he tenido y que probablemente ha durado milésimas de segundo. Recuerdo viajar en coche y perderme en carreteras repletas de curvas. Al abrir los ojos, me ha venido a la cabeza un dato que leí hace poco: en el Pacífico existe una isla, dentro de esa isla hay un lago y dentro de ese lago hay otra isla. Menuda maravilla fractal.

Cuando tengo que salir de la cama me lo planteo to-do, y me solidarizo con ese hombre de la India de veintisiete años que recientemente denunció a sus padres por llevarlo a la vida sin su consentimiento. Los acusa, el gachón, de tener que enfrentarse al sufrimiento de la existencia. Quizá la madre naturaleza fabrica a personas por encima de sus posibilidades, pero aún en la duermevela —con los ojos entornados y oteando el abismo del sueño por la derecha y el vértigo de la vigilia por la izquierda, sin ser capaz de decidirme hacia dónde dar el salto— pienso que la madre de ese impresentable debería contraatacar con otra denuncia y reclamarle al joven indio-emo una cantidad simbólica correspondiente a los nueve meses que aquel tipo usó su vientre como fábrica de ese futuro depresivo traicionero.

Mi despertar es terrible, como un vampiro al que desentierran en su sueño profundo. En mi caso lo tengo monitorizado: alcanzo el más profundo de los sueños ¡a las 7.30 de la mañana! ¿Seré vampiro? En la década de 1990, el arqueólogo Hector Williams y sus colegas de la Universidad de la Columbia Británica descubrieron un esqueleto adulto masculino cuyo cuerpo había sido clavado con estacas a la tierra en un cementerio del siglo XIX en la isla griega de Lesbos. Quien enterró al hombre había puesto varios clavos de hierro de 20 centímetros de largo en su cuello, su pelvis y sus tobillos. Es evidente que alguien no quería que el tipo escapase de su tumba.

Volviendo a mi persona, el hecho de llegar tarde —cosa que ahora mismo no soporto— lo consideraba también como una manera inconsciente e insolidaria de llamar la atención, el germen de una diva. Desde pequeño me había jurado y perjurado que de mayor me dedicaría a alguna profesión que me permitiera levantarme a una hora decente. Si me dieran a elegir una hora para sacar el culo de la cama el resto de mi vida, creo que las 10.30 de la mañana me haría firmar un contrato de compromiso horario, teniendo en cuenta que mis biorritmos me llevarán, sin remedio, a acostarme a las dos de la mañana en líneas generales, no importa la hora en la que me haya

levantado. Si duermo menos de ocho horas soy una hez. A veces si he dormido poquísimo, he llegado a creer que padezco del síndrome de Cotard, también conocido como delirio de negación, un trastorno mental raro en el que la persona afectada cree que está muerta, en proceso de morir o que ha perdido sus órganos internos o extremidades. Las personas que experimentan este síndrome pueden negar la existencia de su cuerpo o notarlo en un estado de putrefacción, y no es porque no se hayan duchado.

Aun así, las cosas me habrían ido mejor en la vida si hubiese tenido como despertador *Grease*, cantada con Frankie Valli. Cuando con seis años vi la película por primera vez, me di cuenta de que el arranque de la sección de vientos y el *groove* del tema en general no solamente me avisaban de que la historia iba a ser interesante, sino que noté que la adrenalina me subía a límites poco recomendables para estar sentado en la butaca de un cine. Posteriormente, con siete años, tuve la oportunidad de debatir dicho inicio con Randal Kleiser, el director, y estuvo del todo de acuerdo con mis conclusiones: *Grease* podría ser la banda sonora de una erección matutina, del nacimiento, del primer pedaleo en bicicleta. Animado por la sonrisa de Orson Welles a mi derecha, me vine arriba hasta asegurar que el inicio de la existencia de todo ser humano debería ser *Grease*. En definitiva, la primera canción de *Grease* es musicoterapia por excelencia. Orson me dijo: Nunca crezcas, chaval, no te hace falta. Le contesté al bueno de Orson que intentaría madurar lo más tarde posible, ya que, a fin de cuentas, después de la maduración lo que viene es la podredumbre.

Me atrevo a salir de la cama para ir al lavabo. Me encantaría salir del lecho como una pulga. ¿Por qué? La velocidad de una pulga cuando despega es veinte veces superior a un cohete espacial, aunque, claro, si emergiera de las sábanas con semejante impulso, acabaría con el cráneo incrustado en el techo, imagen que despierta en mí una sonrisa maliciosa, consistente en la policía forense entrando en mi casa y viendo mi cadáver colgando como una lámpara.

Voy al lavabo y hago un pis como si no hubiera un mañana, aunque nunca superaré a la persona que ostenta el récord mundial del pipí más largo de la historia, ocho minutos y medio sin parar de orinar. También frente al inodoro, me viene a la cabeza aquel infausto día, con cinco años, que me pillé el glande con la cremallera —dolor sumo— y lo recuerdo ahora mismo porque según un estudio, entre 2002 y 2012 se registraron más de ¡17.000! visitas de hombres a salas de emergencia en los Estados Unidos debido a lesiones en los genitales causadas por cremalleras de pantalones. Poca broma.

Desayuno un trago de yogur líquido sabor piña y coco, junto a una roja, jugosa y suculenta manzana. Me hago un café mientras recuerdo que el año del Señor 1746 un rey sueco intentó demostrar que dicha bebida era nociva de la hostia y lo hizo de la siguiente manera: cogió a un par de gemelos, a uno le obligó tomar café durante el resto de su vida en cantidades ingentes, y al otro igual pero con té. El resultado fue que los dos gemelos sobrevivieron tanto al rey como al resto de doctores que controlaban el experimento. Que le jodan.

Para mi desgracia y continuado castigo hacia mi autoestima, me enciendo un cigarrillo con los últimos sorbos del expreso, a sabiendas de que en breve empezaré a tomarme esa pastilla que consigue el milagro de dejar de fumar. Para el caso, hace dos semanas que acudo a diario al gimnasio municipal. David, mi entrenador, marido de Ana, peluquera de toda la vida y a la que siempre tengo que obligar a que me cobre —«Ya me lo darás, tranquilo»—, me machaca un día tras otro con elípticas y aparatos más propios de la Inquisición. Pero como pasa a todos los que tenemos tendencia a ser adictos, me cercioro de una verdad que en otras épocas de mi vida no hubiera creído. El deporte engancha, y si no fuera porque hoy tengo la espalda peor que la columna de un playmobil, me estaría preparando para machacarme vivo. ¡Quién te ha visto y quién te ve, Santi Balmes!

Primer incendio que apagar. Leo el wasap de mi gestor: tengo cuarenta y ocho horas para enviarle todas las facturas del trimestre. Como he aprendido que estas ingratas mierdas burocráticas es mejor quitárselas de encima cuanto antes, me conjuro para recopilar toda la información antes de que acabe el día. Luego, cuando me diga lo que tengo que pagar, ya me consolaré pensando en camas de hospital para gente muy jodida.

Vuelvo a mis pensamientos. Ay, el fumar. Se consume anualmente en el mundo un fáustico número de ¡seis trillones de cigarrillos! de los cuales, la inmensa mayoría terminan arrojados y desamparados en calles, parques, ríos, bosques, praderas o en las aguas del mar. Las colillas, en realidad, asumen el rol de la primera fuente de basura a nivel mundial, sobrepasando en peso y cantidad a las bolsas de plástico, envases de alimentos y botellas, en un escandaloso 30 % del total de desperdicios. Cuatro trillones y medio de pitillos se arrojan sin más cada año al vertedero de nuestra propia imprudencia y falta de responsabilidad ecológica. Por la parte que me toca, intento escapar de la culpa recordándome a mí mismo que en unos días tengo hora con la Seguridad Social para seguir una terapia para abandonar el vicio, y espero que la solución sea más amable que la que perpetró consigo mismo Ibrahim Yucel. Tenía cuarenta y dos años y un vicio que lo carcomía desde dentro. Aquel buen señor se había prometido dejar de fumar, pero sus buenas intenciones siempre se iban por el retrete en cuanto ponía un pie fuera de su casa. Hasta que un día se le ocurrió una solución radical: una jaula facial. El hombre se enfundaba cada mañana una jaula en la cabeza, cerrada con llave, que su mujer se guardaba como en un búnker. Era la única forma de impedir que él mismo se engañara y se encendiera un pitillo. ¿Locura? Tal vez. ¿Efectivo? Ignoro el resultado. Dicen que las medidas extremas son las únicas que funcionan. Visualizo a Ibrahim, cada día, por la calle, con su ridícula jaula en la cabeza. La gente lo mira de reojo, lo señala con el dedo, murmura a sus espaldas. Pero él no se inmuta. Sabe que es el precio que debe pagar por recuperar su salud y su libertad. También le

imagino sacando la lengua de la jaula para practicarle sexo oral a su mujer. Solamente la puntita de la lengua, y con no pocos esfuerzos. Efectuando un sonido tal que «blee, bliiiii, ñeeeee».

La playlist mañanera me regala ahora *Our House*, de Madness. Me viene entonces a la cabeza una maravillosa anécdota en referencia a la legendaria banda de ska. En 1992, Madness ofreció un concierto en el estadio de Wembley. Allí, ante una multitud que superaba las setenta mil almas, la música y la efervescencia de los presentes generaron ondas sonoras tan intensas que los sismógrafos de la urbe las detectaron. El clímax de dicha actividad sísmica tuvo lugar en el preciso momento en que la banda interpretaba su conocido tema *One Step Beyond*. El temblor fue resultado de la pasión y el entusiasmo que imperaban entre el público; en definitiva, a tanta gente botando, como aquella frase dicha hasta la saciedad, consistente en que si todos los chinos saltaran a la vez, el impacto sería suficiente para mover la Tierra fuera de su eje o causar algún tipo de catástrofe global. Aunque esto parece muy improbable, la teoría ha sido objeto de muchas discusiones y debates a lo largo de los años, e incluso se ha llevado a cabo un experimento para intentar probarla. De hecho, en 2001, un estudiante de secundaria en los Estados Unidos convocó a través de internet a todos los chinos del mundo a que saltaran al mismo tiempo para ver si se producía algún efecto en el planeta. La convocatoria no tuvo mucho éxito, como cabía esperar, ya que los chinos no están para saltar al capricho de un niño rata yanqui.

Empiezo a notar movimientos en mi intestino. Siempre he pensado que tengo que hacer un dúo humorístico-musical llamado Café y Cigarro. Obviamente, el disco de debut se llamaría «Muñeco de barro», y sería el último clavo de mi ataúd en referencia a la fama de chalado que me he ganado. Dios mío, Santi Balmes, qué ido estás. Me río cuando tanta gente piensa que el autor de *El poeta Halley* va por la vida en formato verso, igual que me enojo si hay gente que piensa que mi estado normal es el de *Marlene, la vecina*

del Ártico. Ni uno ni otro, ni tanto ni tan calvo. Hay días en mi vida increíblemente fructíferos, y otros en los que solo puedo decir que me encanta el café.

Por cierto, ¿quieres limpiar tu hígado y desintoxicar tu cuerpo? ¡Prueba el enema de café! Este método alternativo consiste en meterte café por el trasero para estimular tu hígado y eliminar tóxicos de forma más rápida. Solo necesitas hervir tres cucharadas de café en un litro de agua, hacer una infusión, dejar que se enfríe y luego introducírtelo en el colon con un irrigador. Los médicos alternativos dicen que esto cura todo, desde el alcoholismo hasta la lengua sucia. Así que adelante, toma tu taza de café allí por donde amargan los pepinillos y siente la diferencia.

Con respecto al noble arte del vaciado, no puedo quitarme de la cabeza algo que leí hace unos días: en Corea del Sur existe un museo dedicado a la caca. Poopoo Land. También recuerdo una expresión alemana que se refiere a la necesidad de defecar exclusivamente en el hogar: se llama *Heimat-Can*, y *Heimscheißer* es aquel tipo que solo se siente capaz de cagar con tranquilidad en el inodoro de su casa. España, llena de bares por doquier, es quizá el indicativo de que un español defeca donde y cuando quiere. En realidad, para unos cuantos españoles el bar es más su hogar que su propia casa, y para el resto, no tienen tantos miramientos que los teutones, tan celosos de su privacidad.

¡Espera! Ahora que lo pienso, conozco a unos cuantos de mi entorno que bien podrían ser calificados como *Heimscheißers*. Dicha manía puede ser un inconveniente, pero sin duda sería mucho peor que a alguien le sucediera lo que a un tipo llamado «hombre globo» o «bolsa de viento»: el tipo nació sin problema alguno, pero según crecía su abdomen se fue agrandando y tenía problemas de intestino y estreñimiento. Con los años, su dificultad para soltar lastre, resolver sus asuntos internos, enviar un fax, vaciar la papelera de reciclaje, poner un huevo, tener a Jordan colgando del aro, desechar una hipótesis o liberar su producto interior bruto se hizo más y más grande, así como su vientre. Los médicos sabían que no era un

tumor, sino un colon jodido, pero la cirugía era peligrosa. Terminó muriendo a los veintinueve años, como no podía ser de otra manera. Intentando cagar, por cierto.

Damos por sentadas muchísimas cosas en esta vida. Tenemos la absurda tendencia de pensar que cosas como el papel higiénico siempre han existido, y nada más lejos de la realidad. Antes de la invención del papel higiénico, la gente tenía que ser un poco más creativa a la hora de mantenerse limpios después de ir al baño. Algunos pueblos antiguos utilizaban piedras, musgo o incluso conchas de mar para limpiarse después de ir de vientre. No obstante, la higiene personal no era una prioridad para todos, que se diga. Muchas personas simplemente se limpiaban con sus propias manos y luego se las limpiaban con cualquier cosa. ¿Somos capaces, no sé, de imaginar al mismísimo Abraham, el del Antiguo Testamento, guiando a su tribu con la mano sucia? La respuesta es un no rotundo. ¿Pudo suceder? Bueno, creo que la cuestión en verdad importante es si existió o no Abraham. Sin ir más lejos… ¿Existió Jesucristo? Se han escrito libros que lo ponen en duda. Madre mía. Si fuera cierto que jamás existió, vaya jarro de agua fría para centenares de millones de muertos, quizá miles de millones en toda la historia de la humanidad, que dieron la vida por Él.

Como monarca absoluto de los conceptos desagradables, no puedo dejar de mencionarme a mí mismo el término americano acuñado en los Estados Unidos: «el beso de Poseidón». Se refiere a cuando nos salpicamos los glúteos con el agua de la cisterna al defecar. También me viene a la cabeza el bueno de Salvador Dalí, haciendo gala de su catalanidad, y consecuente obsesión con la escatología, cuando narraba cada día la forma y textura de lo que había expulsado por el culo, y acto seguido recuerdo una vez que le dije a uno de mis compañeros, en un ataque de vanidad, que servidor no defecaba, sino que eliminaba imperfecciones.

También me viene a la memoria una ráfaga de recuerdos extraños: cuando, con trece años, quería quitarme de encima una carga de enamoramiento excesiva, intentaba visualizar a mi amor

platónico cagando. Si estaba enamorado hasta las trancas, dicha imagen me resultaba imposible. Luego reflexiono que, ya que me ha tocado pasar media vida de gira, comiendo en centenares de restaurantes y viajando a horas intempestivas, si Dios me hubiera maldecido convirtiéndome en un *Heimscheißer*, algún día me habría pasado lo mismo que los mentideros de internet van diciendo sobre Colin O'Brady, la primera persona que cruzó la Antártida, de quien dicen que se cagó en los pantalones el primer día de la expedición, así que tuvo que proseguir durante casi dos meses más con aquel peso a cuestas —imagino que en forma de granizado—, cosa que el bueno de Colin se ha encargado de desmentir por activa y por pasiva.

Finaliza *Our House* y mi momento escatológico. Mi playlist mañanera me regala los oídos con *Babies* de Pulp, inspirada en una historia real de Jarvis Cocker, quien se enamoró en la escuela secundaria de una chica llamada Deborah, pero nunca se atrevió a confesarle sus sentimientos. Años después se enteró de que Deborah había tenido un bebé con otro compañero de clase, lo que lo llevó a reflexionar sobre lo que pudo haber sido.

Me lavo los dientes siguiendo mi ritual, consistente en bailar como un anormal delante del espejo los yeah, yeahs de la canción mientras recuerdo la vez que nos encontramos a Jarvis Cocker en un tren París-Barcelona. Vaya usted a saber por qué nos dio la vena de volver en tren después de nuestro concierto en la capital gala, pero lo cierto es que el destino nos llevó a compartir el mismo vagón y fila de asientos con el bueno de Cocker. Al principio no me di cuenta, pero Julián se acercó a mi oído y me dijo *Has vist a qui tens al costat?* Me giré hacia la izquierda y me atraganté con mi propia saliva. Al cabo de un rato diseñé un plan para abordarlo. En realidad, lo tenía relativamente fácil. Ambos compartimos la misma agente literaria, Mónica Carmona, así que la usé como cebo.

«*The two of us share the same literary agent*», le dije con mi acento de Sant Vicenç dels Horts, pero la frase hizo su efecto y pude compartir unas charlas con mi ídolo durante aquel viaje inolvidable. Viajar en tren tiene estas ventajas. La velocidad está al límite de lo comprensible por un cuerpo humano, vas sobre tierra, ves el territorio desfilar delante tuyo, y si tienes la suerte de no soltarle ninguna estupidez a tu ídolo referente a los mundos del inodoro, en definitiva, de no descarrilar, el viaje se convierte en legendario. Jarvis, ataviado como desde hace años con su *outfit* de profesor de filosofía, fue extremadamente amable. De hecho, a la llegada a Barcelona salió antes que nosotros y me quedé planchado al pensar que no me había podido despedir de él, pero cuál no sería mi sorpresa al bajar del tren ¡y ver que nos esperaba para despedirnos en condiciones! La vida me ha dado momentos maravillosos, y ha constatado algo que se ha convertido en una ley casi inmutable e indiscutible: cuanto más talento, más humildad, y también al contrario.

Me desnudo y compruebo el estado de mi par de cicatrices en la ingle tras la operación de hernias inguinales: ellas solitas han creado el dibujo de un dos cejas enfadadas. Me viene a la cabeza el día en el que me operé. Ya en la camilla, mientras un huevo de gente a mi alrededor ultimaba los detalles, una enfermera me bajó los calzoncillos y dijo «Deberías haberte rasurado. Maldita sea, los médicos nunca se lo dicen a nadie, siempre se escaquean». Acto seguido agarró la moto de un manotazo y me depiló sin ningún tipo de miramiento. Intenté llevármela a mi terreno, diciéndole que aprovechara para hacerme un rasurado brasileño, pero me di cuenta de que a las ocho de la mañana nadie puede hacer reír a una enfermera no vocacional. «Sí, claro, y te compro un tanga», me dijo o algo así. A continuación, más amable, me hizo inhalar unos vapores maravillosos y ya solo puedo recordar un «buen viaje» antes de caer en brazos de Morfeo. Me fui a los mundos de la dulce oscuridad, como si escuchara *Aviation*, de The Last Shadow Puppets,

el grupo paralelo que tiene Alex Turner, de los Arctic Monkeys, con Miles Kane. Queda mal decirlo, pero me gustan más cuando colaboran juntos que con sus proyectos nave-nodriza.

Otro tema sencillamente perfecto, ideal para quitarme la ropa delante del espejo y seguir bailando, es *Kinky Afro*, de The Happy Mondays. Improviso movimientos estúpidos y de pronto recuerdo una curiosa teoría que leí no hace mucho: la pose de superhéroe te hace sentir poderoso. ¿Me estás vacilando, Santi Balmes? No. Hay estudios para todo en la vida, y por lo visto, un par de ellos lo corroboran. Los investigadores Dana Carney, Amy Cuddy y Andy Yap encontraron que asumir posturas abiertas de poder, como la de superhéroe, aumenta los niveles de testosterona y te hace sentir y actuar de manera más poderosa. En otras palabras, ponte en posición de superhéroe y te sentirás como tal, y dicho pensamiento me viene al pelo para enlazarlo con la siguiente canción, *We Got the Power* de Gorillaz, momento en el que pienso en el enorme poder de la música para elevarte el ánimo, igual que, como efecto compensatorio existencial, la gente tiene el poder de joderte el día con sus gilipolleces de malfollado.

Son las 8.30 de la mañana, por ahora no ha sucedido, sigo sin palmarla, pero en menos de un par de horas algún funcionario idiota, vecino estúpido o acosador cibernauta habrán logrado el milagro de convertir mi sangre en ácido sulfúrico. Porque, como dice el bueno de Damon Albarn, *we got the power to do it*, ciertamente. Ya en bolas, me pregunto ¿qué mejor que prepararme para la ducha que un tema con una progresión espectacular, como *Another Man's Woman?* Como fan irredento de Supertramp —me acompañan desde pequeño—, este tema me enloquece, y no porque sea de sus mejores logros, sino por la parte final, cuando, sencillamente, el piano de Rick Davies y la guitarra de Roger Hodgson se turnan, complementan y copulan hasta el delirio, y es que Mozart tenía razón: «Las notas musicales no tienen ningún valor en sí mismas, solo adquieren valor por las relaciones que existen entre ellas», y el

final de esa canción, esa orgía musical que sirvió como cabecera del programa *Informe Semanal* durante unos años da fe de las palabras del genio austriaco.

Pensando en la maravillosa teoría de las posturas de superhéroe, mi mente enlaza esa idea con otra, por lo visto, idónea para hackear tu mente para bien: resulta que hablar de uno mismo en tercera persona puede ayudar a ser más humilde, tener una perspectiva más amplia de las cosas y ser más comprometido con los demás. Por lo visto, este método retórico utilizado por grandes figuras de la historia, como Julio César o Coleridge, permite abstraerse de la subjetividad y analizar los hechos de manera más objetiva. Incluso puede mejorar temporalmente la toma de decisiones. Veamos. «Santi Balmes es un genio». No. Para adquirir humildad no funciona.

Por cierto, encontré una aplicación donde uno podía escribir un texto y te recitaba tus palabras con voces de cantantes famosos. Lo primero que hice fue buscar a David Bowie, quien, *post mortem* y con gorgoritos al estilo de discos como «Hunky Dory», berreó: «*Santi Balmes is a fucking geniouuuus*». Me lo puse treinta veces mientras me partía la caja de lo idiota que puedo llegar a ser. No. Ese rollo de la tercera persona no funciona conmigo, pero en cuestión de chupar energías melódicas soy un especialista. *Rock de Casbah*, de The Clash, es un ejemplo claro, y me corrobora en la creencia de que la música sabe transmitir una idea aunque no entiendas un carajo la letra, porque, precisamente, el tema habla de un disc jockey que, en medio del desierto, intenta animar a las tribus locales a través de la música rock.

Sí. Realmente podemos modificar nuestro cerebro a través de decenas de trucos. La música es el monarca de todos ellos, su magia transformadora es inexplicable e invencible, aunque en los últimos tiempos me llama la atención otro tipo de estudios, como el que asegura que al sonreír se liberan endorfinas, que son la droga feliz de tu cuerpo. Así que, aunque te sientas hecho mierda, si pones cara de idiota risueño, tu cerebro se creerá que estás gozando la

vida y te dará un subidón de alegría. Es como engañarte a ti mismo, pero de manera legal. Como dicen los yanquis: *Fake it 'til you make it*, es decir: «Finge hasta que lo consigas».

Observo el cristal del lavabo, empañado por asteroides de dentífrico. Me viene a la cabeza la existencia de una mujer llamada Claire, que ha creado una empresa de limpieza de casas en pelota picada. Uno llama a dicha empresa y te limpia la casa por setecientos dólares al día. El artículo que leí aseguraba que su marido ya no se ponía celoso porque la chica solo limpiaba y no se dejaba tocar ni hacía nada que fuera más allá de lo aceptable. Voy a visitar su página. Vaya, ya no existe. Imagino que no era para nada la mejor de las ideas, tanto por el precio como por el riesgo de ir limpiando una casa completamente desnuda delante de un solterón. Un hombre es demasiado obtuso como para aceptar un trato de setecientos dólares que no incluya nada más que mirar. En pocos problemas se metería la pobre chica. Recordatorio: debo pillar el limpiacristales.

Una vez vestido, miro los mensajes de móvil mientras escucho otra canción con un subidón espectacular. *Instant Street* de dEUS. A mitad de la canción llaman a la puerta. Es un chico de Correos y estoy en bolas. Creo que viene con un libro. Me da tentaciones de hacer un *irusu* (居留守), es decir, fingir que no estoy en casa, y que si suena dEUS a niveles estratosféricos es porque se me ha olvidado apagar la música antes de largarme. El *irusu* esta práctica es común en Japón, donde a menudo se espera que las personas estén disponibles para atender a los visitantes, incluso si no se les ha invitado. Sí, me marco un *irusu*, porque otro libro es lo que me faltaba. Es triste reconocerlo, pero tengo acumulados más de dos docenas de libros por leer, y no es una sensación para nada agradable. Esa acumulación también tiene una palabra japonesa que la define: *tsundoku*. La sobreproducción de todo tipo de productos, incluidos los culturales, origina ese extraño almacén de cosas pendientes. Y, por si no bastase, la pereza es contagiosa.

Lo ha descubierto otro estudio.

Ahora sí. Me voy a la ducha.

PLAYLIST

Sunday Morning, Velvet Underground
Grease, Frankie Valli
Our House, Madness
Babies, Pulp
Aviation, The Last Shadow Puppets
Kinky Afro, The Happy Mondays
We Got the Power, Gorillaz
Another Man's Woman, Supertramp
Rock de Casbah, The Clash
Instant Street, dEUS


Forever
Young



2. **CANCIONES DE DUCHA**

ALGUNAS DE ELLAS, PLACERES CULPABLES

9 de la mañana //

No hace ni veinticuatro horas, me encontré a mí mismo en uno de esos momentos en los que al fin empiezas a entender lo que los amigos siempre han dicho de ti. Me refiero a esa tendencia mía a acabar con cualquier atisbo de emotividad a través de una salida provocadora. Surgió en pleno estudio de grabación de Marc Parrot, cuando vi a mi querido Dani y le conté, con cierto entusiasmo, cómo la subida por aquellas montañas boscosas de la comarca del Moianès me había transmitido una sensación mística de paz. Entonces, justo después de revolcarme un rato en los detalles de mi éxtasis, me escuché soltando sin más: «Me han entrado unas ganas terribles de incendiar estos putos bosques».

Así es como funciona mi mente, con la necesidad inexplicable de sabotear cualquier emoción que tenga un deje de sensiblería. Pero a la vez, no negaré que me despierta una enorme curiosidad la figura del pirómano. ¿Qué extraña avería tiene un tipo en el coco para desear ver los árboles en llamas? Lo pienso mientras abro el grifo y veo correr el agua. Comprendo la fascinación ancestral por el fuego. Dicen que la presión arterial desciende si uno pasa un rato mirando el fuego de una chimenea. La visión de unas brasas siempre me ha fascinado. Esas extrañas arquitecturas que diseña el azar, como compartimentos del infierno, me dejan hipnotizado. El olor a madera quemando tiene su aquel, es innegable. Pero ¿quemar un bosque? Hace poco leí una frase de un astrofísico canadiense llamado Hubert Reeves: «El hombre es la especie más insensata,

venera a un dios invisible y masacra una naturaleza visible, sin saber que esta naturaleza que él masacra es ese dios invisible que él venera». Nada que añadir. Quizá el pirómano tiene esa funesta idea matutina basada en que nada va a ser recordado, o puede que todo sea mucho más simple: es un gilipollas con mechero.

Volviendo al tema de provocar con frases chocantes… Tal vez lo haga para evitar la vergüenza o por miedo a sentirme vulnerable, o quizá aquella anécdota de los enanitos y el payaso blanco se convirtió en algo así como una especie de posesión infernal. Lo cierto es que solo encuentro un espacio seguro para mostrar mis emociones en el formato de canción o poesía, donde puedo establecer los límites que me hacen sentir cómodo. Resulta que una canción, gracias a su estructura temporal, me evita el rollo de eternizar mis emociones hasta la redundancia y, además, me proporciona la distancia necesaria entre autor y oyente para sentirme lo suficientemente desinhibido. Pero fuera de ese espacio, en la vida real, me siento como un funámbulo tratando de mantener el equilibrio mientras las emociones me zarandean y me retuercen. Y siempre, en algún momento, suelto una bomba final que hace estallar todo el esquema. Como si fuera mi forma de aferrarme a la cordura, a la suciedad que envuelve esta vida, la mires por donde la mires.

Mientras el agua caliente resbala por mi espalda, recuerdo una noticia que me dejó pensando. Unos científicos de la Universidad de Yale han hecho un descubrimiento interesante acerca del comportamiento humano. Según ellos, una ducha larga o un baño caliente pueden ser un indicador de la soledad. Por lo visto, las personas que se sienten más solas o aisladas socialmente son las que más duchas o baños se dan, y cuanto más caliente esté el agua, más tiempo permanecen bajo ella. Lo curioso es que el agua caliente actúa como un sustituto de compañía, y puede disipar los sentimientos de soledad. De hecho, los investigadores también descubrieron que la sensación de calor o frío físico puede afectar a nuestros sentimientos y emociones. Si vamos a tener una cena con

amigos, por ejemplo, ponernos algo que nos haga sentir cómodos y calentitos puede hacernos sentir más relajados y simpáticos ante los demás.

Esta información me da que pensar: recuerdo la época en que las duchas no significaban más que un lugar ideal para masturbarte; ahora, sin embargo, me ducho con la culpabilidad de quien conoce el pírrico estado de los pantanos. Ayer leí que un estudio, realizado en Brasil en 2014, encontró que una familia promedio de cuatro personas podría ahorrar hasta 16.000 litros de agua al año si todos measen en la ducha en lugar de usar el inodoro. Ah, y por si eso no fuera suficiente, una empresa realizó una encuesta entre mil personas del Reino Unido y Estados Unidos y llegó a la conclusión de que casi el puto 3 % de los encuestados admitió haberse giñado en la ducha. Hay muchos payasos blancos en el planeta. Mearse en la ducha, darse placer en la ducha. Todos los placeres ocultos que se guardan en los recovecos más sórdidos de la memoria son, quizá, los que mejor nos definen. Como algunas canciones que, sin razón aparente, logran cautivarme. Ese joven alternativo que se pavonea con la adquisición de «Doolittle» de los Pixies, mientras suenan en la ducha, una y otra vez, *Self Control*, versión Raf, de mis años mozos. Mientras me enjabono, recuerdo las veces que he bailado con esta canción, solo en el baño. Si lo examinamos objetivamente, es invencible, me refiero a esas canciones que cantas en coro.

Una canción que es un panestribillo, llena de anzuelos —*hooks* en jerga de productores—, desde el «Ohhh, ohhh», hasta la estrofa más lúcida, un estribillo que combina melodía brillante a contratiempos, y como si fuera poco, un recontraestribillo, como si quisiera decir «miren muchachos, cuando la escribí estaba tan sobrado de inspiración que me salieron todas las melodías posibles en una misma rueda de acordes». *Self Control* pertenece a ese conjunto de canciones sencillas pero endemoniadamente difíciles de componer, como *Forever Young*, *Take On Me*, *West End Girl*, *La isla Bonita*, *Live is Life* —este último tema me dio una locura tan intensa como breve, exactamente una semana hasta que me llegó a aburrir

—, o la reina de todas ellas: *Video Killed the Radio Star*. Son canciones que resultan verdaderas orgías melódicas de principio a fin. *Self Control* es una canción de los ochenta —la década de los singles por excelencia—, un *one hit wonder*, flor en el vertedero, pero habría dado mi ojo izquierdo a cambio de haberla compuesto. Sí. Toda ella desprende un aroma muy afeminado, pero reconozcámoslo, maldita sea: todos los músicos tenemos una parte femenina oculta, latente o apuntada o claramente visible, y mucho más los heavies de mi época, especialistas en componer las baladas más horteras de aquella década.

Volviendo al tema de los placeres culpables, recuerdo que en aquel entonces yo era pura y desordenada pasión, y mis objetivos eróticos estaban tan dispersos entre tantas chicas que me resultaba imposible dedicar mi onanismo a una única persona, pero un tiempo después me cercioré de que el placer era mayor si centraba mis pasiones en un único objetivo. Mi mente acabó relacionando las canciones que originan un cierto placer culpable con algunas chicas que protagonizaban mis sesiones onanistas. Como por ejemplo, C., mi profesora de latín, que me odiaba sencillamente porque me había captado. Intenté seducirla desde el minuto uno, pero por aquel entonces no disponía ni del físico, ni de la virilidad suficiente, ni, por supuesto, madurez mental. Aun así, intentaba vacilarla a todas horas, y C. —que aparte de profesora de latín era una pija de aires fascistoides que odiaba mi carpeta repleta de dibujitos donde destacaba siempre la «A» de anarquista— devolvía cada uno de mis jocosos comentarios con un «no vayas por ahí, porque, entre tú y yo, tus coñitas no harán que te apruebe. Si por mí fuera, no te dejaría ni presentarte a septiembre». Eso me dijo; como diría la generación de mis hijas: ¡literal! Total, que encerrado en el lavabo, preso de mi imaginación calenturienta y vengativa, imaginaba que tras hacerle el amor —obviamente, en el claustro de profesores—, no solo me aprobaba con un notable, sino que lo hacía sin ni siquiera haberme presentado a su examen. Quizá me la traía floja la segunda declinación, pero en artes amatorias, C. había comprobado

que yo era el amo y señor del sexo, y eso que por aquel entonces era más inexperto que Steve Carell en *Virgen a los cuarenta*. Así andaba mi ego a los quince años, víctima de un autoengaño alucinante que consistía más o menos en lo siguiente: había creado un ser casi divino, llamado Santi. A ese chaval todo el mundo lo deseaba. Aunque en una discoteca, y después de tirar los tejos siguiendo la técnica palangre, regresara a casa sin haber olido siquiera la posibilidad de un simple besuqueo, me consolaba a mí mismo pensando que las chicas a las que había intentado seducir estaban aún tratando de procesar que un bellezón de un magnetismo incuestionable como yo se hubiese fijado en ellas, pobres mortales. O me decía a mí mismo: «Tendrá a su novio en la barra». Es decir, no podía concebir, bajo ningún concepto, que no les gustara. Lo mismo apliqué a mi relación con C., mi profesora, la primera mujer que me puso firmes, y por lo tanto, una de mis ídolos. El hecho de que manifestara un irracional odio hacia un vacileta como servidor me frustraba y motivaba a la vez.

Vamos a ver, no nos confundamos. En aquella época sufría algo así como una enfermedad psíquica a la que denomino «vanidad bipolar». Por una parte, la percepción que tenía acerca de mi atractivo era hiperbólica, tanto en positivo como en funesto. O pensaba que Tom Cruise era una asquerosa alimaña comparada con mi *sex appeal* —mi *leitmotiv* era «que todo el mundo sea tu abuela»— o, por el contrario, me veía frente al espejo como un ser de extremidades grotescas y ciertamente vomitivo. Pocas veces me vi normal. Mucho me temo que ahora mismo tampoco. En todos los sentidos.

Sigue sonando *Self Control*. Es extraño los resortes que te activa un tema. Son incluso recuerdos odoríferos. *Self Control* olía y continúa oliendo a Nivea, a verano, a bocadillo de jamón mezclado con arena, a sombra de pino en un camping, a esa chica francesa con la que empiezas a mirarte con picardía en el bar del camping

mientras juegas al Moon Cresta. Esa canción era algo así como una erección anímica, o una carta de deseo sin destinatario. *Self Control* era el deseo en sí mismo. O el deseo por desear.

¡Qué fácil es la ducha de mi casa! Nada que ver con los extraños diseños de hoteles de algún iluminado. Si me pagaran por la de veces que el agua fría ha salido por donde menos me lo imaginaba, seguramente sería millonario. Siempre he pensado que debería haber una cuenta de Instagram con primeros planos de gente con expresión de calamar a la que el agua ha sorprendido por donde menos esperaban. ¡Si ni siquiera se dignan, en aras de la modernidad y el minimalismo, de indicar la temperatura con los clásicos colores rojo y azul! ¡Dónde han quedado las reglas de la semiología! ¿Jodía tantísimo el diseño de tu ducha-nave espacial un simple indicador, o es que tú, diseñador de duchas, has disfrutado pensando que cientos de personas iban a sentirse como auténticos idiotas al fracasar ante un acto tan sencillo como una ducha?

Se ha acabado el champú. De todo el Manhattan de botes de gel, que acostumbran a caerse como piezas de dominó cuando efectúas un torpe movimiento con el flexo de la ducha, no hay ninguno para lavarse el pelo: acondicionadores, suavizantes, los que quieras. Acabo recurriendo a una pastilla de jabón. Me enjabono la cabeza con ella, y entonces sucede. La pastilla se resbala de mis manos y cae al suelo. Es inevitable lo que va a suceder. He visto demasiadas películas carcelarias y tengo demasiado presente esa imagen-leyenda urbana. Estoy tan zumbado que antes de agacharme para recogerla —diablos, esto es muy vergonzoso— me giro por si hay algún gordo violador peludo detrás de mí. Estoy solo en el lavabo. En mi casa. Desde luego, hay más chalados fuera del manicomio que dentro.

Segundo incendio del día. Mensaje de Camilo Lara, reputado productor mexicano: debo enviarle la pista de voz de un tema nuevo de Love of Lesbian al que ahora mismo llamo *La factura de tu luz*.

No tengo la última versión, ya que se quedó en el ordenador de La Casamurada, nuestro lugar fetiche cuando empezamos a trabajar temas nuevos. Después de vestirme, llamo a Eli y se lo pido. Eli me comenta que a su marido Jesús le ha dado un síncope muy raro, que ahora mismo está bien, comiendo pipas, pero hace unas horas se lo ha encontrado desmayado en el suelo y para que volviera en sí le ha tenido que dar un par de hostias. Así, sin comerlo ni beberlo, y con un estado físico de lo más normal. Por lo visto, ha sido algo así como un pinzamiento en un nervio. Jo-der, pues sí que estamos apañados. Otra vez se adueña de mi persona el Santi hipocondriaco. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Jesús comiendo pipas, y en un parpadeo lo cambio por el mismísimo Jesucristo. El Hijo de Dios, con su barba y túnica, comiendo pipas al lado del Espíritu Santo, quien a su vez se come las cáscaras. Algo humorístico para una situación un tanto imprevista, cuando menos.

Claro que han existido otro tipo de canciones que han generado sentimientos de placer culpable en las posteriores décadas. Como por ejemplo, *We Are the People* de Empire of the Sun, o la reina de las horteradas de mi vida: *Ritmo de la noche*, de la banda belga Mystic, canción que reconozco bailar como un poseso cada vez que arranca ese piano demoniaco, seguido por un sensual «*Bellisima, ohh, bellisima»*, que es lo que suelta la cantante como si le estuvieran realizando un cunnilingus; porque en realidad, cuando ella dice «oh, tocar y jugar y bailar al ritmo de la noche», mi inconsciente de sátiro lo ha traducido todas las veces que la he escuchado por un explícito «oh, follar y follar y follar, al ritmo de la noche» y, como dicen en las redes, tengo cero pruebas pero cero dudas acerca de ello. Si era cierto aquel rumor acerca de que Jim Morrison cantó un tema de The Doors mientras le hacían una felación, no pocas veces en mi juventud me imaginé realizando un cunnilingus a aquella cantante, ayudándola a encontrar el tono adecuado para ese «*Bellisimaaaa*, ay lo quiero todooo». Madre mía, vaya vozarrón. En fin. Ahora suena por los altavoces *Souvenir* de OMD y, bueno, menuda maravilla. *Souvenir* ya no anda por los

parámetros del placer culpable, sino que pertenece a la playlist de mi ducha desde mi infancia, quizá por la época en que fue compuesta y por otro rasgo en común de todas estas canciones: las canta una voz de efebo, como The Drums en su tema *Money*, MGMT con su maravilloso *Time to Pretend*, o el eterno *I Wanna be Adored* de The Stone Roses. Si me hubieran dado a elegir, habría elegido una voz de efebo. Porque hay cantantes que parecen angelotes asexuados y concilian con su timbre lo masculino y lo femenino. Esa ambigüedad me fascina, a pesar de que Dios no fue amable con mis deseos y me dio la voz de otro.

Advierto que la mayoría de las canciones por las que siento un placer culpable siguen unos parámetros clarísimos. Son una maravillosa horterada y compensan esa dictadura hetero que provoca mis continuas salidas de tono y gesta atentados contra mis momentos de sensibilidad, que durante años he cometido el grandísimo error de asociar con cierta debilidad de espíritu y, en general, poca hombría. Por cierto, el concepto de efebo me hace muchísima gracia. Dentro del *staff* de Love of Lesbian, y solo por dar el sumo cante delante de todo el mundo, en según qué ambientes fingiría haber contratado a un chico de veinte años, sin función aparente, solo para poder presentarlo como «Efebo». Por descontado, sería un actor, una especie de performance. Lo haría solo para escandalizar. ¿Hay algo más ridículo hoy en día que presentar a alguien como «Efebo»? Bueno, quizá «Esbirro», pero eso suena demasiado medieval. Un esbirro es sucio. El efebo en cuestión andaría por los camerinos mostrando un amaneramiento insoportable, por sobreactuado. Suspiraría y tocaría la lira. Uno de esos tipos que miran al infinito con un halo de trascendencia, aunque en realidad lo único que están pensando es en un gramo de cocaína o en que se están perdiendo *Hombres, mujeres y viceversa*. Un tipo vacío de contenido, muy acorde con estos tiempos narcisistas, un ser mononeuronal, alguien a quien pudiera decir delante de las demás bandas y algunos críticos musicales «Efebo, ven, te presento a Maribel. Maribel, este es Efebo, a quien enseño y

preparo para la vida». Un efebo con límites. Por ejemplo, que soltara «Mi amo, creo que en su playlist de placeres culpables debería incluir *The Final Countdown* o *More Than Words*», y que entonces, delante del todo el mundo, se llevara un bofetón. «¿Cómo osas, Efebo? ¿Acaso no mides tus palabras? ¿No has entendido aún la sutil diferencia entre un placer culpable, pero placer a fin de cuentas, y una canción troyano que destruye tus hemisferios poco a poco? No sabes que esos dos temas abren la puerta del infierno desde distintos ángulos? Tráeme una copa, payaso». Los efebos históricos tenían nombres de pila como Narciso o Ganímedes. Mi efebo no. Se llamaría Efebo, como llamarle Perro a un perro, y le obligaría a vestir con túnica. Y seguramente lo hubiera sacado de azafato de Vueling.



PLAYLIST

Video Killed the Radio Star, The Buggles
Self Control, Raf
We Are the People, Empire of the Sun
Ritmo de la noche, Mystic
Souvenir, OMD
Forever Young, Alphaville
Take On Me, A-ha
West End Girls, Pet Shop Boys
La isla Bonita, Madonna
Live is Life, Opus
Money, The Drums
Time to Pretend, MGMT
I Wanna Be Adored, The Stone Roses



3. **CANCIONES PARA PENSAR EN TUS PARANOIAS EN EL FISIOTERAPEUTA**

Y PONERTE TENSO COMO UNA CUERDA DE GUITARRA PORQUE ERES UN HIPOCONDRIACO Y ESTÁS FATAL DE LA CABEZA

10 de la mañana //

Me visto. Por los altavoces bluetooth suena *Misty Mountain Hop*, de Led Zeppelin. Cuando era chaval, solía fingir que tocaba la guitarra eléctrica con una raqueta de tenis, y en otros momentos utilizaba el bastón de mi abuelo materno como si fuera un micrófono, imitando a Robert Plant y Jimmy Page. Esta canción marcó mi ruptura definitiva con otros amigos míos de doce años, quienes no podían comprender lo que me provocaba un tema tan salvaje, primario, sexual y, al mismo tiempo, bello. Atribuyo esa catarsis a una subida hormonal cuyas consecuencias en mi persona fueron el regalo de una esperanza consistente en salir de la vulgaridad a la que estaba destinado para convertirme en un prófugo de la sociedad a través de la música. Visto desde aquí, creo que debo culpar al payaso blanco de sacarme a hostias de la infancia, pero también debería agradecerle a ese mamonazo la entrada en la adolescencia. Aquel hijo de perra me dio la llave dorada hacia ese siguiente mundo, donde, oye, no se estaba tan mal como yo creía, y cierta dosis maldad no venía mal. Era un espacio sucio, divertido, lleno de guitarras atronadoras y gente soltando alaridos. Pero también, con el paso del tiempo, he descubierto algo un tanto desconcertante. *Misty Mountain Hop* no significó únicamente un abismo entre servidor y la

generación de mis padres, sino que también creó dos bloques entre los amigos de mi edad: por un lado los que adoraban la canción y por otro los que me miraban con cara de pasmados.

Fue la primera vez que pude comprobar el enorme efecto unificador de la música como potenciador de la amistad, o por el contrario, como cuña para un alejamiento que podría durar años. Que un amigo me dijera que no le gustaba esa canción era lo mismo que si hoy en día alguien me confesara que pertenecía a ese 3 % que defeca en la ducha.


I LOST MYSELF



Un «*au revoire*, como dijo Voltaire».

Mientras me preparo para acudir al fisioterapeuta, empieza a sonar la guitarra de Robert Smith y regreso —ootra vez— a mi adolescencia. ¡La bendita hormona, tan rápida para llevarme a los cielos como con Led Zeppelin y tan brusca para hundirme en la más absoluta miseria! Mi primera fusión música-fracaso emotivo fue aquel año, con aquella chica, la Innombrable, y la canción que plasmaba esa desesperación: *All I Want* de The Cure. Siendo justos, debo decir que no era la canción completa la que me enloquecía, sino aquel demoníaco riff de guitarra de Robert Smith, que definía nota por nota mi rabia absoluta hacia la vida en general. Escuchaba ese fraseado una y otra vez, esa sucesión de notas distorsionadas que lloraban, se quejaban y te acuchillaban formando un duelo perfecto con la línea de bajo de Simon Gallup. Ahí estaba yo, dándole a la raqueta como un loco, repitiendo únicamente los primeros veinte segundos del riff —treinta y dos veces llegué a repetir ese inicio, conté una noche— hasta que, como era de esperar, terminé cargándome la cinta de casete de tanto rebobinarla. Aquello fue una debacle. Nuestra generación tenía un acceso muy limitado a la música y cualquier disco comprado era producto de un ahorro constante.

Núria, mi pareja, me contó una vez que, cuando tenía nueve años, su cinta de casete de los Beatles se le rompió, y ella se pasó la tarde entera llorando, detalle enternecedor donde los haya. Por mi parte, servidor era tan imbécil de niño que pensaba lo siguiente: un disco se publica y ya no se vuelve a reeditar. Creía —vete tú a saber por qué— que se fabricaba un número determinado de copias y punto pelota. Una vez me encontré el disco de Supertramp «Breakfast in America» en una tienda, leí los créditos y vi que ponía

«estéreo». Grité para mí mismo: «¡Maldita sea, lo han vuelto a fabricar, uy y ahora en estéreo!». Podrá parecer un detalle tierno, pero yo sigo pensando que era un gilipollas de libro.

Con respecto a *All I Want*, creo que fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que dejar la raqueta de tenis, devolver el bastón a mi estimado y respetado abuelo Enric y aprender a tocar la guitarra de una vez por todas. Quería recrear mis propias rabias con mis propias fórmulas melódicas, tanto para reflejar mis momentos bellos y sexuales —al igual que lo hacía Led Zeppelin— como tormentosos hasta parecer el joven Werther, tal y como me enseñó santo Robert Smith. ¡Las vueltas que da la vida! Muchos años después, el destino nos llevó a conocer a Robert Smith en persona, y hasta compartir escenario. Recuerdo esos días cada cierto tiempo, y lo hago incluso con más intensidad que cuando me recuerdo a mí mismo alguna noche memorable en referencia a lo sexual. Diablos, haber charlado con Robert es algo que me gusta evocar. Seguramente tendré ochenta años, andaré en algún bar de mala muerte con mi camiseta roída de Love of Lesbian, y miraré a un grupo de jovenzuelos con tal insistencia que interrumpirán sus risas para decirme: «¿Se le ofrece algo, sucio anciano?». Y yo contestaré: «No sabéis quién soy, ¿verdad, jóvenes aseados?». Y luego señalaré la puta camiseta de Love of Lesbian con una sonrisa demente antes de añadir: «Mi grupo teloneó durante tres noches a The Cure», y pondré cara de «qué os ha parecido esta, ¿ehhh?» aunque mucho me temo que también dirán «¿A quiéééén?» y es que tengo la teoría de que en cuestión de cien años lo único de nuestra época que pasará por el filtro de la historia será un recopilatorio de los Beatles como el que se le rompió a Núria. Y todo porque, maldita sea, es imposible, completamente imposible, trascender hoy en día, y el artista que piense lo contrario acerca de la trascendencia de su obra merece mi más sentido abrazo lastimero. Y puede que también una colleja.

El caso es que cambié la raqueta por la guitarra, y a estas horas de mi vida sigo componiendo y, en serio, nunca esperé estar ahora y aquí, en mi supuesta madurez, buscando un acorde para una nueva canción. Por lo visto el camino que elegí, el de la composición, no es solo un ministerio, sino un proceso que se retroalimenta, como imagino que le sucedería a una multiorgásmica Mesalina, cuyos dos primeros clímax eran solo el prólogo de una noche salvaje (según la leyenda, Mesalina, la tercera esposa del emperador romano Claudio, se acostó con doscientos hombres en una sola noche). Mi «noche compositiva» va en camino de convertirse en una vida casi entera, un propósito, como la Sagrada Familia. Jamás hubiera dicho que aquel botón que apreté a través de mis primeras canciones preferidas, y en paralelo las primeras canciones que compuse, iba a encender una dinamo cerebral, que iba a crear este circuito de *feedback* del que aún no he visto salida.

El camino de la creación es como un pinball que te lanza de un lado a otro y te mantiene rebotando en los límites de tu pensamiento y más allá. Si no le pones remedio, puedes acabar como Keith Richards; debo admitir que ha dejado de parecerme mal ahora que he echado raíces, incluso no descarto que en la madurez esté siguiendo este mismo camino y siga componiendo hasta que mi cuerpo pida tierra. Por otro lado, mentiría si no reconociera que me atormentan a diario todo tipo de temores sobre si seré capaz de mantenerme digno en un escenario, en un estudio de grabación, si no daré franca lástima ante los demás —la generación de mis hijas emplearía la palabra *cringe*— o si la gente seguirá interesándose por nuestra banda en un medio plazo. En fin. La mayor parte del tiempo que desperdicio es siempre con cuestiones que no pueden responderse en el presente, muestra empírica de la imbecilidad humana. ¿Sobrevivirá mi música? Creo que no, y en realidad, ¿por qué debería importarme? Quien se mueva por semejantes ambiciones no es de fiar. En realidad, hoy en día, el espectáculo ha sustituido a la cultura, la popularidad del personaje importa más que su obra, y es posible ver a tu ídolo explicándote cómo hace los

huevos fritos mientras nadie de su círculo más íntimo le dice que ha publicado la peor novela de su carrera. Son síntomas inequívocos de que el estribillo de *Malos tiempos para la lírica* está más vigente que nunca. Pero en realidad, y exceptuando algunas décadas-oasis, siempre han sido malos tiempos para la lírica. En realidad, la Cultura con mayúscula siempre ha interesado a un 10 % de la población de cada quinta y el porcentaje se mantiene intacto, generación tras generación. La mayoría tiene por costumbre adaptarse a lo que el sistema les proporciona. Quien busca más allá de lo evidente, quien indaga más allá de lo que se le ofrece, siempre ha formado parte de una minoría, y me temo que quien piense lo contrario se engaña.

Tercer incendio del día. Entra mi madre por la puerta para dejar un proyector que una de mis hijas se ha olvidado en su casa. Está mosca, salta a la vista. Le pregunto qué le pasa y, con razón, me cae la del pulpo. Según ella no me he interesado lo más mínimo por el reventón en las cañerías de su casa. Intento arreglarlo con un abrazo de esos que duran lo suficiente como para desarmarla —por lo general funciona—, pero esta vez no cuela. En fin, ya se le pasará, o eso espero. A veces las cosas se curan con un tiempecito que sirva para reflexionar. En otras, empeoran de lo lindo.

Mientras tanto, me dirijo hacia una sesión de masaje con un fisioterapeuta desconocido, con mi vale navideño en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando aparco el coche me viene a la cabeza otra ironía de estos tiempos. Dejamos lo más íntimo de nuestro cuerpo y de nuestra psique en manos de perfectos desconocidos. Masajistas, psicólogos, algunos recurren a prostitutas… La tribu de monos depilados que somos los humanos ha dejado atrás los rituales familiares de nuestros primos peludos consistente en buscar un ratito a la semana para quitarse las pulgas. Ahora, en lugar de buscar consuelo en nuestras parejas o confiar nuestras particulares averías a nuestros mejores amigos, recurrimos a especialistas. ¿Serán los psicólogos una especie de rameras del alma o retretes del cerebro? Y estas tonterías son las que me pasan por la cabeza

mientras abro la puerta del fisio, y, demonios, lo único que sé es que en cuestión de cinco minutos estaré desnudándome frente a un extraño, y ya veremos lo que pienso entonces.

Y es que yo no debería ir a la cárcel… pero mis ideas sí.

Entro en la consulta y me pregunto cómo será el fisioterapeuta. En ese preciso instante, el tipo irrumpe por el pasillo y me saluda con una mirada familiar, como si hiciera un análisis urgente de mi cara que significa «este tipo me suena y no sé de qué coño». Eso es lo que nos pasa a los medio famosos: somos como trans a medio proceso. Ahora el fisioterapeuta está experimentando una crisis memorística, claramente no recuerda dónde diantres me ha visto. Puedo escuchar sus pensamientos como un telépata mientras repasa su álbum de fotos mental, año por año. Mi contraanálisis es mucho más sencillo: «Delgado mozalbete en la treintena con piercing, bata azul y pinta de pillar simpáticas cogorzas los fines de semana». Aunque su apariencia es normalísima, yo, que estoy muy loco, no puedo evitar imaginar que, justo a los dos minutos del masaje, mi desnudez muestre una descarada erección del todo inesperada en un —hasta esta hora y minuto— heterosexual como servidor, una tumescencia que lucharía por ocultarse bajo una humilde toalla.

Maldita sea, jamás me he excitado en un masaje, pero imaginar la reacción del pobre chaval a esa imaginada respuesta involuntaria de mi cuerpo me divierte. Aunque puedo afirmar, en honor a toda mi existencia, que jamás me he visto envuelto en una situación así de violenta, no solo me refiero a la manifestación de una erección, sino también a mi habilidad para suprimir cualquier reacción inesperada ante los masajes. Eso no lo puede decir todo el mundo, en especial uno de mis mejores amigos, quien, después de recibir un masaje que incluyó una torsión ventral, se permitió soltar un ruidoso pedo que alcanzó al masajista justo en su línea de visión, cambiándole de lado el flequillo. El momento incómodo llegó, sin duda. Pero el masajista intentó tranquilizar a mi amigo con un «no te preocupes, es normal». Ahora bien, semejante afirmación resulta peligrosa ante

un pedorro como él, que suelta sus poderosas ventosidades con la misma facilidad con que se rasca los huevos. Corríamos el riesgo de que mi amigo interpretara que tenía carta blanca para soltar una tras otra sus emanaciones gaseosas durante la sesión, mezclando los aromas del eucalipto que suelta una vela aromática con los de la hez atomizada desde su ojo de Sauron. Por fortuna, no lo hizo —por falta de confianza, que no de ganas—, pues yo lo conozco y su esfínter es de los más extrovertidos que he visto. Imagino que las luces tenues que iluminan la sala ayudan al fisio a no vomitar ante determinadas desnudeces. Por otro lado, no puedo evitar pensar que la peste a flatulencias podría llegar a excitarlo, convirtiéndolo en un masoquista olfativo. De hecho, él mismo podría soltar un pedo en algún momento, como si fuera un ritual iniciático, una señal de complicidad entre terapeuta y paciente. Pero no, mejor no, no quiero imaginarme a dos adultos flotando en una nube de gases intestinales, por mucho acto de genuina camaradería que eso fuera para algunos.

En fin, menudas cosas imagina el autor de *El poeta Halley*. «Somos hijos, herederos, de una timidez que es criminalmente vulgar», como dice Morrisey en uno de mis temas preferidos de The Smiths, *How Soon is Now?*, y que plasma en un par de líneas lo que comentaba antes sobre ese rollo de trascender en la vida. Ahora que lo pienso, he puesto en la misma lista de reproducción a dos personas que se odian, Robert Smith y Morrissey, quien dijo del líder de The Cure que su música había inventado una nueva dimensión de la mierda, así como el bueno de Robert, en referencia a Morrissey, dijo algo así como que era un cabrón precioso y miserable. «Morrissey canta la misma canción cada vez que abre la boca. Yo al menos tengo dos: *The Lovecats* y *Faith*». Pero ¿acaso los fans tenemos la culpa de las rencillas de nuestros referentes?

En el lado opuesto de esta visión tan escéptica que gasto acerca de la trascendencia está Beethoven, al que hoy en día imaginamos como un busto de alabastro al lado de un metrónomo sobre un

piano de pared, un ser sobrenaturalmente enfadado, y me sorprende que pensara en algo más que en cagarse en la puta de oros que parió su sordera, su alcoholismo, sus ataques puntuales de estreñimiento o diarrea, su tendencia a la depresión y ansiedad, su asma y bronquitis crónica, su posterior cirrosis, como ha quedado demostrado a través del análisis de uno de sus cabellos. Porque, dejando aparte sus problemas de salud y un sinfín de litigios y problemas financieros, también había tenido tiempo de adquirir una neta conciencia de la importancia de la música. Como dijo en una carta escrita en 1801: «La música es una revelación más alta que cualquier filosofía y nos habla de cosas que la filosofía solo puede adivinar», y no solo pensaba eso, sino que tenía el convencimiento de que su obra resistiría el paso de los siglos. «Mis obras me sobrevivirán. Es por eso que mi objetivo es crear algo eterno que hable a las personas en el futuro». Te creo, amigo Ludwig, pero ahora mismo, y mientras me dirijo a la camilla del fisioterapeuta, se han subido 41 nuevas canciones en Spotify, ni más ni menos que 60.000 al día, casi 22 millones de canciones al año, cerca de 220 millones en una década. Dejando aparte que Beethoven es un genio indiscutible, un fuera de serie sin parangón, durante su época se publicaban, como máximo, cinco o seis proyectos tochos. Ante la diferencia entre su talento descomunal y lo cafres que eran sus contemporáneos, es obvio que el tipo llegó a la conclusión de que su obra andaba por los aires —hoy en día sigue siendo indiscutible—, así que será mejor que rememore mentalmente los primeros compases de una de sus obras maestras, la sobria pero conmovedora *Séptima sinfonía*, y que me deje de hostias.

La mente es un espacio turbulento y repleto de pensamientos invasivos. Se dice que un ser humano promedio tiene entre 12.000 y 60.000 pensamientos diarios, y me preocupa que muchos de ellos sean pura basura sin sentido. ¿Qué propósito tiene esto? ¿Cómo es posible que, mientras me coloco boca abajo sobre la camilla, empeore la funesta fantasía de mostrar una erección descomunal, y

que, para completar el cuadro, imagine que mi pene empieza a cantar —con un falsete delirante— la enervante y maravillosa canción *Tip Toe Thru' the Tulips With Me*, de Tiny Tim? Sí, acabo de imaginar a mi pene erecto cantando una canción maravillosamente irritante, un glande dotado de una boca y una base peneal de la que salen unos bracitos capaces de tocar un diminuto ukelele mientras el masajista asustado va retrocediendo, hasta dar con la pared, momento en el que se derrumba sin poder dejar de contemplar aquella aberrante imagen. Es curioso cómo la mente humana puede llegar a lugares tan oscuros y depravados sin previo aviso, como por ejemplo, mi siguiente pensamiento, que tiene que ver con el rubor, la vergüenza ante un hipotético hecho, que no es otro que el temor infundado de que mis pies huelan a rayos.

Resulta curioso que este olor a queso que imagino emanar de mis pies supuestamente guarros sea resultado de la interacción entre el sudor y la flora bacteriana que se encuentra en el pie. Así pues, una de las bacterias más habituales en nuestros pies pertenece a la misma familia que la bacteria responsable de la fermentación de los quesos. Partiendo de ahí, imagino que saldría de mis extremidades un olor a queso semicurado, esos quesos que supuran grasa cuando los ves en la estantería. Doblo la apuesta y pienso que la planta de mis pies se ha convertido en una superficie llena de agujeros bacterianos, algo así como unos pies con denominación de origen Gruyère, y no hablo en vano, pues según tengo entendido, hubo un tiempo en el que la hierba que comían las vacas en la región de Gruyère era tan pura, que la bacteria no podía vivir allí y el queso resultante salía sin agujeros. Menuda puta mierda es a veces la falta de polución. Vamos, mundo, gritemos al unísono: «Viva el calentamiento climático, cojones».

El fisioterapeuta me mira con un deje de preocupación en los ojos mientras se interesa por mis dolencias. «¿Te duele algo en especial?», me pregunta, justo cuando otra ola de pensamientos turbios invade mi mente, y estoy a punto de decirle que me duele la existencia misma, pero decido ser honesto y le cuento que tengo las

lumbares destrozadas. La culpa la tienen mi adorada amiga Desi y sus clases de canto, porque me hizo sentar sobre una enorme pelota gris y encorvarme hacia atrás, mientras pronunciaba el fonema «s» una y otra vez. Todo esto para lograr mi asignatura pendiente en la vida: poder hacer falsete al estilo de Thom Yorke. Esos tonos agudos que logra el cantante de Radiohead en canciones como *Let Down* y *Karma Police* me tienen obsesionado. Es la mejor combinación de temas que he escuchado, y la emoción que siento al escuchar «*I lost myself*» es indescriptible. Pero cuando intento hacer notas agudas en falsete me salen tantos armónicos que parezco una foca pariendo —la verdad es que la puta clase de canto me dejó tirado en la lona durante dos días enteros, ¡coño, si aún me duele el cuerpo de acordarme!— y ahora me va a salir el doble de caro de lo que esperaba, porque tengo que añadir a mi lista de gastos el arreglo de la chapa vertebral. ¡Es que esa jodienda de agacharse es algo que simplemente no puedo hacer! Si se me cae algo, me tomo medio minuto para decidir si realmente vale la pena o no. Agacharme es una humillación innecesaria.

Maldita sea, Santi Balmes, lo que necesitas es dejar atrás tus movimientos mundanos y elevar tu ser a un siguiente escalafón: una especie de santón místico, tangible y tridimensional, sí, pero con un toque de misterio y espiritualidad que se traduzca en hacer el mínimo esfuerzo posible. Para lograr esto, además de a Efebo, tendrás que contratar a un asistente personal, preferiblemente un Rigodón, que pueda agacharse por ti en caso de necesidad. Pero me conozco, y sospecho que la primera semana estaría tirando objetos al suelo para ver la reacción de Rigodón, mientras le repetía: «No te agaches a menos que sea una oportunidad, pero en tu caso, tu oportunidad es este trabajo». Sé que mi vida no estará completa hasta tener un mayordomo o un efebo, preferiblemente como aquel tipo que en *La loca historia del mundo* seguía al Rey Sol con un cubo por todo el jardín de Versalles por si le entraban ganas de orinar, el *garçon del pis* se llamaba. Si mueves objetos de un lado a otro, hay peligro. ¡Déjalos como están! Solo un tonto de remate no tendría en

cuenta el peligro potencial que supone un esfuerzo. Si consumes, vacías envases. Si vacías envases, la basura se llena antes. Luego pasa lo que pasa. Te plantas frente al contenedor con la bolsa de basura agarrada en la mano izquierda y las llaves de casa en la derecha. Pisas la palanca y lanzas las llaves de casa al contenedor. Te quedas con expresión de boniato. Miras a diestro y siniestro, por si alguien te ha visto. Te lanzas hacia el interior del contenedor, momento en el que dejas de pisar la palanca y la tapa se cae encima de tu espalda. Desde el exterior, tus piernas se mueven como las patas de un insecto panza arriba. Recuperas las llaves. Sales del contenedor. Vuelves a pisar la palanca. Lanzas la bolsa de basura, por fin. Te sacudes las manos. Vuelves a mirar, por si hay moros en la costa. Te vas hacia el coche, como si no hubiese pasado nada mientras piensas que lo tuyo no tiene nombre. Esto que acabo de recordar me ha pasado un par de veces.

Ah, y luego está la incómoda situación de tener que confiar en un fisioterapeuta desconocido. Siempre hay una cierta sensación de desconfianza y miedo, porque nunca se sabe quién se oculta detrás de esa sonrisa profesional y apacible. ¿Será posible que la paranoia me invada? ¿Podría ser que este fisioterapeuta sea un psicópata retorcido buscando venganza por alguna afrenta que le hice en el pasado? No me suena de nada, pero hoy en día pueden modificar tu jeto en cualquier clínica, así que bien podría ser un resentido que se ha sometido a una cirugía para ocultar su verdadera identidad. Quizá lleva años mirando esa puerta esperando que yo entrara. Me siento vulnerable, como aquel hombre que quedó tetrapléjico después de que una especie de curandero le rompiera el cuello para, supuestamente, aliviarle las cervicales. ¡Y tanto que se las alivió el cabronazo! ¿Cómo puedo estar seguro de que el fisioterapeuta es de fiar? ¿Cómo diablos puedo confiar en él cuando cualquiera puede adornar sus paredes con diplomas inventados? Incluso podría encargar el diseño de mi casa a un tipo que tiene de arquitecto lo mismo que yo de alpinista del Everest, simplemente presentando una decena de diplomas falsos. Ya sé que esta posibilidad es

extremadamente remota, una entre un millón, pero no quiero ser ese desgraciado que aparece en las noticias porque «uno entre un millón» sigue siendo una posibilidad. Son tiempos peligrosos por mentirosos, y ya no podemos dar nada por sentado. Recuerdo la historia de Ferdinand Waldo Demara, el impostor que durante años asumió diversas identidades, entre ellas médico, abogado, profesor, monje e incluso oficial de la Marina estadounidense, como llevó al cine la película *El gran impostor*, protagonizada por Tony Curtis.

Menudo era el gachón, ¡si hasta operó a un tipo a corazón abierto!

Me dispongo a colocar la cabeza en el incómodo hueco ovalado, una vez más, y me doy cuenta de que mi mandíbula comienza a tensarse casi al instante. Visualizo una cámara oculta en el suelo, que captura mi rostro contorsionado. Me gustaría suplicarle al chico que sea cuidadoso al manipular mi cuello, ya que podría terminar con una lesión nerviosa o la ruptura de un vaso sanguíneo, pero no quiero parecer ese novato de la mili que, cuando entró en la enfermería del cuartel y vio a mis amigos y a servidor disfrazados como sanitarios para vacunarle, empezó a gritarnos «a mí esas cosas sexuáleh, no» antes de desmayarse.

También me invade el recuerdo de los chupetones que solían dejarme algunas chicas con las que compartía momentos en mi juventud. Esas marcas eran como una especie de sello de ganado, un recordatorio de que no debía olvidarlas, aunque con eso conseguían justo lo contrario. Joder, recuerdo que una de ellas me dejó un chupetón tan fuerte en el cuello que mis ojos se acercaron, así que durante una semana no tenía ojos sino un par de pulgas pedorras. Ese derrame de vasos capilares constriñó seriamente mi flujo sanguíneo hasta acabar borrando todos mis recuerdos de mayo a septiembre de 1982. Esas chicas eran precoces enfermas de odaxelgania, que, según tengo entendido, es una parafilia consistente en excitarse al morder a su pareja o al ser mordidos por ellos, una tendencia prima hermana del sadismo. No he cometido tal

aberración con ninguna persona. En su lugar, no desmiento que haya pedido que abrasen mis partes íntimas con un candelabro, que me propinen puñetazos en pleno acto, que me intenten estrangular con la planta de los pies, que me abran la boca con las manos hasta casi partirme la mandíbula. O le he implorado a mi amante que me propulsara con los pies hacia la pared con tal fuerza que mi cráneo se partiera en cinco en el momento del impacto. O que abriera su vulva y orinara encima de mi ojo izquierdo. Pero un chupetón, jamás. Menuda vulgaridad.

Nota mental. El jugueteo sexual que implica violencia siempre debe ir acompañado de la canción *Venus in Furs* de la Velvet Underground. Siempre.

El tipo masajea bien, pero ahora mismo ha cambiado sus dedos por una especie de máquina percutora que me hace temer un desprendimiento de las probables piedras de mis riñones. Sería la hostia. Clase de canto – fisioterapeuta – cólico nefrítico. «¿Por qué ha acudido usted a urgencias?» «En realidad, por culpa de Thom Yorke y su falsete». Cierro los ojos para evadirme de estos pinchazos, así que creo que voy a escribirle una carta mental al Altísimo, al Sumo Hacedor.

@queridodios.

Quisiera hacer un agujero en el cielo pa que te caigas p'abajo.

Vuelven ideas sombrías a mi cabezota. Mientras mi masajista experimenta con mis lumbares con una máquina percutora patentada por Satán, me encuentro sumido en un pensamiento mucho más oscuro: la idea del suicidio. Sé que suena terrible, pero deja que me explique. He estado reflexionando sobre las diferentes formas efectivas de acabar con mi vida para reunirme contigo, y me he dado cuenta de que es imposible romperse el propio cuello o estrangularse uno mismo. Incluso si lograra superar mi resistencia y, en un absurdo desdoblamiento, mi yo asesino venciera a mi yo víctima, siempre surgiría un resorte animal de supervivencia. Si me estrangulara, en algún momento perdería el conocimiento y las manos del estrangulador también se debilitarían, lo que resultaría en un final ridículo. Pero estas reflexiones no me detienen. De hecho, me imagino en una situación límite, acorralado en una habitación con la policía gritando fuera a través de un megáfono: «¡Vamos a entrar, Joe!». Y en ese preciso instante me partiría el cuello delante del

comando de asalto, hasta dejármelo del revés, ¡crac!, como un desafío final a la autoridad. Todo esto me viene a la cabeza ahora que estoy sentado aquí en esta camilla, mientras el masajista toquetea mis cervicales, recordando la fascinante historia de Martin Laurello, también conocido como «el Búho Humano» porque tenía la increíble habilidad de girar la cabeza 180 grados y mirar su espalda como un búho o una lechuza. Muy pronto comenzó a trabajar en compañías que presentaban rarezas humanas en toda Europa, y su habilidad única lo hizo extremadamente popular, y eso mismo me gustaría haberle hecho al fisioterapeuta justo al sentarme en la camilla, girar mi cabeza como un búho y decirle: «¿Me tumbo boca abajo?».

¡Hombre, tampoco me ayuda mucho acordarme de aquel pobre diablo en Inglaterra que quiso detener un estornudo y terminó con el cuello hecho añicos! Resulta que, cuando estornudamos, el aire sale a una velocidad de vértigo, alrededor de cien kilómetros por hora, lo que genera una presión endiablada en nuestro cuerpo. Bueno, pues este hombre pensó que era una buena idea contener ese vendaval nasal y terminó dañándose los oídos. ¡No oyó ni una mosca durante toda una semana! Para rematar, pasó otra semana en el hospital sin saber ni dónde estaba. Podría haber sido peor, ¿sabes? Podría haber sufrido un aneurisma cerebral y eso habría sido la guinda del pastel, por no hablar de que el masajista haya instalado *webcams* y resulta que vende las imágenes de sus masajes a japoneses pervertidos, para gustos los colores. Y es que el tema de testigos invisibles da para un libro, cuando no testigos incómodos, como aquel señor que se sometió a un examen anal ante la inesperada presencia de cuatro personas; el pobre hombre pensó que eran estudiantes de medicina, pero al rato se dio cuenta de que en realidad eran futuros actores para una serie ambientada en un hospital. Parece ser que necesitaban encontrar información para una escena específica, así que la situación resultó en una denuncia.

Al final fue el cliente quien acabó dándole por culo al hospital y me parece muy bien, que les jodan, hijos de puta, ojalá se mueran todos.

Bueno, Dios, ciao.

P. D.: Supongo que alguien te habrá gritado alguna vez «vete al infierno». No me extraña. Es demasiado tentador.

Al final me doy cuenta de que no le he explicado ni mierda al fisioterapeuta. Para más inri, me invade una preocupación constante por mis paranoias que me impide relajarme por completo durante el masaje. ¡Ya quisiera haberme quedado dormido y empezar a babear! Sería una fantástica señal, porque según dicen los entendidos, babear mientras duermes es la prueba de que el cuerpo ha entrado

en un estado completo de relajación durante la fase REM, lo que resulta en una disminución de las funciones cerebrales. Durante este proceso se deja de deglutir y tragar saliva, que acaba mojando en la almohada, y aunque esto puede parecer un tanto desagradable, en realidad es normal —ojo, si babeas en estado de vigilia entonces mejor háztelo mirar—.

Por desgracia, es imposible que llegue a ese estado de relajación extrema durante un masaje. Me vienen a la cabeza casos extrañísimos de dolor, incluso en ocasiones en las que debería estar disfrutando del momento. Como el caso de una tal Bethany, que se volvió viral en TikTok después de revelar que se le salió el globo ocular durante el parto de su hija. ¡Jesús, qué cosa más espeluznante! La chica se puso a empujar con todas sus fuerzas para ayudar a dar a luz al bebé, pero lo hizo con tal desmesura que el globo ocular se le salió de su órbita. Suena a inconveniencia, por no decir a putada, pero no me extraña, en este mundo siempre hay alguien que tiene que pagar los platos rotos de los que tienen buen karma.

Nota mental: deja, a la de ya, de buscar noticias por la red. Y mucho más si te duele algo.

Segunda nota mental: deja de intentar tenerlo todo bajo control. Porque, al final, hay muy pocas cosas que estén bajo tu control, y así lo único que logras es que te invada la ansiedad.

¿Qué cojones está pasando, universo? Nos llega tanta información por todos los lados que es lógico pensar que el mundo es una inmensa jaula de frikis. Existe algo así como un efecto lupa en el que los extremos parecen mayoría. Un buen día te levantas, enciendes el móvil, y lo primero que ves es a decenas de personas rezando el rosario en una manifestación antiamnistía, como una grotesca escena de Berlanga, o a un dentista de Carolina del Norte ofreciendo una pistola de regalo a sus nuevos clientes. Si uno deja de dedicarle un tiempo diario a sí mismo y a su entorno más inmediato, está claro que a través de los *reels* puede llevarse una idea distorsionada de lo que es el mundo. En mi caso, mi exceso de

imaginación y una empatía mal enfocada tampoco ayudan precisamente. Peor todavía: ahora, sin ir más lejos, un pedófilo —antaño torturado en silencio viviendo en un pueblo— puede llegar a consolarse al darse cuenta de que no está solo, y lo que es peor, venirse arriba y redactar con sus nuevos amiguetes una especie de manifiesto para legalizar sus infames actos.

¿Dónde estoy? Ah, sí. Tumbado en esta camilla, como un idiota, dejando que el masajista haga su trabajo y me cruja la columna. Aunque sé que, aunque me durmiera aquí, siempre estaría en un estado intermedio. El cerebro humano es un animal difícil de domar, y menos aún cuando no está en su territorio natural. Es como si estuviéramos en alerta constante, aguardando el peligro en cada esquina. Me acuerdo de las veces que dormí en el sofá y lo mal que me levantaba al día siguiente. Pero hay quienes han convertido el sofá en su santuario, su primer lugar para dormir, y la cama del dormitorio, en la segunda opción. Y todo gracias a plataformas como Netflix, cuyos contenidos nos atrapan como un anzuelo y nos hacen devorar series enteras en una sola sentada, cambiando el sentido de la palabra «maratón». Dicen que el creador de esa cosa tuvo la idea después de devolver una cinta de vídeo atrasada a Blockbuster y que le cobraran una penalización. ¿Quién lo diría?

A veces, las mejores ideas nacen de la venganza, como en el caso de aquel empleado del Blockbuster. Entras en la historia por la puerta de atrás, pero vaya si lo haces; como aquella cabra que mordió los huevos a un jovenzuelo Hitler. Mal, ¡no, no, no!, ya ha aparecido Hitler, y eso me lleva a pensar en la ley de Godwin, según la cual, a medida que una discusión en internet se alarga, la probabilidad de que alguien saque a relucir a Hitler o a los nazis se acerca a 1. Para cuando se llega a ese punto, la discusión ya se ha ido a la mierda. Pero bueno, ¿qué esperas en un mundo donde las opiniones se lanzan como botellas vacías en una pelea de borrachos? Al final, siempre hay alguien que echará mano a la carta de Hitler, y eso significa que, quizá, esta conversación conmigo mismo ha tocado a su fin.

Mi cerebro necesita coger aire. Como dirían los Pixies, *Where Is My Mind?* Mi pensamiento es como un árbol que crece en todas direcciones retorciendo sus ramas hasta el paroxismo, o mejor, mejor: como un karateka se hace tal llave a sí mismo que acaba con los testículos tapándole los ojos. Son las diez de la mañana y ya voy acelerado. Si el masajista supiera que estoy pensando, creo que me ataría a la camilla por si acaso.

Mi sueño final es que alguien entra en la habitación y me he convertido en el típico alienígena que siempre aparece en cualquier página web cuando se habla del Área 51, tirado en una camilla, pálido y cabezón, y mientras suena la canción de *Star Trek*, esa persona descubre a un extraterrestre sodomizando a un fisioterapeuta, zombificado, babeando sin estar dormido, mientras le enculo.

Chillidos. Desmayos.

Joder. Quiero hacer todas esas cosas que no podré hacer de muerto. Lo del masajista, si eso, te lo dejo a ti, seas quien seas.

Diablos, ahora mismo me viene a la cabeza un poema que viene a cuento:

> *Soy hipocondriaco*
> *Y todas las enfermedades he ido sintiendo*.
> *La broma del asunto es*:
> *me he pasado media vida muriendo*.

¿Quién coño escribió semejante genialidad? Ah, sí, fui yo, jeje.

Soy odioso.

Vamos, relájate. Queda media hora de masaje.



PLAYLIST

Misty Mountain Hop, Led Zeppelin
All I Want, The Cure
Malos tiempos para la lírica, Golpes Bajos

How Soon is Now?, The Smiths
Séptima sinfonía, Beethoven
Tip Toe Thru' the Tulips With Me, Tiny Tim
Let Down y *Karma Police* (siempre juntas, por favor), Radiohead
Venus in Furs, The Velvet Underground
Where Is My Mind?, Pixies
Tema central de Star Trek




Club
TROPICANA
Wild
$12000

4. **CANCIONES DE CARRETERA**

IDEALES PARA ESTRELLARTE

11.30 de la mañana //

Salgo extrañamente relajado del fisio y me subo al coche. La primera canción que suena en mi playlist «Canciones de carretera ideales para estrellarte» es ni más ni menos que *Untitled #1*, de Sigur Rós, cuya melodía de piano me reconcilia con la humanidad, o al menos, inicia una fugaz tregua que dura lo mismo que la canción. *Untitled #1* me transporta a unas inolvidables vacaciones en Islandia con su música mejorando, ¡como si eso fuera posible!, un entorno de 360 grados cuya belleza te deja sin aliento. Pero ahora mismo estoy en Barcelona y tampoco se está tan mal, mientras me zambullo en la Diagonal. Creo que no soy el único que escucha cierto tipo de canciones preferiblemente en el coche. De hecho, en una de mis primeras maquetas grabadas con banda, me sorprendió que el ingeniero que no estaba grabando decidiera salir del estudio y largarse al coche para dar el visto bueno definitivo. Pensaba que el tipo estaba un poco zumbado, pero por aquel entonces no sabía que aquella situación iba a repetirse no pocas veces en mi vida, y es que, al final, el coche acaba siendo el último juez. Dicho sea de paso, y como si en realidad ese fuera el real pretexto, el tipo aprovechó para hacerse una raya de cocaína —yo tenía quince años y era la primera que veía en mi vida— en el salpicadero de su coche. Desde luego, es una gran sensación saber que vas a emprender un viaje cuya duración te permitirá escuchar entero «The Dark Side of the Moon».

Inmerso en semejantes pensamientos llego a la Plaça Francesc Macià, justo cuando Jónsi Birgisson empieza a entonar una melodía maravillosa que parece un maullido, y ya sé que no debería pensar esto, pero siempre que me viene el bueno de Jónsi a la cabeza automáticamente recuerdo que el cantante elfo tiene un ojo de cristal por culpa de un accidente que tuvo de niño, justo igual que uno de mis bisabuelos, y no debería ser inusual el caso de marras en el pueblo natal de mi familia, ya que de niño recuerdo que había al menos tres ancianos con ojo de cristal, y todos por pedradas «jugando» con el resto de zagales.

A continuación, mi lista de reproducción me lleva en volandas hacia *Venus As A Boy*, de la también islandesa Björk, y aunque parezca un tanto fuera de la norma, uno de mis mitos eróticos. Los islandeses son los amos a la hora de crear ambientes paisajísticos. Si naces en el Baix Llobregat, cuya naturaleza queda casi siempre interrumpida por autovías, autopistas, vías de cercanías, de AVE, puentes y rotondas, lo más normal es que las canciones paisajísticas te salgan con el orto, o como mínimo, huelan a asfalto. A veces he discutido con mis amigos si la cuestión de la creatividad tiene mucho que ver con entornos feos. Aunque servidor es oriundo de uno de los barrios más burgueses habidos y por haber —L'Eixample— estoy seguro que jamás hubiera enriquecido mi creatividad de no haber sido porque mi adolescencia la pasé en el Baix Llobregat, conociendo a todo tipo de fauna humana, y con el handicap de apenas disponer de ningún bar o discoteca donde pasar ociosos nuestros fines de semana, así que, una de tres: o te convertías en delincuente, o te largabas a la vecina Barcelona, o te conformabas con la cutre-discoteca de tu pueblo.

Unos cuantos de nosotros decidimos pillarnos un local de ensayo y divertirnos creando música que nos ayudase a evadirnos de ese tedio y la fealdad circundante. Lo siento, pero no puedo imaginar a una banda saliendo de un lugar objetivamente bello. Pocas bandas recuerdo surgidas en el barrio de Pedralbes o el de Salamanca. La belleza externa te lleva al conformismo o a un estado

contemplativo del todo estéril. La fealdad externa —que comporta otro tipo de factores acaso más importantes— provoca la imperiosa necesidad de escapar, y prueba de ello son los Beatles, quienes surgieron de un deprimido Liverpool y no del barrio *posh* de Knightsbridge, al que una estrella del pop inglés se traslada a modo de retiro y cuando ya ha extraído de su ciudad natal todo el jugo creativo.

Eso me lleva a recordar una conversación que mantuve en un camerino con Isa, de Triángulo de Amor Bizarro: me contaba que en su pueblo gallego la única discoteca que había se llamaba algo así como Tropicana, y con su acento gallego me decía «¿Tú te crees, Tropicana, qué coño tenían que ver esas palmeras pintadas en la pared con la Galicia profunda?». Lo mismo con mi pueblo y su ya desaparecida discoteca llamada Línea 1. O el bar Tonos, donde me pasé las tardes de un año entero y cuyo dueño nos recogió a un par de amigos y a servidor completamente inconscientes y durmiendo sobre nuestros propios vómitos justo al lado de la iglesia. Sant Vicenç dels Horts —pueblo elegido de Dios— tiene el honor de dar la pista definitiva sobre el paradero de Santi Potros, etarra, ya que encontraron su DNI en una papelera, ergo, quien le pispó la cartera al etarra fue uno de mis vecinos. También es famoso como campo de gamberradas de un tipo llamado Cumbito, que una vez nos atracó junto a su grupo de amigos y ocurrió lo siguiente: uno de los que acompañaban a Cumbito me conocía del instituto, así que le cuchicheó algo en al oído, en plan, a ese lo conozco y es legal. Total, Cumbito nos dijo: «Bueno, os voy a devolver el dinero porque me han dicho que sois buena gente. ¿A ti cuánto te he quitao?». «Quinientas pesetas». Y el chaval se hizo un lío con toda la molla que nos había levantado y al final todo acabó en una conversación surrealista, del estilo de: «¿Tienes cambio de cien?», «¡A mí me faltan cincuenta pesetas, que te he dado un billete de quinientas». Si hubieran grabado la escena con un móvil, habría sido viral. Pero,

como una vez leí, «me alegro de haber crecido en los años 80 y 90. Hice mil estupideces y no hay registro de ellas por ninguna parte». La suerte de nuestra generación.

Recuerdo a otro tipo, el típico pijo afeminado sobreactuado a más no poder del centro de Barcelona, soltándome un día con toda la maldad del mundo: «Ais, ¿tú eres de Sant Vicenç? Una vez estuve allí y me di cuenta de que todas las mujeres sesentonas llevan ese peinado tan típico de allí, ¿no? Esa moda de levantarse de la siesta del sofá y salir a la calle sin pasarse el cepillo, así como enseñando todas las canas que ya se ven de la raíz porque hace la hostia que no van a la peluquería. Vamos, que la vez que visité a tu pueblo vi como a diez mujeres así, con la *closca levantá*». Me planteé darle un par de hostias, la verdad, pero luego pensé «Menudo hijo de puta, la ha clavado».

Sea como sea, y volviendo a la creación, el Baix Llobregat es una escuela de frikismo tal que, sin darte cuenta, sus personajes acaban colándose, por peculiares, en tu obra. Mis hijas, sin ir más lejos, alucinan con las pijas de Barcelona y las imitan, con esas «aes» cuando hablan un catalán que pretende eliminar toda vocal neutra para así parecer urbanita, y, en definitiva, han empezado a cogerle el gusto a esa mirada un poco aterrorizada de sus compañeras de clase cuando descubren de dónde proceden. Al final, el sentimiento de inferioridad genera un orgullo, un curtimiento, incluso una peculiar confianza en ti mismo generada por un cierto complejo, ya que, si has crecido en Sant Vicenç dels Horts, ya puedes enfrentarte al resto del planeta con cierta seguridad. Por el otro lado, en el barrio de Salamanca o L'Eixample ¿qué te vas a encontrar? Arquitectos, dentistas, gente de bien, ciudadanos correctos, anodinos, poco pintorescos y a veces con un punto clasista que tira p'atrás. Basta enumerar los grupos o solistas surgidos del Baix Llobregat y luego compararlos con los nacidos en el centro de Barcelona. No hay más preguntas, señoría.

Cuarto incendio de día. Me llaman para cantar, sin Love of Lesbian, en un lugar que no me atrae en absoluto, aunque el dinero siempre es bien recibido. Una vez leí a Warren Buffett diciendo algo así como que la diferencia entre un hombre de éxito y un hombre de mucho éxito es que el segundo dice muchas más veces que no. Puede que tenga razón, pero siempre me pillan en falso. Llevo años intentándolo, pero demasiadas veces antepongo el interés ajeno al personal. Soy terriblemente influenciable, como una especie de Quasimodo que se ve obligado a aceptar cualquier proposición sexual, le guste o no la persona que se lo propone. Encima, me ha llegado una carta de la Seguridad Social recordándome que debería mirarme el colon. Evidentemente se refiere a que un especialista me lo mire, hacerlo por mí mismo me resultaría un tanto complicado. Son esas cartas que te llegan en la cincuentena, como la de la próstata.

Por suerte, me he adelantado: hace unos tres meses me hice una colonoscopia. Solo recuerdo que me dolía el estómago y me senté en una terraza delante de un zumo de melocotón mientras esperaba, en posición retorcida, a que alguien viniese a recogerme en coche. El tipo de la mesa de al lado me vio y me dijo: «Te encuentras mal, ya lo veo. Mira, te voy a poner una canción». Y va y me pone su móvil en la oreja. Yo no daba crédito. Muy majo eso sí, sus intenciones eran buenas, aunque ya ni recuerdo qué canción me puso. Hay gente buena en el mundo, tanto, que a veces pueden parecer putos chalados.

El siguiente enlace de mi playlist me lleva a Billie Eilish: *Hostage.* Contemplo a los transeúntes de Barcelona, cada uno enfrascado en sus respectivas hipnosis telefónicas. Su empanamiento, sumado a los ciclistas, gente en patinete, invidentes con perro random, turistas imprudentes y unicornios dorados, me obliga a conducir en un estado de alarma cien veces superior al de hace una década. De hecho, el continuo e imparable envejecimiento de la población me hace pensar que en cuestión de diez años habrá más peatones en silla de ruedas que gente andando por su propio

pie. En breve pasará que deberemos adaptar cierto tipo de medidas, como por ejemplo, la implantada en 2014 por los chinos, quienes en algunas ciudades crearon un «carril smartphone» para evitar que los peatones que caminan mirando el móvil se choquen con otros o se abalancen sobre tu coche. Ahora, en Corea del Sur han puesto pasos de peatones con luces y rayos láser para los zombis del teléfono. Cada paso para estos despistados cuesta más de trece mil dólares y viene con un sistema que alerta al peatón en su teléfono. El cabreo que poco a poco voy acumulando en mi interior me lleva indefectiblemente a *No Cars Go*, de los Arcade Fire, a mi parecer, uno de los temas más wagnerianos de su década, y mucho más me lo pide el cuerpo cuando veo a un veinteañero a mi lado con pinta de heredero ruso de un inmenso holding gasístico al volante de un Ferrari y saliendo del semáforo a toda pastilla. De repente, Charles Bukowski aparece a mi lado de copiloto:

—¿Sabes qué? Según unos estudios británicos, resulta que los hombres con pene chiquitín son más propensos a querer conducir un vehículo ostentoso y caro. Y no, no estoy bromeando. Ya había estudios que decían que los tipos tratan de impresionar a las chicas con sus coches y su estilo de vida lujoso, pero ahora parece que hay una conexión directa entre esto y el tamaño del paquete. Quién lo hubiera pensado, ¿no? Y aún hay más: se dice que los hombres con autoestima baja también son más propensos a comprar coches de lujo. Tal vez quieren compensar algo, ¿quién sabe?

—Oye, querido —contesto a Charles—, doblo la apuesta, otro estudio realizado por la asociación norteamericana de psicología ha revelado que la mayoría de los guitarristas heterosexuales tocan música extrema para impresionar a otros hombres heterosexuales. Ah, y al hilo nuestra conversación, querido Charles: el otro día soñé que me encontraba al negro de WhatsApp, ya sabes, el que triunfó en los memes durante un par de años. Le preguntaba qué tal le iba con las chicas, y el negro me contestaba: «Me va bien, dentro de lo que cabe». Juro por Nietzsche que me desperté con ese diálogo.

Charles se ríe por mi ocurrencia onírica y observa a un par de ancianos a la altura de Pau Claris con expresión despistada esperando el autobús:

—¡Oye, oye, oye! —dice de pronto—, ¡mira lo que están haciendo en Hong Kong! Han sacado unos buses que no van a ninguna parte, pero que son perfectos para la gente que no puede dormir en su cama, ¿me entiendes? Esos que tienen problemas para dormir o que están muy lejos de su casa y extrañan su colchón. Se trata de un bus turístico con dos pisos que te lleva de paseo durante cinco horas y te deja echarte una buena siesta. El bus recorre unos ochenta y dos kilómetros, así que tienes un buen trecho para dormir a pierna suelta sin molestar a nadie más.

—¡Qué buena idea! Debería haber uno de esos en todas las ciudades, ¿no crees? ¡Dormir en el bus, qué maravilla! Menuda tristeza estos tiempos modernos.

—Ya lo puedes decir, ya. Oye, Santi, ¿alguna vez has oído hablar de las bibliotecas humanas? Son bibliotecas donde puedes «prestar» a alguien como si fuera un libro, pero en vez de leer su historia, ¡te la cuentan cara a cara! Estos «libros humanos» son personas que han tenido vidas difíciles, con historias interesantes que compartir, gente que ha vivido situaciones trágicas y se han convertido en auténticos maestros de la vida.

El amigo Charles me cuenta que la idea de las bibliotecas humanas comenzó en Dinamarca en el año 2000 y se ha extendido a más de ochenta países en todo el mundo. Puedes encontrar títulos tan sugestivos como *Soy alcohólico*, *Soy refugiada y trans*, *Vivo en la calle* o *Creo en el poliamor*. Y detrás de cada título hay una historia fascinante que rompe prejuicios y fomenta la comprensión. Guau. Esa noticia me hace preguntarme qué historia me gustaría escuchar de viva voz de su protagonista y me sobran dedos. No conozco a mucha gente de verdad, me refiero. En tiempos tan carentes de sinceridad, escuchar historias de gran calado humano parece casi algo obsceno. Recuerdo que hace un par de años me encontré con una conocida, actriz de profesión, a quien felicité porque según lo

que veía a diario en su cuenta de Instagram, todo parecía irle sobre ruedas. Y me contestó: «¿Sobre ruedas? He pasado un año y medio con una depresión profunda, pero, claro, eso no le importa a nadie. Imagínate quién me hubiese contratado para hacer una película si llego a contar la verdad». Así funcionan las cosas hoy en día. La dictadura del buenrollismo y la belleza.

A colación con el tema de la guapura, Charles me suelta:

—¿Sabías que hubo una época en que en Chicago no podías salir a la calle si eras feo? Así como lo oyes, si parecías un trasero con verrugas o una cara de palo, mejor te quedabas en casa. Esto duró casi cien años, desde 1881 hasta 1974. ¡Una barbaridad!

Le replico que no es exactamente como me lo cuenta. Resulta que un concejal de nombre James Peevey, que seguramente era un adonis, dijo que los mendigos y lisiados eran una «obstrucción callejera humana», así que se le ocurrió la brillante idea de prohibir que cualquiera que estuviese «enfermo, mutilado o de alguna manera deformado» saliera a la calle. Y sí, los ciegos, sordos y lisiados de guerra también estaban incluidos, aunque un poquito menos. ¡Qué mundo!

Ahora mismo las redes bullen de bellezas estándar. El mismo dentista, el mismo gimnasio.

Al final, Charles y servidor acabamos imitando a la talentosa Billie, y empalmamos el canturreo con los primeros versos de *Love Will Tear Us Apart*, de Joy Division. Nos sentimos ridículamente gloriosos, como siempre que cantas a dúo una canción dentro de un vehículo. Luego se hace el silencio. Detecto que a Bukowski le incomoda, porque no puede aguantar más de diez segundos sin soltar una de las suyas.

Me cuenta que en Suecia ganaron un concurso publicitario llamado The Fun Theory para Volkswagen con una idea genial. Colocaron una cámara de tráfico que premiaba a los conductores que cumplían las normas en lugar de multarlos. ¿Cómo? Con una parte del dinero de las multas que se recaudaban entre los infractores, se hacía una «lotería» entre los que conducían a la

velocidad adecuada en la zona. ¡Brillante! Le devuelvo la pelota diciéndole que en Finlandia, la cosa es un poco diferente: si te pasas de velocidad, te clavan una multa que se basa en tus ingresos mensuales, lo que significa que si tienes un buen trabajo y ganas bastante dinero, la multa es más alta. Un directivo de Nokia tuvo que pagar ¡más de cien mil euros! por conducir a 75 km/h en una zona que marcaba 50. Pero ¿qué esperabas? La regulación del país divide entre dos lo que un ciudadano gana de media en un día, y le cayó una multa equivalente a 12 días de sueldo.

Nuestra conversación se ve interrumpida por la voz de Bono cantando *The Unforgettable Fire.* Quizá no sea el mejor tema de U2, pero lo que está claro, al menos para mí, es que Bono interpreta cada frase de esta canción como si quisiera dar una lección a los profanos de cómo impregnar de emoción cada palabra. Me acuerdo de aquel chaval de quince años en la sección de música de unos grandes almacenes escuchando este single y pensando que había encontrado a cuatro amigos desde Irlanda. Y es que un chaval con según qué inquietudes a según qué edades se siente muchas veces solo.

—Ay, la soledad de las grandes urbes —me suelta Charles, que ha adivinado mis pensamientos—. ¿Sabes? En Japón se ha observado un incremento en los delitos perpetrados por aquellos que ya han pasado la edad de la jubilación. Se trata de individuos que no desean importunar a sus retoños, y que cometen hurtos de poca monta con el fin de pasar algunos días en la cárcel. Allí se alimentan sin costo alguno y descansan en una cama caliente, en compañía de almas que al menos les brindan algo de conversación para remediar la habitual soledad que los aqueja. Aunque también pasa al contrario…

Y me cuenta que, por lo visto, un jubilado estaba tan sumamente harto de su esposa, que decidió robar un banco para ir a la cárcel y así no tener que soportarla más. Pero lo más loco es que,

después de todo eso, su condena fue de seis meses… de arresto domiciliario. Me río por dentro imaginando al tipo ante la sentencia del juez.

Le digo a Charles que eso de la soledad es uno de los males de nuestros tiempos. Por lo visto, la cadena de supermercados holandesa Jumbo propicia que los clientes entablen conversación mientras hacen la compra: la idea es ofrecer una línea de cajas más lentas donde se fomente el contacto, para aquellos que no tienen tanta prisa al hacer la compra. La iniciativa se lanzó en 2019 y está dirigida especialmente a las personas mayores que disfrutan de una buena charla.

—Hablando de compras curiosas, ¿sabías que Michael Jackson una vez cerró un supermercado completo para vivir la experiencia de comprar como una persona normal? ¡Sí, como lo oyes! Todos los clientes que encontró allí eran en realidad personas contratadas, la mayoría conocidos de Jackson. ¿Te imaginas? Eso. Lo de Michael sí que fue soledad. —De pronto Charles me mira y frunce el ceño—. Por cierto, ¿a qué diablos viene llamar a esa lista de reproducción «Canciones de carretera ideales para estrellarte»? En realidad, son tranquilas.

Le contesto que justo por eso. Si fueran temas alocados, automáticamente debería bajar el volumen. Las canciones de esta lista provocan que me vaya tanto por las nubes que existe el riesgo de soltar las manos del volante y simular que vuelo. Cinco segundos de silencio. Sé que Charles está a punto de contraatacar.

Al final me pregunta por el carro que llevo. «Me gusta mucho», me suelta. Le digo que me lo han prestado a cambio de que, de tanto en cuanto, publique alguna historia en redes sobre lo bien que se conduce el bicho. ¡Bribón, maldita sea, tú también caes de tanto en cuanto en las esclavitudes de la propaganda! Bajo la cabeza y le explico que valoré durante días la propuesta, y llegué a la conclusión de que disfrutar de aquel coche bien lo valía. Sin ir más lejos, le cuento que, hace escasamente una semana, mi hija pequeña me preguntó si podía recogerla en Barcelona, ya que había salido del

cine y por lo visto el horario de trenes de regreso a casa conllevaría un retraso considerable. A regañadientes, espachurrado en el sofá, le dije que sí, y es que pensé de manera mezquina: «Venga, hombre, llevo todo el puto día escribiendo y necesito darme una vuelta con este carro». Una vez montada en el coche, Irene me comentó: «Confiésalo, papá. Si no tuvieras este coche, no habrías venido, ¿a que no?». Al ver mi expresión, mi hija se echó a reír. «Sabes que esta escena sería perfecta para un anuncio de este coche, ¿verdad?». Era rotundamente cierto. Habíamos protagonizado un divertido spot. Justifico mi prostitución en las redes argumentando que nuestro antiguo coche ya estaba para el desguace, y que, por casualidades de la vida, Núria me había dicho hacía cosa de una semana que le encantaría comprarse ¡justo el coche que nos ofrecieron! A estas señales de la vida hay que hacerles caso, casi por obligación divina.

—Así que el antiguo coche estaba viejo —me contesta mi copiloto—. Pues no creo que superara a un Volvo de los años sesenta, un coche indestructible, con más de cuatro millones de kilómetros recorridos. ¿Sabes qué significa eso? Pues que ese Volvo había ido y vuelto de Barcelona a Moscú ¡642 veces! o, dicho de otro modo, había dado la vuelta al mundo por la línea del Ecuador 112 veces. Eso es una distancia impresionante.

Me pregunto qué tipo de persona sería capaz de conducir un coche durante tantos kilómetros. Tal vez alguien que realmente amaba su Volvo. Luego Charles y servidor hemos conjeturado acerca de cuál sería el texto ideal para vender el coche por internet. Al final, llegamos a la conclusión de que la frase final sería: «Convendría cambiarle los neumáticos». Por cierto, en países adinerados como Dubái, la flota de vehículos de la policía es para mear y no echar gota: Audi R8 V10, Bentley Continental GT, Ferrari FF y Aston Martin One-77. No soy amante de los coches, ni mucho menos, pero así cualquiera se lanza por las calles a perseguir a los malos. *Oh, wait*.

Para qué coño quieren en Dubái ese tipo de velociraptors, si no hay delincuencia porque todos están forrados? El mundo es una enorme mierda incongruente. Una mierda ditirámbica, como diría Dalí.

Es entonces cuando Charles me dice que se baja. Justo en la confluencia de la calle Bruc con València. Nos despedimos chocando los puños, mientras que, por la puerta trasera izquierda, sube Jorge Luis Borges. Con su acento porteño de vocales arrastradas, susurra a mi espalda:

—No me pregunte adónde voy. Simplemente déjeme acompañaaarle. De paso, permítame contarle una historia al respecto de las grandes urbes. En el vasto territorio de Estados Unidos, existe una singular práctica según la cual los conductores pueden matricular sus vehículos con el nombre que deseen, siempre y cuando abonen las tasas pertinentes. Sin embargo, como suele suceder con las acciones humanas, algunas decisiones desencadenan consecuencias inesperaaadas. En el caso que nos concierne, un hombre decidió, con astucia e ingenio, inscribir su coche con el nombre *Null*, creyendo que las multas que recibiera serían anuladas. Mas el destino, siempre caprichoso, se burló de sus esperanzas, ya que, en lugar de dejar en blanco el campo del nombre de la matrícula cuando la información no estaba disponible, los sistemas informáticos de las autoridades viales automáticamente asignaban el valor «Null». De esta forma, todas las multas que el vehículo recibía aparecían registradas como si no tuvieran dueño, lo que dificultaba su identificación y seguimiento. Con el correr del tiempo, la acumulación de multas llegó a ser descomunal, hasta alcanzar la suma de 12.000 dólares. A pesar de los esfuerzos del hombre para explicar la situación, las autoridades no tuvieron en cuenta su argumento y le exigieron el pago. De esta manera, la astucia del hombre se volvió en su contra, convirtiéndolo en víctima de su propia artimaña y demostrando una vez más la fragilidad y complejidad de los sistemas humaaaanos.

Le comento a Borges que *El Aleph* me voló la cabeza, y aprovecho para confesarle que me entristecieron unas palabras que escribió en su día: «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido feliz».

—Ahhh, eso lo escribí cuando estaba hecho de materia. Lo verdaderamente importante es lo que le voy a contar, porque viene a colación con el tema del tráfico y estas ciudades demoníacas. En la ciudad de Bombay, en la India, la policía ha implementado un ingenioso sistema para lidiar con la impaciencia de los conductores. Con gran sabiduría, han ideado una forma de hacerles entender que su afán por avanzar más rápido solo retrasará su destino. Mediante el uso de la tecnología, han establecido que si un vehículo toca el claxon y el sonido supera los 85 decibelios, el semáforo en rojo se reiniciará. Esta simple pero efectiva medida obligará a los conductores impacientes a esperar más tiempo en el cruce, ya que el semáforo volverá a su estado inicial. Con un ingenioso eslogan, el sistema transmite un mensaje claro: «Cuanto más pitas, más esperas». Es una sabia lección para aquellos que buscan adelantar a otros a toda costa, sin importar las consecuencias, ¿no cree? —me suelta con esa extraña sonrisa, entre tierna y de muñeco de ventrílocuo.

Le pido que me regale los oídos con otra historia, por dos motivos: Borges es un genio, y encima es un genio con acento argentino, y eso siempre hace más interesante cualquier cosa que cuente un nacido en esas tierras, aunque bien es cierto que con el rollo que tienen también encendemos un temporizador con tiempo límite. Borges me contesta:

—Hablando de coches y de tráfico. En tiempos remotos, allá por el año 1920, un noble marajá decidió visitar una flamante sala de exposición de Rolls-Royce en Londres. El príncipe hindú, desprovisto de su indumentaria real, se interesó por los vehículos de la prestigiosa marca inglesa y esperó ser atendido con cortesía y respeto. Sin embargo, para su sorpresa, el comercial lo trató con desprecio y desdén. El humillado marajá se retiró del lugar, pero en

su mente comenzó a fraguarse una sofisticada venganza para arruinar la reputación del fabricante inglés. Bajo el anonimato, organizó una segunda visita a la misma sala de exposición, pero esta vez envió a una gran autoridad de la India, sabiendo que la situación iba a ser muy diferente. La leyenda cuenta que se presentó en el concesionario de Rolls-Royce ataviado con sus mejores galas y joyas, y fue recibido con una alfombra roja y todos los honores. Prabhakar, que así se llamaba el príncipe, se interesó por seis modelos de la marca, los probó y los compró todos. Después de la transacción, mandó que se los enviaran a su país natal y por lo visto dedicó aquellos ostentosos vehículos a la recogida de basura. La venganza había sido cumplida con maestría, ¿no cree, don Santiago?

Le contesto que, años después, pasó lo mismo con Rick Astley, con su pinta de criajo, entrando en una concesionaria de automóviles de lujo en Londres en los ochenta para comprar un Ferrari. El vendedor lo miró de arriba abajo, con su atuendo informal de pantalones vaqueros y chaqueta de cuero, y lo desestimó de inmediato, diciéndole que no podía permitirse el coche. Borges me pregunta quién es Rick Astley y no tengo más remedio que ponerle *Never Gonna Give You Up.* Tras una atenta escucha, me suelta:

—Bueeeno, como conocedor de la lengua inglesa puedo asegurarle que el tema no es gran cooosa. Oiga, no se lleve a confusión conmigo. Creo que la música es una fuente inagotable de inspiración para mi escritura. Me considero a mí mismo como un lector que escucha la música de los textos que leo. En mi cuento *El Aleph*, hago referencia a la música de Bach como una forma de acceder al infinito y a la eternidaaad. Para mí, la música es una expresión sublime del aaaarte, que trasciende las palabras y los límites del tiempo y del espaaacio.

Y entonces, como si fuera la mejor idea del mundo, tengo a bien ponerle *Echo de menos*, de Kiko Veneno. La sorpresa es que la conoce, así que nos pasamos el resto del viaje canturreándola.

Si tú no te das cuenta de lo que vale, el mundo es una tontería…

Borges mueve la cabecita y sigue el ritmo con su bastón de madera de ébano con una empuñadura de marfil en forma de cabeza de caballo, que, por cierto, le regaló su madre.

—Linda melodía… Vital, sí, muy vital…

Mientras aparco el coche pienso dos cosas: una, que ha sido un viaje curioso; dos, que tengo que dejar las drogas.

Ya.

PLAYLIST

Untitled #1, Sigur Rós
Venus As A Boy, Björk
Hostage, Billie Eilish
No Cars Go, Arcade Fire
Love Will Tear Us Apart, Joy Division
The Unforgettable Fire, U2
Never Gonna Give You Up, Rick Astley
Echo de menos, Kiko Veneno

(**INTERMEDIO**)

CANCIONES GLORIOSAS, MITOLOGÍAS Y NOTICIAS ESTÚPIDAS MIENTRAS ANDO POR LA CALLE

12.15 de la mañana //

Me acaba de llegar un libro de mitología griega. Me lo ha dado el vecino: el repartidor de por la mañana lo ha dejado en su casa después de que yo me marcara el *irusu*. Lo ojeo, como acto previo a una futura lectura. Como aún noto a Bukowski a mi lado, le propongo un juego. Pensar en temas gloriosos y compararlos con seres de la mitología clásica. Porque el pop, a fin de cuentas, se trata de mitificar nuestras vidas de mierda. Charles me propone añadir a cada canción una anécdota mundana que nos haga llegar a la conclusión de que lo absurdo, lo verdaderamente delirante, no está en la ficción, sino en una realidad que a veces nos supera de lo megaidiota que llega a manifestarse.

Empiezo yo con *Transatlanticism* de Death Cab for Cutie, una canción que no pocas veces me ha hecho soltar el moco aunque no tuviese ganas. Evoca un sentido de nostalgia y anhelo por la conexión y la unión a través de la distancia. En mi opinión, la virtud que encierra esta canción es la perseverancia en la búsqueda de la conexión humana pese a los obstáculos y la distancia. La letra de la canción habla de dos personas separadas por un gran océano y que se encuentran en un estado de espera ansiosa por la oportunidad de reunirse y estar juntos de nuevo. A pesar de las dificultades, los personajes se mantienen firmes en su compromiso de luchar por su relación y se aferran a la esperanza de un futuro en el que puedan

estar juntos. No hay nada peor que la sensación, constante y progresiva, de que estás lejos de alguien a quien quieres. Sin embargo, desde un punto de vista optimista, *Transatlanticism* lucha por superar los obstáculos que se interponen en el camino hacia la unión. Un buen protagonista para esta canción podría ser Odiseo (Ulises en la mitología romana), y es que el bueno de Odiseo fue un guerrero y rey de Ítaca que se embarcó en un largo y peligroso viaje de vuelta a casa tras luchar en la guerra de Troya. Durante su viaje de regreso, Odiseo enfrentó numerosos obstáculos, incluyendo monstruos mitológicos, dioses vengativos y la ira de los elementos naturales. Al igual que los personajes de la canción *Transatlanticism*, Odiseo tuvo que luchar contra la distancia y los obstáculos para mantener su conexión con su amada Penélope. Bla, bla, bla. La verdad es que la canción es triste, pero triste en plan muerte universal.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

Un día un estadounidense llamado Larry Rutman lanzó un bumerán, que volvió y le golpeó en la cabeza. Larry se demandó a sí mismo por 300.00 dólares en daños y ganó el caso. El dinero que se ganó al demandarse a sí mismo lo pagó la compañía de seguros en la que Larry se había asegurado contra este tipo de reclamaciones. Y está también Donald Andrews, un maestro de Georgia que había comprado un seguro de viaje que valía 400 dólares y ganó 10.000 el mismo día. Por lo visto, en la cláusula siete del contrato que había firmado se leía: «Si alguien ha leído este párrafo, que nos avise ya que será premiado con 10.000 dólares». Recordatorio: leer la letra pequeña de los contratos siempre.

Charles se enfada conmigo. En su opinión, la noticia mundana debería estar más relacionada con la canción en cuestión y la mitología, aunque sea de refilón. Estoy de acuerdo. Siguiente:

Ahora que la mierda me llega hasta los ojos, de Espaldamaceta. Honestidad con respecto a la vulnerabilidad, dolor en la soledad. Espaldamaceta admite que la situación ya le asfixia, y qué mejor para expresarlo que esa contundente frase del título y con la que inicia el tema. Esta canción podría ser Némesis, a menudo representada como una figura triste y solitaria, que inflige dolor y castigo a aquellos que han cometido acciones imprudentes o irresponsables. Su presencia en la canción podría simbolizar la consecuencia del comportamiento descuidado y egoísta del autor y su necesidad de enfrentar el dolor y la soledad que se ha causado.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

¿Seguimos pensando que el mundo real es menos delirante que el de la ficción? Mmm. Vamos a poner otro ejemplo: la Argentina tuvo cinco presidentes en solo diez días durante la semana trágica de diciembre de 2001. La crisis económica y política estaba de la verga y el presidente De la Rúa declaró el estado de sitio y empezó a reprimir a los manifestantes que estaban jodiendo en las calles de Buenos Aires. La represión fue tan dura que el ministro de Economía se mandó a mudar y De la Rúa tuvo que renunciar al día siguiente. Y ahí empezó la danza de los presidentes, uno tras otro, como putos en una fiesta. Al final, Eduardo Duhalde logró arreglar un poco la cosa y llamó a elecciones en 2003, donde ganó Néstor Kirchner. Charles me suelta: «¡Oye, oye, pero menudos huevos tienes! ¿Qué tiene que ver eso con la canción y la mitología aplicada?». Muy sencillo, querido. Y es que, como a las personas, a todos los países les ha sucedido que la mierda a veces les llega hasta los ojos.

Quinto incendio del día. Me llama mi padre. Me comenta, así como de pasada, que en diez días cumple ochenta años. Sigo hablando con él de otras cosas. En cuestión de cinco minutos me ha

recordado siete veces más que cumple ochenta años. Joder, bien mirado, ochenta es una barbaridad. No tengo cojones de decirle que el día de su cumpleaños estaré aterrizando en México.

Charles me pide tiempo para decir alguna canción, así que prosigo.

Hablemos de Syd Barrett y, por consiguiente, de *Wish You Were Here*, uno de los temas que más he escuchado en mi vida cada vez que he echado de menos a alguien, contexto amistad. Dejad que os cuente la trágica historia de un hombre que vivió su vida al máximo, pero se quemó demasiado rápido. Syd Barrett fue un miembro fundador de Pink Floyd, una de las bandas más icónicas de la historia del rock. Era un genio musical y creativo, pero también era un alma atormentada. Sus excesos con las drogas y la fama lo llevaron a una espiral descendente que terminó por separarlo de la banda y, finalmente, de su propia vida. *Wish You Were Here* se escribió como un homenaje a ese amigo desaparecido. La canción habla de extrañar a alguien que se ha ido, alguien que ha dejado una huella indeleble en la vida de los que quedaron atrás. En el caso de Pink Floyd, Syd Barrett era ese alguien. Se trata de una reflexión sobre la vida, la muerte y la importancia de las relaciones humanas. En resumen, el adiós a un genio musical que se quemó demasiado rápido.

Entonces Charles considera que es el momento de aportar reflexiones de su propia cosecha.

—Bueno, colega, si hablamos de *Wish You Were Here*, te diré que es una canción que te hace reflexionar sobre las personas que son importantes para ti. Si la relacionamos con la mitología, yo diría que Ícaro viene que ni pintado. Por orden del rey de Creta, él y su padre Dédalo estaban presos dentro del laberinto que el propio Dédalo había construido. El padre, que era un ingeniero de la hostia, decidió construir unas alas para que Ícaro y él pudieran fugarse volando. Pero Ícaro, que era un chaval joven y sin apenas

experiencia, se emocionó demasiado en el vuelo y empezó a subir cada vez más y más alto, como Syd Barrett con el LSD, hasta que se acercó demasiado al sol. Las alas, que estaban hechas con plumas de pájaros y cera, se derritieron e Ícaro cayó al mar y palmó. Ay, no darte cuenta de tus propias limitaciones.

Le digo a Charles que Syd Barrett es un personaje por el que he sentido fascinación y miedo, en igual medida. Porque desaparecer como lo hizo él me pareció una heroicidad, y es que, por perjudicado que estés, las mieles del rock and roll son demasiado adictivas como para dejarlas de golpe y porrazo. Por lo visto, una vez unos cuantos fans mitómanos aparecieron delante de la casa donde Syd vivía con su hermana y su madre. Le preguntaron, de una manera retórica, si era el antiguo miembro de Pink Floyd, a lo que Barrett respondió: «¿Qué es Pink Floyd, una banda de hip-hop?». Miedo porque su desaparición vino forzada por razones de salud. A lo que aspiro como persona y artista es a tener la potestad de elegir el momento de decir «Basta». Lo llevo pensando mucho tiempo. Supongo que, a la hora de la verdad, tanto en la vida como en la creación, siempre hay un pretexto para continuar. Pero en mis momentos depresivos, cuando los colmillos de mi perro negro se me clavan en los tobillos, Syd siempre está ahí, presente. El suicidio artístico me parece una manera muy honrosa de finalizar tu carrera, antes de que acabe nadando en los pozos de la indignidad.

Por otro lado, el tema del anonimato personal también es una opción envidiable. Bansky es el ejemplo absoluto de cómo crear una leyenda en vida. Es como el sueño de todo adolescente emo. Presenciar tu propio funeral y contemplar la opinión que el resto tiene sobre ti. Ninguna afiliación política, ninguna identificación con siquiera una cara, lo compromete. Bansky es libre, artísticamente, de hacer cualquier cosa. ¿Quién es en realidad? Robert del Naja, de Massive Attack, Robin Gunningham, un colectivo de artistas? Para mí, Banksy es Batman, o mejor dicho, Bruce Wayne. Banksy puede ser su propio público, y reírse como una rata, de ti, de mí, y de todos, incluido su abuela.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

Mel Waters es el nombre de una persona que se hizo conocida en la década de 1990 a raíz de una historia poco común sobre un misterioso agujero encontrado en su propiedad en el estado de Washington, Estados Unidos. Según la historia, el agujero tenía un diámetro de unos tres metros y ni siquiera se atisbaba el fondo, y lo habría descubierto Waters mientras trabajaba en su propiedad. La historia de Waters y el agujero se difundió en la comunidad local y luego en todo el mundo, generando todo tipo de especulaciones y teorías sobre su origen y propósito. Según algunas versiones de la historia, Waters habría visto extrañas luces y sonidos que emanaban del agujero, e incluso se habría adentrado en su interior con una cámara, descubriendo lo que parecía ser una especie de estructura artificial. Sin embargo, la historia de Mel Waters y su agujero ha sido objeto de controversia y escepticismo, ya que no hay pruebas concretas que respalden su veracidad. Muchos la consideran una leyenda urbana. Dicen que Mel desapareció, más o menos al estilo Syd Barret. Sí. Lo sé. Es muy fuerte lo que acabo de hacer. Pero en realidad, si encuentras la palabra adecuada, todo en la vida humana puede relacionarse entre sí. Pienso de nuevo en el hecho de ducharse con agua caliente y su relación con el sentimiento de soledad: si David Gilmour y Roger Waters se hubieran dado unas cuantas duchas calientes en aquella época, quizá nunca habrían compuesto *Wish You Were Here*.

Charles me da una colleja merecida.

Prosigo.

Pride (In the Name of Love), de U2, forma parte contratante de mi pubertad. En aquella canción descubrí que podías ser miembro de una banda de pop y no emplear el cinismo. Pocas bandas rezuman en sus inicios tanta fe y pasión por su proyecto que los cuatro de Dublín. Sus canciones eran salmos post-punk. En aquellos tiempos, Bono parecía tocado por la mano divina para evangelizar al mundo. A pesar que en ningún momento lo consiguió conmigo, sí que tengo

que reconocer que U2 me acompañó en mis peores momentos. ¡Con diecisiete años llegué a escaparme de casa para verlos en directo! Al ser menor de edad, sufrí como un condenado en la frontera francesa, ya que había dicho a mis padres que el fin de semana lo iba a pasar en casa de un amigo, celebrando su cumpleaños. Ahí me puedo ver, en la última fila de asientos de un autobús de Catalunya Ràdio fletado por el mítico y añorado locutor Jordi Tardà, delante de la policía francesa en la frontera, fumando un cigarrillo, dándomelas de mayor de edad. El concierto, que viví junto a mis amigos Juanjo y Carlos, fue como flotar desde la primera hasta la última canción, esos conciertos que marcan tu vida y que recuerdas como un sueño. Por cierto, tuve que robar en los supermercados franceses para poder llevarme algo a la boca aquel fin de semana.

Hablando de robos. El libro que tiene el récord de ser el más robado en las librerías y bibliotecas de todo el mundo es el Libro Guinness de los Récords. Así pues si en el Libro Guinness de los Récords buscas cuál es el libro más robado de la historia, el libro te dirá: «Yo». Siguiendo con el tema del récord Guiness. Por lo visto hay un tipo que aparece como el ser humano que más demandas ha interpuesto —a restaurantes, bancos, gobierno, vecinos—. Lo más gracioso del asunto es que cuando el gachón leyó que salía en el récord Guiness, también los demandó, argumentando algo así como vulneración de su intimidad. Me parece coherente, todo sea dicho.

Volviendo a U2, cuando meses después el fenómeno de su música explotó en todo el mundo, para mí, *Pride* y su videoclip reflejaban algo así como un milagro, o, empleando una terminología bíblica —ideal para hablar de ellos— el maná caído del cielo. U2 eran lo inesperado, aquel infiltrado en una fiesta, siempre poblada por los mismos, ingleses y norteamericanos. El salto de Bono en el videoclip simboliza muchísimas cosas, y la sonrisa de complicidad de una niña descalza entre el escaso público del teatro aún me pone los pelos como escarpias. Ese salto era lo que necesitaba mi alma. El redoble inicial de Larry Mullen y la ametralladora The Edge, junto a la elegante calma de un Adam Clayton, quien, por cierto, ahora mismo

creo que es el tipo que ha envejecido con más glamour de todo este circo llamado rock. Respecto a su relación con la mitología, yo diría que la virtud que mejor refleja es el coraje. En aquel entonces, Bono era el ultrahéroe autofabricado desde las cenizas del post-punk, y por lo tanto, un ser difícilmente homologable en la frívola escena del mundo de la música. U2 te hablaba desde el alma y no desde la pelvis, y aquí radicó su diferencia.

Teniendo en cuenta el juego mitológico, si *Pride* habla de la lucha por la justicia y la libertad, y de la importancia de tener el coraje de defender lo que uno cree en contra de todas las adversidades —como la persona a quien va dedicada, Martin Luther King—, entonces la figura mitológica que mejor la representa sería la de Hércules, quien se enfrentó a muchos desafíos y dificultades para defender lo que creía, se mantuvo firme y tuvo el coraje de luchar por lo que creía, incluso en las circunstancias más difíciles. Bueno, y quien sienta placer criticando a Bono, pues felicidades. Hay demagogos, embebidos de sí mismos, por todo el mundo. Gente que haya hecho tantos discos inolvidables, más bien pocos. Muy pocos. Así que a cascarla.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

—Hablando de *Pride*, «orgullo», amigo *Santiag*, hay un caso que pone los pelos de punta. Un capitán de Aeroflot decidió jugar con la vida de sus pasajeros apostando con su copiloto que sería capaz de aterrizar con los ojos cerrados. Como si esto fuera un juego de niños, el capitán Klyuyev tapó las ventanas de la cabina minutos antes del aterrizaje, dejando al avión a merced de sus instrumentos y su intuición. Pero el orgullo cegó su juicio, y el resultado fue un desastre: el avión chocó en la pista a una velocidad de 280 km/h, causando un incendio y la muerte de 70 de los 94 pasajeros a bordo. El capitán sobrevivió, pero cumplió una condena de quince años en prisión por negligencia.

»Y ahora, amigo elijo *Enjoy the Silence*, de Depeche Mode. Esta canción nos habla de la importancia de la introspección y la reflexión en un mundo que a menudo nos abruma con su constante alboroto. Nos invita a encontrar ese oasis de silencio interior que todos necesitamos para procesar nuestras emociones y pensamientos de manera efectiva. Pero esta búsqueda de silencio y paz interior no es fácil, ya que estamos rodeados de distracciones y estímulos que nos bombardean sin tregua desde todas las direcciones. Es un desafío permanente mantenerse en sintonía con uno mismo y hallar ese equilibrio necesario para vivir en armonía. En cuanto a la figura mitológica que podría estar relacionada con esta canción, se me ocurre la diosa griega Atenea, la patrona de la sabiduría y la estrategia. Ella era conocida por su habilidad para encontrar soluciones prácticas a los problemas más complejos y por su sabiduría en el manejo de situaciones desafiantes. En resumen, *Enjoy the Silence* nos habla de la búsqueda incesante de la paz interior en un mundo ruidoso y caótico, y la figura mitológica de Atenea representa la sabiduría y la estrategia necesarias para navegar por estos desafíos de manera efectiva.¿Qué tal?

Nada mal, Charles. Ojalá, y lo digo de todo corazón, las canciones de løl envejecieran la mitad de bien que los antiguos temas de Depeche Mode. Daría mi mano izquierda, y eso que soy zurdo.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

Hablando de envejecer —me dice el bueno de Buk—, toma nota de este nombre: Denis Vashurin. Es un hombre de treinta y dos años que parece estar congelado en el tiempo, específicamente en los catorce años. «No estoy envejeciendo», dice el gachón en una entrevista, y es cierto. Si buscas su nombre en Google, te sorprenderá su cara. Sigue pareciendo un puto pajero.

Le contesto con otro nombre que me tiene absolutamente desconcertado: el de Adam Rainer, austríaco, nacido en 1899. Al llegar a los veintitrés años de edad, cuando ya podía ser considerado un adulto, Adam solo alcanzaba 1,18 metros de altura, muy por debajo del promedio. Desde ese momento Adam comenzó a crecer a un ritmo inusual: en 1931, menos de una década después, había alcanzado los 2,18 metros, o sea que había crecido un metro a razón de diez centímetros anuales. Esto le causó muchas complicaciones entre las que destacaba una curvatura en la columna vertebral que le trajo fuertes dolores de espalda y le impidió desenvolverse con normalidad. Hoy en día su caso sigue siendo un misterio para la ciencia. No quiero pensar en todos los niños que en el colegio le llamaban enano, cuando se lo encontraran una década después. Un estirón muy raro. Como hubiera dicho el papuchi de Julio Iglesias, «raro, raro, raro», y me lleva a comparar la vida de ese señor con la de mi banda. Al principio, enanismo. Luego, todo lo contrario.

Charles contraataca. Según *The Lancet*, los jóvenes más altos del mundo son los holandeses, con estudios de datos procedentes de doscientos países a jóvenes de diecinueve años. Pero la generación del año 2001 está empezando a cambiar dichas tendencias. Los hombres actuales de diecinueve años, nacidos a principios del milenio, son en promedio 1 cm más pequeños, mientras que las mujeres son en promedio 1,4 cm más pequeñas. Algunos investigadores afirman que se ha llegado al tope. Yo creo que la naturaleza es lista: vienen tiempos de carestía. Décadas de sequía y escasez alimentaria. No es lo mismo alimentar a un holandés que a un pigmeo.

Mi turno

Lucha de gigantes. Confesaré una cosa. Escuché muy tarde esta canción. Si lo hubiese hecho antes, probablemente habría pensado que no hacía falta buscar esa canción, y es que ¡Antonio Vega ya la

había hecho! Su madre. Todo autor busca ese tema dentro de sí mismo, el resumen de todos los temores a los que nos enfrentamos, a todas aquellas cosas que nos superan. Fue con la película *Amores perros* cuando mi mente hizo clic con dicha canción, y desde entonces llevo esa especie de tatuaje sonoro. Del todo secundario es que Love of Lesbian, junto a Zahara, hiciéramos una versión años después. *Lucha de gigantes* eres tú, yo, nosotros y ellas. Poniéndonos pedorros existencialistas, creo que es la mejor canción escrita en castellano. Siempre que pienso en ese tema puedo evocar la noche en que tocamos nuestra versión en Madrid, y entre bambalinas nos miraba el hermano de Antonio Vega. Fue un momento sobrecogedor, sobre todo por el evidente parecido entre ambos.

Pasando a la mitología, creo que su pareja en este juego sería Teseo en su legendaria lucha contra el Minotauro, esa narrativa épica de valentía y determinación protagonizada por el ateniense que aceptó el desafío de enfrentarse al temible monstruo y liberar a su pueblo de la terrible carga impuesta por el rey Minos. La valentía necesaria para enfrentar los miedos y peligros que se presentan en nuestra vida reflejada en el desafío de enfrentarse al Minotauro, aunque en el caso del malogrado Antonio Vega, bien, la historia no acabó precisamente con una victoria. También podríamos mencionar a Atalanta, cazadora que luchó contra hombres y bestias, demostrando una gran habilidad en la lucha. Además, Atalanta se destacó por su determinación y coraje, y eso se podría relacionar con la letra de la canción cuando el narrador expresa su miedo pero sigue adelante.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

La noche del 24 de diciembre de 1914, los soldados británicos atrincherados frente al campo de batalla acordaron con los soldados alemanes una tregua para celebrar la Navidad: unos y otros se unieron para entonar, desde sus respectivas trincheras, el villancico

Noche de paz. Cada uno cantó en su idioma este clásico navideño, aunque a la mañana siguiente el conflicto continuaría. Sin embargo, al amanecer, un soldado inglés se acercó desarmado a la trinchera germana. Estos salieron a recibirle, y algo que no había ocurrido en ninguna otra guerra sucedió en el frente de la Primera Guerra Mundial. Tras la noche de paz, en la que se conmemora el nacimiento de Jesús, se hicieron regalos e incluso jugaron un partido de fútbol. Por otro lado, en la Segunda Guerra Mundial uno de los primeros hombres que saltó en las playas de Normandía fue un tipo canadiense tocando la gaita para animar a su regimiento; la escena era tan surrealista, que ninguno de los soldados alemanes fue capaz de dispararle. Dicho dato me lleva a recordar algo que me crujió la cabeza. El síndrome K.

Pongámonos en contexto. Roma, finales de 1943. El ejército de la Alemania nazi toma la ciudad y se inicia una persecución contra la comunidad judía romana. Algunos buscaron refugio en el hospital de San Juan Calibita. Cuando llegaron los alemanes, el director del hospital, Giovanni Borromeo, argumentó que existía un ala en el hospital donde estaban confinados unos cuantos pacientes víctimas de una extraña enfermedad, el síndrome K, nueva y terriblemente contagiosa, que afectaba al sistema neurológico y acarreaba una muerte segura. Como era de esperar, los nazis decidieron poner pies en polvorosa. El bulo del síndrome K salvó a muchos judíos de una muerte segura.

Turno de Charles

—*Hurt*, versión de Johnny Cash. Ya sé, ya sé, originalmente es de Nine Inch Nails, pero la versión de Johnny Cash es ¡qué quieres que te diga! En algunas ocasiones, pocas, hay versiones que pueden llegar a superar a la original. La letra de Trent Reznor habla sobre el dolor emocional y la lucha por encontrar la redención y la paz interior. La virtud humana que se puede relacionar con esta canción es la resiliencia, ya que a pesar de la tristeza y el sufrimiento, el

narrador, al igual que en *Lucha de gigantes*, sigue adelante y busca una forma de superar el dolor. En cuanto a la figura mitológica, amigo Santi, podríamos relacionar la canción con el mito de Orfeo. Orfeo fue un músico y poeta de la mitología griega que intentó traer de vuelta a su amada Eurídice del mundo de los muertos. Aunque no tuvo éxito, su amor y su perseverancia son un ejemplo de la resiliencia humana. De manera similar, el narrador de *Hurt* —en este caso, un Johnny Cash cascado tanto por su edad como por la reciente muerte de su esposa— busca el modo de superar su dolor y encontrar la paz interior, mostrando una gran fuerza y capacidad de adaptación en su lucha interna.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

—Mira, Santi, la relación entre Johnny Cash y June Carter fue algo especial. No era solo un romance, sino una fuente de apoyo y estabilidad en la vida de Johnny. Él tenía muchos problemas con las drogas y el alcoholismo, lo que le llevó a algunos problemas personales y profesionales, como la cancelación de giras y la pérdida de contratos discográficos. Gracias a la ayuda y el amor de la buena de June, logró mantenerse sobrio y centrado en su carrera musical. Siempre estuvieron ahí el uno para el otro. Y eso, en un mundo lleno de compromisos tan efímeros, es algo para quitarse el sombrero. Sin embargo, seguro que hubo muchas averías. Muchísimas. Cualquiera que bregue con un adicto lo sabrá de sobra. Pues a lo que iba: resulta que según unos investigadores de la Universidad Estatal de Ohio, cuando una pareja discute podría ser por niveles bajos de glucosa en sangre. ¿Quién lo habría pensado? En un estudio, les pidieron a 107 parejas casadas que midieran su nivel de azúcar en sangre cada noche y cada mañana, y que clavaran alfileres en unos «muñecos vudú» que representaban a sus parejas según lo enojados que estuvieran con ellos. Y cuanto más bajo era su nivel de azúcar en la sangre, ¡más alfileres usaban! Y todo porque un nivel bajo de azúcar en la sangre puede hacernos sentir irritables. Según

el autor principal del estudio, antes de tener una conversación difícil con tu pareja, asegúrate de no tener hambre. Ahora sí que lo has escuchado todo, ¿eh? Como diría Celia Cruz, ¡asúcaaar!

Mi turno

—La letra de *Alfonsina y el mar* es, sencillamente, otro mundo. Es sobrecogedor escuchar las bellas imágenes que evoca; tanto, que puede llegar un momento en el que olvides que está hablando de un suicidio. En cualquier caso —tengas presente o no la temática de la canción— es uno de los mejores temas que ha salido del hemisferio sur, al menos en mi opinión. La virtud humana que se podría relacionar con este tema es acaso la compasión, ya que, al escucharla, cualquiera con un mínimo de corazón conecta con la pérdida y la tristeza reflejada en *Alfonsina y el mar*. Y con respecto a su conexión con la mitología, ¿quién prefirió morir a soportar el dolor? Aquí hablaría de Dido en *La Eneida* de Virgilio. Dido, reina de Cartago, se enamoró del héroe troyano Eneas, pero Eneas abandonó a Dido para seguir su destino, que no era otro que fundar la ciudad de Roma. Dido se sintió traicionada por el escaqueo de Eneas, y después de intentar sin éxito reconciliarse con él, decidió suicidarse en una pira funeraria. Prefirió morir a vivir con el dolor de haber sido abandonada por el hombre a quien amaba. Tela.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

—Escucha, Santi, ya que hablamos del tema de largarse de esta vida, la historia de Elvita Adams es una de esas cosas que te hacen preguntarte si la existencia es una comedia o una tragedia. Esta mujer de veintinueve años, cansada de todo y de todos, decidió que la mejor manera de acabar con su sufrimiento era saltar desde la cima del Empire State Building. Pero ¿sabes qué pasó? Un (in)oportuno golpe de viento la depositó en una cornisa apenas unos metros más abajo. Debió de ser un golpe muy fuerte, porque después de eso, Elvita decidió que, en lugar de seguir con sus

planes macabros, se dedicaría a hacer monólogos de humor en los clubes nocturnos de la ciudad. ¡Y vaya si tenía material para sus chistes! En cualquier caso, y volviendo al tema de la mitología, a Elvita la salvó el dios Eolo, ¿no te parece?

Turno de Charles

—*Strange Fruit*. Mira, Santi, lo de la canción de Nina Simone es una mierda muy grande. Habla sobre los negros que fueron linchados en el sur de Estados Unidos. Es una mierda de verdad, una de esas cosas que te hacen sentir como si quisieras vomitar. Y la virtud que está en juego aquí es la empatía. La capacidad de ponerse en el lugar del otro, de sentir lo que siente, aunque tú nunca hayas pasado por eso. Es una virtud que falta en este mundo de mierda, te lo digo yo. En cuanto a lo del personaje mitológico, pues no lo sé, amigo. Supongo que podríamos decir que representa a la humanidad misma, esa parte de nosotros capaz de hacer cosas tan horribles, como el linchamiento de seres humanos simplemente por el color de su piel. Es una parte fea de nosotros, pero es real. Y si no aprendemos a enfrentarla, entonces nunca podremos superarla. Pero, si me aprietas, un personaje mitológico relacionado con la letra de *Strange Fruit* podría ser Perséfone, la diosa griega del inframundo y de la primavera. En la mitología, Perséfone representa la dualidad entre la vida y la muerte, la oscuridad y la luz. Al igual que la letra de la canción de Nina Simone, Perséfone simboliza la crueldad y la violencia, así como la resiliencia y la esperanza. También se la asocia con la justicia y el castigo, ya que ella misma fue secuestrada y violada por Hades, el dios del inframundo, antes de convertirse en la reina del inframundo.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

Dice la leyenda urbana que un día Albert Einstein le dijo a Chaplin: «Es usted increíble, todo el mundo le admira y le entiende». La respuesta de Charlot fue memorable: «Más mérito tiene usted: todo

el mundo le admira y nadie le entiende». Si digo esto es porque de alguna manera, tiene relación con *Strange Fruit*. Einstein, poco dado a realizar charlas, eligió la Universidad de Lincoln para gente de color para dar una de aquellas selectísimas charlas. Los incidentes racistas estaban al orden del día, y Einstein, con un reciente pasado de judío acosado y discriminado en la Alemania nazi, no podía pasar por alto lo que sentía.

Mi turno

—*Dancing Queen*, de Abba. Si hay una virtud humana específica que represente este temazo en mayúsculas, diría que es la alegría de vivir. La canción habla de una mujer que se siente joven y libre al bailar, y eso es algo muy positivo, ¿no crees, Charles?

—Confieso que es uno de mis placeres culpables.

—Melódicamente hablando, su progresión es como subirse a una escalera hecha de nubes. Cuando la escucho, de repente soy aquel niño que patinaba en el colegio. Todo en ella es estribillo. En cuanto al personaje mitológico que la podría encarnar, podría ser Dionisio, el dios griego del vino, la fiesta y la locura. Dionisio era conocido por sus bacanales, en los que se bailaba y se bebía sin parar.

—Mmmm. Añado a Morfeo, el dios griego de los sueños. Según la mitología, Morfeo tenía la habilidad de crear sueños y enviarlos a los mortales mientras dormían. Él tenía la capacidad de cambiar de forma y aparecer en dichos sueños bajo distintas apariencias, a menudo como alguien conocido. Morfeo simboliza la capacidad de la mente para crear mundos imaginarios y escapar de la puta realidad.

Y no me queda otra que estar de acuerdo.

En el otro lado de la vida, el mundano y absurdo

—Mi querido amigo Charles, al respecto de esta canción, déjame contarte una historia triste y a la vez insólita que sucedió en Brasil hace unos años y que me impactó sobremanera. Resulta que un

sacerdote, Adelir de Carli, desapareció después de emprender un vuelo con mil globos. Sí, tal cual, ¡con mil globos! El prelado quería dar visibilidad a una protesta de camioneros locales y decidió volar sin motor hasta cerca de la frontera con Paraguay, en el interior del estado. Pero la lluvia y el viento desviaron su rumbo y le condujeron mar adentro. El pobre hombre llegó a llamar a los servicios de emergencia para pedir ayuda, pero no sabía cómo usar el dispositivo de geolocalización que llevaba consigo. Después de semanas de intensa búsqueda, hallaron los restos del sacerdote en alta mar, a casi mil kilómetros de distancia del lugar de su desaparición. Una verdadera lástima, pero hay algo en esa noticia, acaso la ingenuidad del cura, que me lleva al mismo estado de ánimo que la canción de Abba.

—Estás como una puñetera cabra, *Santiag*.

—Probablemente, pero no puedo negar que muchas veces me he solidarizado, de manera metafórica, con ese tipo. Los globos serían mi pensamiento.

—Lo que tú digas.

Turno de Charles

—*Ashes to Ashes*, de David Bowie, acaso uno de los temas compositivamente más hipnóticos del genio inglés es mi elegida ya que presenta una gran variedad de interpretaciones. Sin embargo, si tuviera que elegir una virtud humana que se refleje en la letra, diría que es la nostalgia. La canción se centra en el personaje de Major Tom, que ya aparece en la canción *Space Oddity* de Bowie, y su lucha con la soledad y la alienación en un mundo cambiante. La letra habla de la pérdida de la inocencia y el anhelo por tiempos más simples y felices, lo que se relaciona con la nostalgia. ¡Sacatrá!

—Añado a Narciso, porque todo artista está de alguna manera embebido de sí mismo, para bien o para mal. Como bien sabrás, Narciso era un tipo muy guapo, todas las chicas estaban locas por él, aunque el problema es que él no quería saber nada de nadie, sólo

estaba interesado en sí mismo. Un día, una ninfa llamada Eco se enamoró de él, y él la rechazó sin piedad. Pero la venganza de los dioses no tardó en llegar. Un día, Narciso se acercó a un río y se quedó mirando su reflejo en el agua durante horas. Se enamoró de su propia imagen, como si fuera otra persona. Pasaba el día entero admirándose y no hacía caso de nadie más. Al final, Narciso se quedó mirando su reflejo tanto tiempo que murió de hambre y sed allí mismo, junto al río. Los dioses, conmovidos por su triste destino, decidieron convertir su cuerpo en una hermosa flor: el narciso. Ahora mismo Narciso llevaría mil selfis.

Me llama mi hija pequeña. Tras su actuación en *La Mesías* su vida ha empezado a virar. Joder. Hace un año se presentó a un casting, y ahora, con diecisiete, ya tiene representante. Servidor, a su edad, se arrastraba por locales de ensayo en un almacén de lavabos y bañeras. Servidor, con diecisiete años y tras discutir con un bajista, estuvo a punto de palmar porque el bueno del bajista, víctima de un ataque de nervios, tiró un litro de agua encima del enchufe de mi amplificador con la pretensión de electrocutarme, un amplificador tan jodidamente barato que era marca Marlboro. ¡Un amplificador de guitarra! Se lo compré a un tipo muy simpático y vacileta en una tienda situada en la calle subterránea de Barcelona —ahora mismo cerrada— llamada La Avenida de la Luz. Recuerdo a ese tipo como si lo hubiera visto ayer, cuando me comentaba: «Todos hemos dormido alguna vez en un banco. A todos nos han dado por culo algún viejo a cambio de dinero. Todos nos hemos pinchado heroína alguna vez…», a lo que mis amigos y servidor asentíamos pensando «Jodó, pues nosotros no…».

PLAYLIST

Transatlanticism, Death Cab for Cutie

Ahora que la mierda me llega hasta los ojos,
Espaldamaceta
Wish You Were Here, Pink Floyd
Pride (In the Name of Love), U2
Enjoy the Silence, Depeche Mode
Lucha de gigantes, Antonio Vega
Hurt, versión de Johnny Cash
Alfonsina y el mar, Mercedes Sosa
Strange Fruit, Nina Simone
Dancing Queen, ABBA
Ashes to Ashes, David Bowie



5. **CANCIONES EN CATALÁN**

PARA COGER GANAS DE MONTAR UN IMPERIO Y DESTRUIR AL RESTO DE LA HUMANIDAD

12.45 de la mañana //

Me han entrevistado en Catalunya Ràdio. No tengo ocho, sino ochenta apellidos catalanes. Balmes, Sanfeliu, Parellada, Masip, Solanas, Mas, Planas, Urpines, Pradell, y así hasta el siglo XIII. No hace falta ser demasiado avispado para darse cuenta de que debí nacer con barretina, y que probablemente tenga algún rasgo endogámico, así que es probable que de mayor desarrolle algún tipo de displasia en la cadera, como los huskies. Mi catalanidad se desborda por cada poro de mi piel. Soy, para los nacionalistas más radicales, el gen. De hecho, si tuvieran que enviar al espacio exterior una muestra de adn catalán para colonizar un planeta, el mío sería un buen candidato. Bueno, en verdad soy de los pocos catalanes «antiguos» que quedan. Mis hijas ya están mezcladas con sangre andaluza y extremeña, así que pertenecen a la inmensa mayoría de catalanes del siglo XXI, y redoblo la apuesta cuando se vean los resultados de las mezclas habidas y por haber de estas últimas décadas; muy a favor, uno de mis eslóganes inventados es «el mestizaje nos respingará el culo».

Me ha venido a la cabeza Himmler, cuando, al darse cuenta de que tenía orígenes mongoles, «sugirió» a los que andaban haciendo estudios de la raza aria que incluyeran el país de Gengis Kan como una de las cunas de la raza aria. En realidad, los catalanes estamos más mezclados que otros lugares del país, y de hecho ya no nos entenderíamos a nosotros mismos de otra manera. *Camins*, de Sopa

de Cabra, una de las mejores canciones en catalán de las últimas décadas y con un maravilloso aire a R.E.M, la compuso Gerard Quintana, hijo de guardia civil. De la misma manera, uno de nuestros más insignes vecinos, Joan Manuel Serrat, hijo de madre aragonesa y padre catalán, definió mejor que nadie con *La tieta* la figura de la tía solterona. No somos racistas, ni tenemos ningún motivo para serlo. Conozco a catalanes de purísima cepa que parecerían marroquíes si les pusieran una chilaba. La diferencia que marca el



aprecio o la hostilidad de un catalán es percibir la voluntad de hablar en nuestra lengua o, al contrario, la persistente negativa del recién llegado, o incluso el que lleva toda su vida aquí, de intentarlo al menos. Conozco a gente que lleva sesenta años en mi terruño y jamás, jamás ha dado su brazo a torcer. A los catalanes nos importaría un huevo que medio país fuera negro, chino, árabe o aborigen, siempre que hablara catalán. El sueño dorado, el futuro ansiado, sería que dentro de cien años los catalanoparlantes se llamasen Yoossem n'Butu Jordi Lee Hu, y que hablaran un catalán de la hostia, así como de la comarca de Osona… aunque fuera una lengua plagada de neologismos. Vemos cantar en nuestra lengua a las Sey Sisters y nos cae una lagrimita, cuando deberíamos verlo como lo más normal del mundo. Daríamos todo lo que fuera necesario con tal de sobrevivir, porque empezamos a tener un complejo brutal de osos panda o rinocerontes negros.

En el lado negativo, si algo somos los catalanes, es clasistas, de la vertiente meritocrática. No estoy seguro de que en el resto del país la cosa sea tan extrema. Aquí eres, te define tu trabajo y tu excelencia en él. Es decir, si destacas en tu oficio, todo el mundo te sonríe. Ignoro si esta vara de medir se aplica en otras zonas con tan descarada intensidad, pero aquí es flagrante. También hemos pasado unos cuantos siglos con la sensación de que nuestros valores morales eran más protestantes que católicos, que los del resto del Estado. Por tal motivo, cuando por fin desde el otro lado se diagnosticó que nuestro pretendido superpoder era el de ostentar una ética del trabajo, las cloacas del Estado empezaron a trabajar con admirable afán para que se nos cayera el velo. ¿Se creen estos polacos de mierda una sociedad sin problemas de corrupción? Saquemos de la chistera a Pujol y a Millet. ¿Tuvieron a una generación de jugadores y entrenador que hicieron historia a través

de un trabajo excepcional? Pues una ración de Negreira y ensuciemos su pasado. En definitiva, los hilos del poder capitalinos, que no son imbéciles precisamente, han tocado en los últimos años la llaga de nuestra alma, el Cristo Gros, es decir, la pesadilla más temida por los catalanes: ser exactamente igual que el resto del Estado, moralmente igual de laxos. Dicho esto: ¿serán capaces dichas maniobras que intentan menoscabar de capar el afán de un independentista recordando, por ejemplo, que pertenecimos a la Corona de Aragón, que jamás tuvimos monarcas que ostentaran únicamente el cetro de un país llamado Catalunya? Creo que tampoco, porque la independencia es una idea, y por encima de todo un deseo. Dicho sea de paso, servidor, individualista recalcitrante y poco proclive a tener erecciones por soflamas nacionalistas de ningún tipo, un cínico y escéptico de mena, puede atisbar la verdad entre tanta bruma, como si hubiera llegado hace escasamente un año, y, al ser ajeno a todo este follón que dura desde hace siglos pudiera opinar con una frialdad absoluta. ¿Nunca tuvimos un reino, sino que pasamos de condado a pertenecer al reino de Aragón? Eso son casualidades de la vida, hombre, cosas de matrimonios de conveniencia. En realidad, y como he dicho antes, si una nación sin Estado sueña con la independencia, lo más importante es precisamente eso: que lo sueñe. Porque Catalunya, y sé que sonará fuerte, es como un transexual cuyo tratamiento hormonal se ha quedado a medias. Los catalanes, debido a las hostias como panes que nos hemos llevado durante toda la historia, apenas hemos sido dueños de nuestro destino y esa es, precisamente, nuestra asignatura pendiente. Seguir con el tratamiento hormonal, y, a poder ser, operarnos de una vez. Cualquier cosa menos quedarnos entre Pinto y Valdemoro.

Dicho todo esto. Ser catalán es muy estresante. A veces lo he hablado con Jordi. En la próxima vida nos encantaría nacer, pongamos, en Valladolid, y tener clarísimo, sin ningún tipo de conflicto, de dónde somos y de dónde sentimos que somos. Sinceramente, en mi cincuentena, tengo unas ganas tremendas de

que este conflicto se resuelva de alguna manera, porque, si tienes una cierta empatía con lo que está pasando, dicho conflicto provoca no pocas fugas de energía que bien las podríamos gastar, por ejemplo, buscando lugares comunes.

Sexto incendio del día. Mi hija menor, Irene, me llama para pedirme, más bien implorarme, o mejor dicho, exigirme, que compre un par de entradas para el próximo concierto de Alizzz en Razz. La semana pasada ya le compré otro par para Carolina Durante. *Que s'acaben, papaaaa, si us plau, fes-ho araaaa. Araaaaa!*

Antes de entrar en la emisora, se las compro. Si se queda sin entradas para ir a Alizzz, soy hombre muerto. En casa de Lesbian cuchillo de Alizzz. Me gusta Alizzz, por cierto. Al menos mis hijas no me piden entradas para conciertos de otro tipo. No diré estilos.

Vuelvo a mis pensamientos sobre mi tierra.

Los continuos avatares históricos, centrados en esa terca manera de errar en todas nuestras estrategias, ese vicio absurdo por apoyar al candidato a monarca equivocado, denotan, no solo una falta de picardía bestial en mi gente, sino que la consecuente derrota ha creado una raza de desconfiados, como un animal al que han disparado y en los últimos momentos de su existencia enseña los colmillos y gruñe. Somos una sociedad afable pero traumada. Las series televisivas que creamos son un compendio maravilloso de seres enfadados, a la que saltan. Uno percibe el enfado desde que llega a la estación de Sants o al aeropuerto de El Prat.

No sé por qué diablos damos tanto miedo, en serio, si jamás hemos tenido a un clero radical entre nuestras huestes. Pocas familias catalanas han decidido dedicarse a las milicias. Búscame un catalán entre el ejército y te daré, no sé, un caramelo. Dime de cuántos aristócratas o nobleza dispone mi tierra. ¿Te viene algún nombre a la cabeza, así, al estilo Ducado de Alba? No. Pues por ese motivo, al pensar que el poder real es algo ajeno a nuestras vidas, somos terriblemente irreverentes, groseros, y con una histórica tendencia a la anarquía por parte de un sector. Vemos al rey y

pensamos, «ups, un rey, menuda fantasía de tipo, ideal para mofarse de él». Ah, y encima de groseros, podemos ser naífs a la vez. Como el tema *Papa, jo vull ser torero*, de Albert Pla; o *Si els fills de puta volessin mai veuríem el sol*, de Quico Pi de la Serra; la maravillosa *La Iaia*, de Nico Roig, quien homenajea a la abuela con unas imágenes que provocan la estupefacción, sonrisa, escándalo, y finalmente, llanto, de todo aquel que lo escucha. Provocación y nostalgia, todo en uno.

En otro lado de nuestro carácter está el surrealismo, ilustrado a la perfección en *Qualsevol nit pot sortir el sol*, de Sisa, o la acuática y ensoñadora *Batiscafo Katiuscas* de Antònia Font, mallorquines de pro, o *Univers*, de Ferran Palau. Somos una sociedad tan estreñida que tenemos que petar por algún lado, y muchas veces ese lado es lo absurdo y fantasioso, de la misma manera que las fiestas de Telecos son las más sonadas de todas. En otro lado podríamos encontrar esa perpetua nostalgia por tiempos pasados, reflejada en *Caure no feia mal*, de Joan Dausà, o *Agost*, de Els Pets y ya, cuando nos ponemos sumamente trágicos, *El cant dels ocells*, canción popular que sirve para despedir a los difuntos en el Camp Nou haciéndola sonar unos miserables veinte segundos como máximo, porque la gente en el campo del Barça no está ni para hacerle un minuto de silencio a su madre.

Un catalán, por otro lado, no será el típico tipo que monta un imperio como Zara. Un catalán no monta imperios, un catalán no se forra a lo burro, pero por otro lado, un catalán apenas se arruina. Nos quedamos allí, en esa zona extraña del riesgo medio, asumible, que nos permita dormir por las noches, con el pequeño comercio como bandera, transformado ahora en profesión liberal, y, mira tú, los experimentos con gaseosa. Sabemos que somos odiados, ya hemos llegado a ese punto histórico en el que el *bulling* mediático nos la sopla. Tenemos clarísimo el siguiente axioma: si sucede algo anormal en España, la mejor cortina de humo es un buen zasca a los catalanes. Y ya no es solamente eso. Incluso si las aguas están calmadas, como el niño abusón que de tanto en cuanto le pega un

guantazo al niño rata de clase, solamente para que no se relaje, cae algún tipo de acusación, leyenda urbana —por lo visto, y según qué medios de comunicación, a los niños que no hablan en catalán en el patio los asamos al lado de los calçots—, Catalunya es el típico chaval que acude a clase sabiendo que le va a caer la del pulpo por sus extraños andares y su peculiar manera de hablar. Para empeorar las cosas, el chaval no ha aprendido a ser discreto precisamente y encima se rebota con los matones, les planta cara provocándolos, aún a sabiendas de su debilidad. Por si no fuera poco, las hostias han llegado desde dentro. Para muestra y botón del delirio social en el que se convirtió todo en los momentos más álgidos del Procés, un dato: aquellos que fomentaron Tabarnia llamaban «supremacistas» a los partidarios del referéndum por las redes, y a la vez llamaban al sector nacionalista «La tractoría», como si ese denominativo no fuera, en sí mismo, clasista y despreciativo. Cosas veredes que no crederes. Otra leyenda: «El Procés ha roto familias».

En una entrevista que me hicieron durante aquellos tiempos me dio por contestar que si aquellas familias se habían roto es que en realidad ya no se querían demasiado. Bastantes me criticaron, los mismos que, cada vez que escribo un texto en catalán, dejan un agrio comentario o me avisan de que dejarán de seguirme —mejor, es muy higiénico filtrar seguidores de tanto en cuanto—, o salen con la cantinela del ignorante, argumentando que el catalán es un dialecto. De nuevo, cosas veredes que no crederes. El día que saque un disco en catalán, soy consciente de lo siguiente: muchos no lo escucharán, y más de uno tendrá a bien insultarme, pero, como dijo el sabio Ovidi Montllor, hay gente a la que no le gusta que se escriba, se hable o se piense en catalán. Son los mismos a los que no les gusta que se escriba, se hable o se piense, y ahora que lo pienso, teniendo en cuenta la polémica eterna entre catalán, valenciano y mallorquín, un día de estos propondré a los eruditos del país que se cree una denominación nueva, algo así como

«mediterrani», en la que todos se sientan a gusto y santas pascuas. A mí me da igual. Escuche a Antònia Font o a Zoo cantando *Hivern*, lo entiendo igual. Y lo siento de la misma manera.

En realidad, ha llegado todo a un punto tan delirante que hemos terminado cogiéndole el gusto a ser el grano en el culo de este país, la disonancia; al menos tienes un papel protagónico al ser esa némesis: Moriarty, Doctor No, Gollum. Tenemos que ser el doble de simpáticos para que, al final, te suelten esa odiosa frase: «Pues para ser catalán, eres simpático». Deberíamos mostrarnos al mundo como *El gat rumberu*, de La Pegatina, o modernos y marchosos *Jugular* de Triquell. Pero, visto de una manera positiva, si tienes un mal día puedes relajarte, ya que tu estupidez se atribuirá al hecho de «pobrecito, es que es catalán». También debemos aguantar que personas intoxicadas por los medios de comunicación y que llegan a nuestra tierra nos digan, desde el Procés: «Mis padres, cuando les dije que venía a Barcelona, me pidieron que fuera con cuidado, que había guerra». Por el amor de Dios. Si alguien echa un vistazo a las manifestaciones de la Diada, a las que he acudido no pocas veces, veréis a un ejército de seres inofensivos como servidor, cuyo máximo peligro radica en haber sido «adoctrinados» en asociaciones montañistas de espíritu boy scout, y unos modos de cristiano tolerante que supuran incluso en el tono de voz para gritar las consignas. Tampoco somos violentos. Un pequeño ejército formado por mil seres mononeuronales curtidos en gimnasios, con un peculiar brillo homosexual en la mirada, con sus barbitas perfectamente alineadas y convenientemente chutados a base de farlopa podría invadirnos, desde Les Cases d'Alcanar hasta la Jonquera, en un abrir y cerrar de narices emblanquecidas. De hecho, los almogávares, ejército mitificado por algunos, no eran más que mercenarios —joder, si teníamos que importar a criminales para ganar batallas—. Podría vencernos cualquiera, en cualquier momento menos, ¡ojo cuidao!, si nos tocan lo que más queremos en el mundo: nuestro estatus.

Ahh, amigo, nuestro estatus como que no. Entonces podríamos convertirnos en vuestra peor pesadilla. Seríamos Transformers sedientos de sangre. Ni un euro, Joan…

Por otro lado, un catalán apenas ha emigrado. No sé qué coño nos pasa, pero uno llega aquí y ya no lo sacan ni con agua caliente. Y si lo hace, hay una frase que define esa ley del eterno retorno, que no tiene nada que ver con Nietzsche, sino con algo mucho menos existencial. *Roda el món i torna al Born*. Volvemos al origen, y si no lo hacemos, es porque, una de dos: o salimos pitando por deudas —la minoría, ya he dicho que un catalán es improbable que entre en una bancarrota al arriesgar poco—, o porque un coño o una polla nos ha anclado a otro continente. Aun así, joder, la mayoría de catalanes vuelven, ya que por encima del sexo está nuestro terruño y por encima del terruño, repito, nuestro estatus. Es como si tuviéramos un imán en el culo. Los que fueron esclavistas en Cuba volvieron, y no puedo ir más hacia atrás porque, sencillamente, a los catalanes nos prohibieron comerciar con Latinoamérica durante siglos. Eso sí que es «unificar» un país, ¿verdad, monarcas capitalinos? ¿Acaso no dimos prueba de nuestra profesionalidad con el breve tiempo que nos dieron antes de que el sol, al fin, se pusiera en el Imperio, con marcas como Bacardí o Barceló? ¿O es que no demostraron algunos de mis compatriotas ser unos grandes profesionales del Esclavismo Ilustrado? Si es que cuando nos dejan podemos ser incluso peor que el resto. Lástima que nuestro espíritu aventurero muriera tras un paréntesis histórico, el consabido reino de Nápoles, la expansión mediterránea, blablablá. Lo que más me interesa de la historia de Catalunya es Jaume I, quien por lo visto medía casi dos metros, era rubio de la hostia y al parecer un fucker de mucho cuidado.

Pasemos a otro concepto. A los diez años me tiré una semana siendo fascista para llevar la contraria. Me engominaba cada día el pelo hacia atrás, me miraba al espejo y gritaba «Arriba España», solamente por ser irreverente y Judas. En mi familia hay

independentistas, y otros a quienes todo se la trae al pairo. Sin embargo, proyectarme en un futuro como un ministro de Alianza Popular me dio, durante aquella semana delirante, una cierta sensación de terrorismo familiar. Luego pasé por el centro durante escasas horas, para convertirme en un independentista radical. Lo fui cuando apenas nadie lo era, cosas de ser indie hasta para las posturas políticas. ¿Por qué? Ah, pues por un motivo muy sencillo. Por venganza. Tenía un pariente, catalán de pura cepa igual que yo, pero franquista a más no poder. En una cena familiar comenté que mi viaje de fin de curso pasaría por Madrid, y concretamente, el Valle de los Caídos. Bueno, pues aquel señor pariente mío hizo callar a toda la mesa y me dijo: «Si le rezas un padrenuestro a Franco, cuando regreses, te haré un regalo». Coooño, mi pariente estaba forrado, así que, como buen catalán, pensé que París bien valía una misa. Pues bien, ya me veis con diez años rezándole un padrenuestro al mismísimo dictador, oración que, por cierto, fue precedida por un torpe pisoteo de un ramo de flores que otro fascista había depositado en su enorme y marmórea lápida. Total. Llego de nuevo, y a la siguiente cena familiar, le comento al señor de marras cual pequeño mafioso: «N…, le recé el padrenuestro a Franco. Me comentaste algo en referencia a un regalo, y tal, chiu, chiu. ¿Qué hay de lo nuestro?». Pues bien, ni corto ni perezoso, el pariente en cuestión obligó de nuevo a callar a todo el mundo, se levantó de la mesa y soltó: «Familia, le dije a Santi que si rezaba un padrenuestro a Franco, le haría un regalo. Y como todos bien sabéis que soy un hombre de palabra, aquí va». Y va el gachón y me da un abrazo. ¡Un puto abrazo! ¿Necesitaba otro dato para convertirme en independentista e izquierdoso? ¿Qué más hacía falta para darme cuenta de que un millonario lo era porque, sencillamente, había escatimado de bienes reales a sus trabajadores y los había sustituido por palabras vanas, como aquella frase del presidente de Marsans?, ¿recuerdan? «Vienen tiempos difíciles y por desgracia, habrá que trabajar más y ganar menos», dijo mientras se llevaba la pasta a espuertas. Desde entonces también relacioné fascismo con sus

ataques de histeria a la hora de esas cenas, como cuando mi pariente decía sin rubor alguno que Felipe González debía ser fusilado o sandeces por el estilo a grito pelao. Como decía Churchill, un fanático es alguien que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema. Pues no era pesado el tipo con que la democracia era el peor de los males, y que el rey Juan Carlos había traicionado a su mentor, buah, menudas cenas nos daba, pero no obstante, que en paz descanses. Me enseñaste de lo que iba la vida con un mero gesto.

Voy al lavabo a *fer un riu* y continúo con el tema, aún puedo ganarme más enemigos.

Sí.

He dicho que voy a mear.

Los catalanes somos jodidamente escatológicos.

Por cierto, dicen que cuando te estás meando y te preguntan entre A y B, siempre tomas la decisión correcta.

Como decía Porky, «no se vayan todavía, aún hay más».

Ya he vuelto. Dicho todo esto, he asumido lo siguiente: soy polémico, lo mires por donde lo mires. Soy polémico porque apoyo un referéndum, soy polémico por ser republicano hasta la médula, soy molesto por ser un catalán que canta en castellano con una banda con nombre inglés, porque soy un sospechoso crónico y porque, en definitiva, soy un mal español, mal catalán y no descarto que mala persona. Cantar en castellano no obedece a un motivo económico, aunque sería hipócrita si no reconociese que cantar en castellano multiplica por cien los territorios donde puede llevar tu música. Pero no nos confundamos. Si bien mi lengua familiar es el catalán, la lengua que usaba en el colegio con mis amigos, la del ligoteo, la que usaba para besuquearme, seducir, ser pícaro, era muchas veces el castellano. Mi colegio estaba radicado en el barrio de Les Corts. Mis amigos se llamaban Ramiro, Ignacio, Manu… Sin embargo, tengo una asignatura pendiente con mi lengua desde hace

eones, y a Dios pongo por testigo que pienso cumplir con mi cometido. Pienso en catalán, hablo con mis padres en catalán y es la lengua que he traspasado a mis hijas. Sé que también pienso en castellano cuando hablo en castellano con otras personas, soy un ferviente admirador de su literatura y música y creo que soy libre de toda sospecha, ya que he intentado aportar mi voz propia, mi granito de arena, a dicho idioma.

¿Me enfadaría o alegraría si mi tierra consiguiera la independencia? Ni una cosa ni la otra. Lo único que al final me ha quedado claro es que una lengua sin un Estado está condenada a la resistencia. Si alguien no se introduce en mi tierra por un sendero emotivo, humanístico, o simplemente, basado en el respeto, la lógica perversa de «estamos en España, para qué tengo que aprender tu lengua, si, total, blablablá» es invencible, ergo, el problema está servido al depender de la buena voluntad de la gente. Acto seguido, el habitual catalanoparlante acostumbra a cambiar de idioma de manera automática, siendo esta solución un problema añadido. Al final, la persona que llega a trabajar a mi tierra acaba pensando «no sé por qué se ponen tan pesados con el problema lingüístico en los medios de comunicación, si total, no lo habla casi nadie». El castellano siempre será el hermano mayor y, en realidad, lo sorprendente del asunto es que un catalán ya se ha acostumbrado a movilizarse solo cuando se siente amenazado. Somos un país eminentemente reactivo, acaso por ser Escorpio, según las cartas astrales de algunas brujas, con una España que es Sagitario, relación astrológica basada en la atracción sexual y una violencia verbal digna de pareja tóxica. El problema es saber si podríamos coger la iniciativa en algún momento, pasar del rebote a la propuesta y eso, siendo minoría como los osos panda, pasa a mi parecer por vendernos mejor. No conozco una tierra que se venda peor que la nuestra. Escondemos nuestro acento un tanto acomplejados cuando, en realidad, el humorista catalán más querido fue precisamente Eugenio, quien no solo no escondía esa «ele» tan característica nuestra, sino que a veces parecía que la enfatizaba. En

otro orden de cosas, no me molestaría demasiado esa hipotética independencia —en realidad, los últimos años de mi vida viviendo en un estado propio serían un campo de investigación la mar de interesante—, y es que tengo clarísimo lo que sucedería: un ni tanto ni tan calvo, o una separación para volver con tu pareja con otras condiciones. Intuyo que justo al cabo de un tiempo prudencial, mi tierra acabaría aceptándose, de manera sana, como un país bilingüe, y no solamente eso, sino que por lógica peninsular, al final estableceríamos alianzas con el resto de la Península, en otras condiciones acaso, pero alianza al fin y al cabo, ya que, joder, somos familia, malavenida desde hace eones, pero familia, lo queramos o no. ¿Sería entonces lo mismo? ¿Podríamos decir «para este viaje no hacían falta tantas alforjas»? Mmmm. No es lo mismo azul con fondo rojo que rojo con fondo azul.

Ahora me queda balancear mi existencia, la cuadratura del círculo, y no por dejar de ser considerado un tipo sospechoso por algunos —la opinión de intransigentes de uno y otro lado me la suda de canto—, sino por la curiosidad que tengo por saber qué diablos me saldrá cuando cante en la lengua con la que chupé teta materna, la que hablé con mis abuelos, con la que me emocioné escuchando por primera vez *La Plaça del Diamant*, del malogrado Ramón Muntaner, o *Catalluna*, de la Companyia Elèctrica Dharma, aquella canción cabaretera que me cantaba continuamente mi iaia Maria, *Remena nena* versión Guillermina Motta, o las risas que me pegué cuando escuché por primera vez *Jennifer*, de Els Catarres. ¿Emplearé muchas menos florituras que con el castellano? Muy probablemente. Recuerdo una entrevista que el maravilloso Joaquín Soler Serrano hizo a Josep Pla en su programa *A fondo*, quien dijo, con su acento de Girona, «Oigue, la literatura castellana está llene de retruécanos, versos que se resuelven en el último verso. En cambio, para un catalán, las cosas son más sencilles. El cielo es azul. punto». Eso precisamente es lo que me interesa descubrir. La lengua usada condiciona nuestro pensamiento, nuestra manera de ver la vida. Un estudio realizado en Estados Unidos llegó a la conclusión de que los

emigrantes latinoamericanos se percibían a sí mismos como más optimistas cuanto hablaban o pensaban en inglés, mientras que al usar como motor la lengua española surgía de su interior un carácter más catastrofista, acaso por los resortes históricos que se activan.

En fin. Dejadnos gruñir, coño, es lo único que nos queda. Mucho me temo que el Procés fue nuestro particular canto del cisne.

O mejor: dadnos un planeta. Necesitamos con urgencia un planeta virgen para empezar de nuevo, para comprobar empíricamente si somos capaces de montar una sociedad de la hostia sin injerencias internas o en realidad somos otro fraude, como el resto de países, sin excepción.

Dadnos un imperio estelar y al cabo de veinte años volveremos con nuestras naves espaciales pintadas con las cuatro barras, y os destruiremos a todos.

No. Os digo lo que sucederá.

Dadnos un imperio, dadnos un planeta y nos destruiremos a nosotros mismos. No hará falta ningún tipo de injerencia externa.

Somos capaces de hacerlo. Pero seguro, además.

Que tinguem sort.



PLAYLIST

Camins, Sopa de Cabra
La tieta, Joan Manuel Serrat
Papa, jo vull ser torero, Albert Pla
Si els fills de puta volessin mai veuríem el sol, Quico Pi de la Serra
La Iaia, Nico Roig
Qualsevol nit pot sortir el sol, Sisa
Batiscafo Katiuscas, Antònia Font
Univers, Ferran Palau
Caure no feia mal, Joan Dausà

Agost, Els Pets
El cant dels ocells (canción popular)
Hivern, Zoo
El gat rumberu, La Pegatina
Jugular, Triquell
La Plaça del Diamant, Ramón Muntaner
Catalluna, Companyia Elèctrica Dharma
Remena nena, versión de Guillermina Motta
Jenifer, Els Catarres




SEX PISTOLS
OUIJA
BED
PEACE

6. **CANCIONES DE CELOS Y DESPECHO**

IDEALES PARA PONER CARA DE MUÑECO EN UNA SESIÓN DE FOTOS

1.30 de la tarde //

Sesión de fotos para una entrevista acerca de mi libro *Esa pieza que no encaja*. Voy bastante relajado, al revés que cuando me toca hacerlo con Love of Lesbian. Solamente una persona posando, mucho más fácil que en formato banda. Es importante tener en cuenta lo siguiente: la combinación más fotogénica para una banda es el trío, sin lugar a dudas. Las disposiciones delante del plano que uno puede elaborar con tres miembros de una banda son siempre más cools que los cuartetos, quintetos u orquestas sinfónicas. Nirvana, The Police, Muse, Rush… Tres tipos caben perfectamente en un plano medio, o apelotonados, o formando un triángulo, mientras que cuantos más miembros de la banda aparezcan en una foto, más posibilidades hay de que uno de ellos salga con los ojos cerrados o cara de pepino o con pinta de «me la sopla todo, esto no va conmigo», por más que el resto haya salido con la mejor expresión de sus vidas. Esta ley me la acabo de inventar, pero es real como la vida misma. La voy a llamar la Ley de Balmes.

La fotógrafa en cuestión, a la que llamaremos X, me pregunta si me apetece poner unos temas en el altavoz, más que nada para que entre en situación y adquiera postura, mirada y expresión más bien sentida. Eso puede ser un peligro. Hay personas en las que la sobriedad se confunde con engreimiento. En fin. Como Love of Lesbian no escucha a Love of Lesbian —ningún *dealer* consume su producto—, opto por poner una lista de reproducción a la que llamo «Canciones para tus momentos de despecho». Empieza fuerte. *La*

bambola, ni más ni menos, un tema que a cualquier ser nacido en el Mediterráneo le resulta mucho más familiar, en realidad, que cualquier canción del «Kid A» de Radiohead, por mucho que hayamos aprendido a adorarlos. Somos mediterráneos, maldita sea. Y si me apuran, medio árabes.

Ahora mismo tengo pendiente un test genético. Mi porra es la siguiente: ibérico, judío, francés del sur, israelita y norteafricano, variante tuareg o bereber. Ya que hablamos sobre países árabes y nuestra conexión celular, recuerdo una vez en Egipto, río Nilo arriba. Caía ya la tarde cuando escuchamos la llamada de oración surgida desde todos los minaretes, a izquierda y derecha del río. Encima eran voces que se superponían, y su lógico retraso creaba el más humano de los cánones que he escuchado en mi vida. Fue un momento místico que duró apenas dos minutos ya que otra turista, cómo no, compatriota, tuvo a bien romper aquel sobrecogedor silencio en cubierta con un sacrílego «churriiiiii», porque resulta que la tipa de marras no encontraba a su novio. En fin, como decía Standstill en su canción *¿Por qué me llamas a estas horas?*, «Romper un silencio así no tiene perdón», y por eso incluí este tema en canciones de despecho y celos, porque ambos sentimientos pueden tener muchas formas, y este tema, de una manera un tanto rocambolesca, no puedo sino relacionarlo con esta tipa que de repente gritó *churri* y se quedó tan ancha, cuando en realidad la deberíamos haber cogido entre todos y lanzado por la borda.

Volviendo a la Italia de *La bambola*, no puedo dejar de imaginar a los ingenieros de sonido escuchando cantar a Patty Pravo, y diciéndose entre ellos, guau, menudo hit tenemos entre manos. Melódicamente maravillosa, de progresión casi operística, el oyente compra el mensaje sin necesidad de entender italiano, y eso es justo de lo que trata el pop. ¿Qué chica de aquella época no se había sentido como una muñeca en manos de un chico inmaduro, si hoy en día sigue sucediendo? Si fuera *drag queen*, sin duda elegiría este tema, maquillado de una fantástica manera, y lo cantaría en un escenario mínimo, acercándome sinuosamente al primer tipo que me

encontrara en primera fila, personalizando en él todo el rencor que las mujeres pueden albergar hacia la mayoría del sexo masculino mientras toco la punta de su nariz con mi dedo índice. *La bambola* es un tema transversal y transgeneracional. Lo podría haber cantado una peluda cromañón o una depilada rusa que acaba de salir del Apolo a las tres de la mañana. Desde Mozambique hasta Finlandia. El tema es uno de los comunes denominadores que aparecen en la matemática del amor entre hombres y mujeres. Bien. En realidad, un amor diríase que unidireccional. Aunque, dicho sea de paso, mi teoría es que la mayoría de veces confundimos amor con encoñamiento, y podemos pasar décadas confundidos. Faltaría saber si quien escribió la letra había pasado por un episodio atroz con un hombre.

Tengo un momento, antes de empezar una segunda sesión con otro fondo, para indagar. Veamos. *La bambola.* Autor: Franco Migliacci, Ruggero Cini y Bruno Zambrini. ¡Los hombres somos tan intervencionistas! Hemos ostentado el monopolio de todo, incluso de las emociones femeninas. En fin. Al menos se la dejaron cantar a una mujer italiana. Busquemos a Patty Pravo en Google. Su puta madre. No parece italiana sino sueca. Todo es un fraude. Busco su nombre real. Nicoletta Strambelli. Ah, bueno. Indaguemos sobre su vida. ¡Coño! Patty-Nicoletta confesó haber mantenido una relación simultánea con dos guitarristas y haber llegado a vivir en Roma con ambos al mismo tiempo. Iban a acusarla de bigamia, pero burló a la ley de la siguiente manera: su matrimonio anterior no fue anulado. Esto la dejó legalmente unida con tres hombres a la vez, un hecho que podría haber sido considerado un delito en otros lugares, pero no en Italia, porque la trigamia como que ya se les iba de las manos de lo mentalmente admisible.

En la playlist suena ahora *Coney Island*, de Taylor Swift, canción que relaciono con la mujer considerada como la más celosa del mundo, una chica llamada Debbi Wood, de Leicester, coronada como la «Reina de los Celos» por su trastorno delirante, el síndrome de Otelo. Esta pobre mujer está obsesionada con la idea de que su

esposo Steve Wood, a quien conoció a través de un amigo y las redes sociales, le está siendo infiel. Para el caso, la mujer tiene a bien pasar a su marido por el detector de mentiras cada vez que sale de su casa, aunque hayan sido quince minutos para comprar la leche y volver con las orejas gachas. Su marido está monitorizado a través de varias aplicaciones instaladas en su móvil, y de repente me viene a la cabeza la mujer de marras mirando a su marido desde una pantalla gigante al estilo de Obama y sus amigos observando en directo el asalto y ejecución de Bin Laden por parte de sus fuerzas especiales. Debbi echa un vistazo a las cuentas de correo electrónico de su marido, chequea su teléfono e incluso el estado de cuentas bancarias del pobre Steve; además, le ha prohibido acercarse a una sola mujer, o mirar a ninguna que salga en una jodida revista o en programas de televisión. ¿Es guapo ese tal Steve? Pues no precisamente, prueba irrefutable de que los celos tienen muchas veces una base subjetiva a más no poder, o dicho de otro modo, ver a tu pareja, a quien no se lo come ni el ácido sulfúrico, como un adonis. Supongo que el bueno de Steve se consuela pensando que le quiere de más, pero a fin de cuentas lo quiere, es querido, o quizá sería mejor emplear «malquerido». A veces, reconozcámoslo, una actitud excesivamente poco celosa por parte de tu pareja puede llevarte a pensar que le importas un bledo, o, siendo paranoicos, que en el fondo está deseando que te líes con otra persona y que la dejes en paz. En realidad, no hay una fórmula única para lidiar con los celos o indiferencia de tu pareja. Se trata de un traje a medida elaborado a partir del ancestral ensayo-error. En otro lado de la balanza está la historia que narra Dolly Parton en *Jolene*. Su letra es desgarradora, porque la protagonista de la canción admite sin ambages su sentimiento de inferioridad frente a su posible rival. «Jolene, Jolene, Jolene, Jolene, Te suplico que no me quites a mi hombre. Jolene, Jolene, Jolene, Jolene. Por favor, no te lo lleves solo porque puedes».

Vaya. Ahora suena *Jealous Guy*, preciosa canción de Lennon que me recuerda aquella leyenda urbana en la que Yoko Ono, sabiendo que la relación con su amado John no estaba pasando por su mejor momento, habló con su secretaria personal, una tal May Pang, y le insinuó que se convirtiera en su amante. ¡Eso sí que es aplicar una racionalidad absoluta a una crisis matrimonial: aceptar la entrada de una tercera persona, pero siendo seleccionada de antemano por la parte supuestamente engañada! Bra-vo. Si total, pensaría Yoko, más vale malo conocido que bueno por conocer.

Séptimo incendio del día: Núria me recuerda que tengo que enviar la documentación para la instalación de placas solares. Es para ayer. Si una cosa he aprendido en mis treinta años de relación con ella, es que lo peor que puedes hacer es no hacer, porque eso significa que lo ha tenido que hacer ella, arreglar mi no-hacer, y, bueno, pues, ejems, me propongo hacerlo desde el portátil cuando acabe el coño de las fotos promocionales.

Me dispongo sobre un fondo blanco. Tengo que buscarme mejor el *outfit*. No hace mucho comí con un amigo que me comentó que era inadmisible que servidor, el líder de una banda que emociona a tantos miles de personas, entrara en un escenario sin haber estudiado su *outfit* en ningún momento, justo al contrario, me comenta, del bueno de Leiva. A lo que le contesto: «Acabáramos, coño, me pones el ejemplo de los ejemplos de alguien que se cuida, de alguien que se lo cree, un auténtico dandi». No sé. Supongo que pienso que todo lo que nos ha sucedido es pura suerte, o quizá me da miedo que me odien. Algunos incluso piensan que soy gay. Me encanta. De hecho, exagero algunos movimientos con un punto amanerado en un escenario. Me he percatado de que de ese modo, si acude una pareja a uno de nuestros conciertos y la mujer en cuestión suelta algo así como que soy atractivo, el chico puede soltar «ya, pero es gay, se ve a la legua». Así, todos tranquilos y acudiendo a los conciertos en pareja. Siempre es mejor un par de entradas que

una. Por cierto. ¿Seré gay y aún no lo sé? Aunque, de ser así, debo ser el único gay que viste mal de la historia, a excepción, claro está, de una pareja de granjeros de sesenta años que conocimos en una gasolinera dirección a Dallas. La madre que los parió, menudo *outfit*, menuda suciedad, menudos dientes y menudas barrigas. Si los hubiera visto Boris Izaguirre, al instante le habría dado un microinfartito cerebral.

Pienso que no debería usar la misma ropa que uso en un escenario para después pasear al perro. Debería tener los armarios diferenciados. Ropa de normal y ropa de bonito. Eso me recuerda a un tipo muy cholo que me encontré un día en la plaza de la iglesia de mi pueblo: el tío acostumbraba a vestir al estilo de Rosendo y me sorprendió verlo como invitado a una boda. «Caramba, menudo cambio, Miguel», le dije. A lo que me contestó: «Ya ves, aquí, con los chapiris de maqueo, no me vestía así desde que era chinorri porque, buah, menudo ful». Aquel día aprendí que *chapiris* eran zapatos en su jerga. Luego recuerdo una frase que leí hace unos años: cuando te pones esa camiseta para dormir, es que ya ha finalizado su vida social.

Ahora suena *Ya no danzo al loco son de los tambores*, de El Último de la Fila. Esta canción es una de las primeras que me aprendí de memoria, casi como una letanía. Había metáforas algo crípticas para un chaval de diecisiete años, pero el fondo de la cuestión era evidente. Recuerdo de repente a una chica de mi clase que por aquellos tiempos escribió una larga carta a Manolo García. Un mes después la chica volvió a clase brincando y mostrando en su mano una larga respuesta de Manolo, que ocupaba unas tres páginas. Resulta difícil concebir en estos días que alguien se tomara la molestia de escribir una carta con su propia mano, y más aún dirigida a un desconocido. Sin embargo, Manolo García hacía precisamente eso. En una de sus canciones, confiesa: «A veces escribo cartas para no sentirme atado, para no aferrarme a remilgos, que yo quisiera abolidos». La anécdota de la carta me hizo

reflexionar, y esa misma tarde me dirigí a comprar el casete de «Como la cabeza al sombrero». Quizá influido por aquel bello gesto, el álbum parecía estar hablando directamente a mí.

Años después, cuando por fin conocí a Manolo, le conté la historia. Él, en su característica naturalidad, apenas le dio importancia. Pero para mí, aquella carta había sido el detonante para descubrir su música. Es importante aclarar que, en la actualidad, los seguidores de personajes famosos los tienen a un clic de distancia. Es fácil dar un like para no quedar mal, pero la información que llega sin tregua de múltiples fuentes resulta abrumadora. En aquel entonces, enviar una carta implicaba buscar la dirección de tu ídolo, esperar sin esperanza una respuesta que se consideraba un milagro. El mundo ha cambiado, pero aquel gesto de Manolo García sigue siendo un ejemplo de generosidad y cercanía. Lo mismo me pasó al conocer a su antiguo compañero de fechorías en El Último de la Fila, Quimi Portet. No sé, te saludan y ya parece que los conozcas desde hace eones. También me enamoró la manera que tenía Manolo de hablar sobre Quimi tras mi perversa pregunta: «¿Volveréis algún día?». Todas sus palabras estaban repletas de nostalgia, cariño y respeto. Lo mismo, exactamente lo mismo pero al revés, que Johnny Marr y Morrissey, quienes pasaron de tándem musical inolvidable a enemigos acérrimos. Las fotos, bien, gracias.

Vaya. Suena *Love Will Tear Us Apart*, de Joy Division. Es increíble lo que sucede con la música. Es como si la voz del malogrado Ian Curtis abriera las ventanas en otoño y entrara el demonio. Me viene a la cabeza el duelo por el distanciamiento familiar. En tiempos recientes, se ha escrito con frecuencia acerca de la necesidad de alejarse de aquellas figuras que nos dañan. A veces es necesario dar ese paso para salvaguardar nuestra cordura. Pero, en ese juego complejo que es la familia, las piezas se mueven y cambian sin cesar, creando una dinámica difícil de comprender y justificar. La línea entre lo correcto y lo equivocado no siempre es clara. Se estima que un gran número de estadounidenses —un 27 % — ha cortado los lazos con padres, hijos, hermanos u otros parientes

cercanos. Esta separación puede generar un dolor profundo y un estrés constante, que a menudo no se aborda de manera adecuada desde el punto de vista psicológico. Claramente, si la playlist no fuera mía, habría puesto nuestra *Cuestiones de familia.* Creo que con esa canción me saqué una espina clavada en algún lugar de mi alma. En definitiva, *Love Will Tear Us Apart* es un tema maldito de una banda maldita con un cantante maldito.

Solamente faltaba que los Joy Division hubieran nacido en el pueblo maldito por excelencia, Trasmoz, localidad aragonesa señalada como maldita y demoníaca desde el siglo XIII —de hecho, están excomulgados desde hace siglos—, y todo por un litigio de aguas con el obispado de Orihuela. En fin. ¡Viva Trasmoz y los Joy Division!

La fotógrafa me llama la atención, pero me resulta imposible concentrarme con el temazo que ahora mismo suena, uno de esos que has escuchado toda tu vida sin escucharla del todo. Y que, sin embargo, cuando por fin te da por traducir la letra, te descubre que, ¡uy, lo que sale de la boca de monsieur Brel! Menuda cadena de imágenes, a cada cual más bella, más doliente. *Ne me quitte pas*, canción que odiaba de pequeño con toda el alma cuando sonaba en casa los sábados por la mañana, y a la que acostumbraba a cantar por encima «No me quite el pan», simplemente para soportar semejante frase obsesiva y en realidad, cero melódica. Pero años después, ahhh, amigo, uno da por casualidad con la letra traducida. Al contrario de *La bambola*, cuyo código pude interpretar con pocos años sin necesidad de entender un pimiento de lo que decía, *Ne me quitte pas* necesitaba ser leída. El tema está dedicado a su amante, Zizou, de nombre real Suzanne Gabriello. Jaques canta este tema en un programa de televisión y hace valer, hora por hora, franco a franco, las previas clases de interpretación que había tomado junto a Philippe Clay. Y es que el torturado Jacques mira directamente a cámara mientras distorsiona la cara o la muta desde la desesperación hasta la sonrisa más humillante habida y por haber.

No me dejes, no me dejes, suelta el tipo, muy desesperado, muy en las últimas. Pero es que el tema suelta perlas líricas tales como «No me dejes. Deberíamos olvidarlo. Todo puede olvidarse. Te inventaré palabras imposibles que tú comprenderás, te hablaré de aquellos amantes que vieron dos veces sus corazones abrazarse».

A mí Jacques Brel me pide que no le deje en esos términos y, bueno, intuyo que caigo de nuevo. Mejor aún. Mi cerebro dobla la apuesta. Estoy vestida como una dama inglesa en un barco en dirección a la costa francesa, secándome las lágrimas de los ojos porque un maldito truhán llamado Jacques Brel me ha hecho ver las de Caín, y entonces aparece él —insisto, voy vestido de dama inglesa, pamela blanca y velo cubriéndome la cara—cantándome la canción de marras. Servidora, a cada *Ne me quitte pas*, gira de manera teatral su cabeza hacia un mar embravecido. Finalmente le digo, con voz de hombre: «¡De rodillas, payaso!».

Suzanne Gabriello, Zizou, me sabe muy mal lo que te voy a soltar desde el planeta de los vivos, pero, maldita sea, el sufrimiento que te causó Jacques Brel, bueno, lo siento, lo siento, lo siento, pero debes saber esto: al menos a la humanidad le valió la pena vuestras mandangas, ya que vuestra relación fructificó en un retoño musical que es una de las canciones de amor más bellas escritas, como dirían los jóvenes, *ever*.

En el otro lado del cariño está la canción que supuestamente Paquita la del Barrio dedicó a su marido, ni más ni menos que *Rata de dos patas*. La letra no tiene desperdicio: «Rata inmunda, animal rastrero, escoria de la vida, adefesio mal hecho, infrahumano, espectro del infierno, maldita sabandija…». No puedo sino reírme ante tal retahíla de insultos, esa colección de bichos que aparecen en la letra para describir a quien fue el amor de su vida.

La penúltima canción de la lista es *It's a Heartache*, de Bonnie Tyler. Su voz rasgada me conmueve hasta el núcleo de mis entrañas. Puedo imaginar a una multitud de inglesas cantando en los karaokes de los pubs este temazo —«Es un dolor de corazóóón»—, mientras maldicen, de nuevo, a los hombres.

Por cierto. Sonará perverso, pero conozco a unos cuantos artistas que han ideado la situación perfecta para crear un caos emotivo que les sirva en bandeja su siguiente canción de desamor. Eso, a mi parecer, es trampa. Pero si el tema lo merece, en realidad da igual. Jacques Brel, Zizou, compositor y sujeto inspirador acaban muriendo. La canción, si es buena, perdura.

Esta lista de reproducción no tiene ninguna lógica. Está claro que la ha elaborado un tipo con una cabeza desordenada, de nuevo, ejemplo claro de mi tdah.

Por una cabeza, de Carlos Gardel.

Final de la sesión de fotos.



PLAYLIST

La bambola, Patty Pravo
Coney Island, Taylor Swift
Jolene, Dolly Parton
Jealous Guy, John Lennon
Ya no danzo al loco son de los tambores, El Último de la Fila
Love Will Tear Us Apart, Joy Division
Ne me quitte pas, Brel
Rata de dos patas, Paquita la del Barrio
It's a Heartache, Bonnie Tyler
Por una cabeza, Carlos Gardel



(**INTERMEDIO**)

CANCIONES QUE APARECEN EN MI MENTE

POR PURA ASOCIACIÓN DE IDEAS EN UNA TARDE INTENSITA

5 de la tarde //

En el estudio de la Ser de la calle Casp, hoy comparto tertulia con Manel Fuentes, quien me comenta que ha acudido a más de cien conciertos de Bruce Springsteen por todo el mundo. No doy crédito a su fandomismo. Al final acabamos hablando de la separación de Manel. Le digo que es una decisión muy sensata y provoco al personal de la emisora diciendo que llevo años insistiendo en que Love of Lesbian debe separarse, no por nada, sino porque los regresos de las bandas se pagan muy muy bien.

Para ilustrar mi idea sobre el poder de la ausencia, comento que el Museo del Louvre nunca tuvo tantas visitas como en 1911, cuando robaron la *Mona Lisa*: la gente quería ver el vacío que había quedado en la pared.

Me piden una canción para el programa. Elijo *Life on Mars?*, que Bowie escribió como venganza después de que el encargo de transformar el tema francés *Comme d'habitude* —que en inglés sería conocido como *My Way*— no triunfara como él esperara, a diferencia de la versión que lo rompió, ni más ni menos que *My Way* cantada por Sinatra. Con respecto a Bowie, siempre recordaré el concierto de la gira *The Glass Spider Tour*, en 1987. Andaba con mis dieciséis años, más pobre que las ratas, delante del Mini Estadi, intentando ver la manera de colarme, cuando un esnob de turno de unos treinta y pico años me dijo «Eh, chaval, ¿ya han tocado los Stranglers?»

(eran los teloneros de Bowie). Le dije que sí, a lo que me contestó: «Mierda, porque había comprado la entrada para verlos a ellos, y no a ese otro». Ese Otro.

Endevé la Sole…

Muevo el cable de los auriculares, situado debajo de la mesa. Noto que mi móvil está bailando en el bolsillo trasero del pantalón, y me viene a la cabeza que Samsung tiene en su fábrica un robot con forma de culo que se sienta sobre los móviles antes de lanzarlos al mercado. Este robot comprueba la resistencia de los smartphones para evitar problemas en el futuro. El robot se mueve hacia abajo y ejerce presión sobre la pantalla del teléfono para comprobar su resistencia. La prueba del culo. Por cierto, jamás, en toda la historia de la humanidad, el culo había sido hasta tal punto el centro de las letras de las canciones. Ahora mismo, el culo está en el centro de todo. Las iglesias renovarían sus adeptos girando a Jesús del revés, es decir, crucificado y enseñando el culo. Y es que a juzgar por las letras del reguetón, parece que nada más exista en esta vida. Creo que todo cambiará cuando aparezca algún cantante con gorra y pinta de salir de un gimnasio entonando la primera canción reguetonera gay y que su estribillo no deje lugar a dudas de que está hablando del culo prieto de un tío, así como el videoclip. Entonces intuyo que habrá desbandada popular. El vídeo debería ser en un gimnasio y los protagonistas deben haberse seducido y calentado previamente mientras hacían pesas, para acabar follándose en la ducha del vestuario. «Tu culo gay, me encanta tu culo gay». Al loro. Un culo gay. Un culo que habla claramente por su dueño. Un culo demasiado perfecto como para pertenecer a un cis. Y es que he conocido a tipos, heterosexuales en su mayoría, de una generación muy concreta, poco trabajados, cuyos glúteos eran una mera continuación de su espalda, o simplemente la separación de sus piernas. Conozco en concreto a un amigo que tiene menos culo que un perro de pie.

Me despido de Anna, la dulce y risueña presentadora de *Parelles de fet*, y ya en la calle acabo de charlar un rato con Manel Fuentes. Me comenta su preocupación sobre la voz de Bruce, mientras que me viene a la cabeza el excelso estado vocal de Robert Smith; aún recuerdo con excitación su manera de cantar *A Night Like This* en su último concierto en Barcelona. ¿Será que engordar unos kilos ayuda al estado de tus cuerdas vocales, o es, simplemente, un don divino que va mejorando con el paso de los años en el caso de San Roberto? En fin. Me despido de Manel y enfilo hacia la cafetería.

Recupero de la memoria una vez, en medio delProcés, cuando salía de la radio junto a la dulce y brillante Elisenda Roca. La calle Casp, una de mis preferidas de Barcelona, estaba del todo empañada de un denso humo procedente de cuatro contenedores incendiados. Mientras miles de jóvenes corrían hacia nosotros, Elisenda y servidor tomábamos el camino en sentido contrario, intentando contener los nervios con unas cuantas bromas sanadoras. Trincheras, policía, helicópteros, llamas… Me vino a la cabeza *Children of the Revolution*. Con diecisiete años también corrí delante de la policía. De repente pienso en añadir un pronombre personal reflexivo, dos simples letras, que cambian el sentido de la frase. Con diecisiete años me corrí delante de la policía. El diablo está en los detalles.

Me tomo un café descafeinado en una cafetería frente al antiguo despacho de mi abuelo, a veinte metros de la Ser y a treinta del teatro Tívoli. Para mejorar la situación, en dicha calle acaban de abrir un gimnasio al que asiste un buen grupo de personas de profesiones liberales. Ellos, jóvenes, atléticos; ellas, aerodinámicas. Esas mallas ajustadísimas y con ciertas partes que recuerdan al encaje de la ropa interior, hacen que uno se sienta un puto pervertido. Es inevitable, los ojos se le van a uno, momento en el que imagino al dios de la culpabilidad y la cancelación señalándome con un dedo en forma de pene erecto. Entre las historias de Instagram de chicas mostrando sus mejoras anaeróbicas y el reguetón, no me extraña nada que el culo se haya posicionado en la

Pole Position de la lírica, *mare meva*. Tengo un amigo argentino que define dichos pantalones como «culo cometrapo». Siempre hay alguien más bestia y vulgar que tú.

Noto que alguien me observa por la espalda. Esa extraña sensación, pero tan certera. Hay un supuesto fenómeno llamado escopaestesia, también conocido como el efecto de mirada en la nuca, según el cual se cree que los seres humanos pueden detectar de forma extrasensorial si alguien los está mirando fijamente. Es mi amigo Juan Camós. Nos damos un abrazo cálido y calmado. Cuando le conocí, en primero de Psicología, tuve la sensación de que aquel chico misterioso con aires punk había llegado a mi vida para complicármela y que, en caso de presentarme, no habría vuelta atrás. Pues bien. Me presenté. «Hola, qué tal, soy Santi, complícame la vida, anda». Con ciertas personas sucede esto. Si eres lo bastante intuitivo, sabes al instante que hay personas que te dejarán huella. Sucede lo mismo que Johnny Smith (Christopher Walken), el protagonista de *La zona muerta*, que tiene la capacidad de ver el futuro y el pasado de las personas con las que entra en contacto, con un simple estrechar de manos. Bien. No fue así exactamente. Juan lo explica mejor en su libro, y lo cierto es que fue Mimi quien nos unió, como si una especie de cazatalentos del desastre hubiera analizado a las cincuenta personas que esperaban entrar en clase y al instante se percatara del encaje potencial de según quiénes.

Aún hoy en día me sorprendo pensando en que el grupo de amigos que marcaría aquel tiempo en la universidad se formó en la primera hora del primer día del primer curso. Como átomos que, a la velocidad de la luz, se reorganizan y fusionan con el resto cuando detectan una frecuencia de onda similar. Sucedió mágicamente, en décimas de segundo, con cuatro o cinco personas. Como los paracaidistas estrechando sus manos en plena caída. Y si digo en plena caída, es que al menos yo lo estaba.

Hablando de caídas. Un motorista ha resbalado justo delante de nosotros. ¡Qué mala suerte la suya! Me viene a la memoria el caso de un tal Guillermo López, gafe por excelencia, un chico venezolano

que huyó de la crisis en Venezuela, tuvo que salir de China por la pandemia y ahora vive un nuevo drama al vivir en Dnipró, cerca de las regiones separatistas ucranianas que Putin reconoció como independientes.

El motorista es un pizzero. Durante los años ochenta y noventa, una marca de pizza garantizaba que recibirías el pedido antes de una hora, y la iniciativa produjo tantos accidentes de tráfico que la tasa de mortalidad de sus repartidores llegó a compararse con la de los mineros y trabajadores de la construcción. Empieza a revolotear gente en torno al motorista. En psicología, el «efecto espectador» (o también conocido como síndrome de Genovese) es el nombre que se le da al fenómeno según el cual la probabilidad de que una persona que necesita ayuda llegue realmente a recibirla es menor cuanta más gente haya presente en ese instante. Uno de los consejos para evitar el efecto espectador cuando pedimos ayuda es que en lugar de pedirla a todos los que nos rodeen nos dirijamos a una persona en particular, la que parezca más predispuesta a ayudarnos, y le pidamos ayuda explicándole lo que nos pasa de una forma clara y sencilla.

Me paso un buen rato charlando con Juan acerca de temas tan amenos como la muerte, el esoterismo, el suicidio, religiones —durante toda la historia de la humanidad han existido 4.200 religiones y unos 30.000 dioses y diosas— y rememoramos tablas ouija perpetradas en casa de su abuelo, junto a Ramiro y Mimi. Por cierto, el nombre de ouija proviene de una mezcla entre el *oui* francés y el *ja* alemán, curiosidad que me lleva a un comentario que leí hace poco, según el cual, que de haberse usado el inglés y el castellano para denominar dicho objeto, ahora mismo la llamaríamos «tabla yessi». También recordamos el momento glorioso en el que descubrí R.E.M., en concreto *The One I Love*, mientras jugábamos a las cartas en casa de Mimi, fumadísimos de hash.

¿Cómo puedes explicar lo que significa el poder de una sola palabra, cuando esta es cantada? Pues con esta canción. Michael Stipe habla sobre la persona a quien quiere. Va preparando la

conclusión a fuego lento, hasta que toda la banda explota y entonces Mr. Stipe grita *Fire!* Y no es necesario nada más. ¡Lo has entendido todo! Se dice que el intelectual convierte una emoción sencilla en algo difícil, mientras que un artista convierte emociones complejas en una obra fácil de entender.

Juan saca a relucir un cartel de un concierto que hicimos hace la friolera de treinta años con una banda llamada The Front, mucho antes de la aparición de la primera banda indie. Caemos en la cuenta, no sin estupor, de la fecha del concierto. Es la misma que hoy. De nuevo otro suceso ditirámbico, inexplicable, y, hasta cierto punto, renovador de votos de dicha amistad, basada siempre en mapas invisibles que cruzan mares de tiempo.

Juan se larga, con pasos aletargados, prometiéndonos otro encuentro, aunque, teniendo en cuenta nuestra habitual tendencia a crear el caos en nuestro entorno, los dos sabemos que dichos encuentros deben ser espaciados en el tiempo, diríase que homeopáticos. Me quedo en la mesa para hacer algunas llamadas concernientes a la banda y pido otro café. En cuanto me lo sirven, echo de menos algo que nunca he probado: Mellower Coffee, cadena de cafeterías oriunda de Shanghái, debe gran parte de su fama a su idea de servir una taza colosal de café americano con una esponjosa nube de algodón de azúcar encima. ¡Delicioso! Solo al contemplar la imagen ya se antoja probarlo. El vapor que emana del café caliente derrite el algodón de azúcar y produce un efecto lluvia de gotas azucaradas que caen lentamente sobre la taza. Puede resultar un poco pringoso, pero el efecto es sorprendente. Por otro lado, un estudio llevado a cabo por la Universidad de Innsbruck ha determinado que el gusto por alimentos amargos, como el café negro o la tónica, se relaciona con tendencias psicopáticas.

Bukowski aparece a mi lado. Por lo visto el tipo no tiene cosas mejores que hacer en el Hades, o quizá se les ha acabado el alcohol.

—Nah, no es eso —me dice Charles—, es algo mucho más sencillo. Los niños odian los sabores amargos porque están programados para hacerlo. Es instintivo. Verás, los sabores amargos a menudo están asociados con cosas peligrosas o venenosas en la naturaleza, así que evolutivamente hablando, nuestro cuerpo ha aprendido a rechazarlos para mantenernos a salvo. Pero ¿sabes qué pasa, muchacho? A medida que creces, descubres que hay cosas amargas que son geniales, como la cerveza y el café negro. Ahí es donde comienza a cambiar tu perspectiva. Ah, y por si fuera poco, a medida que nos hacemos mayores vamos perdiendo papilas gustativas, así que lo que nos parecía amargo con ocho años nos parece soportable con veinticinco.

Después de ojear las noticias del día en mi teléfono móvil, me encuentro con la de la muerte de Sánchez Dragó y todas las controversias que ha suscitado en la red. Ha muerto anciano, así que ha tenido el tiempo suficiente de fastidiar su propio mito. Lamentablemente, los avances de la ciencia han provocado que muchos mitos hayan tenido un tiempo extra suficiente para decepcionarnos. Los antiguos ídolos de la Movida madrileña, el nuevo Felipe González —¿o acaso siempre había sido así?—, Roger Waters y David Gilmour echándose los trastos a la cabeza a su venerable edad… También creo que una de las ventajas de morir es que no tendrás que escuchar las opiniones de los detractores. Como no tengo una opinión firme sobre el escritor, prefiero abstenerme. Además, ¿quién se preocupa por mi opinión? No me gusta añadir leña al fuego ni convertirme en un icono de esta neomoralidad puritana en la que todo el mundo está ansioso por arrojar piedras en la lapidación pública, como esa hilarante escena de *La vida de Brian*. Con el tiempo, he aprendido a medir mis opiniones públicas al milímetro. Si quiero escandalizar, lo hago desde un punto de vista metaconsciente, es decir, soy sabedor del terreno que piso y a lo que me enfrento. Pero en ocasiones he caído en la trampa del *clickbait*. Otras veces, alguien me ha proporcionado otro punto de vista que me ha dejado completamente expuesto ante miles de personas.

Una vez, hace muchos años, mi impulsividad me jugó una mala pasada: escribí un comentario sarcástico sobre la medida de las faldas de las chicas, cada vez más y más cortas. A pesar de que incluí un emoticono ;) para indicar que mi comentario era una imitación de una mentalidad propia de Torrente, muchos se me echaron encima. Recuerdo, no sin disgusto, que una persona con decenas de miles de seguidores comenzó una cruzada contra mí. Le escribí en un mensaje privado por Twitter, diciéndole que aquel comentario era una broma que había hecho años atrás. Le expliqué lo del emoticono y le supliqué, casi de manera humillante, que borrara su tuit. Su respuesta me dejó desconcertado. «Entiendo tu explicación, pero ya no podemos hacer nada al respecto. No es nuestra política borrar tuits. Un saludo». Ese punto de inflexión fue determinante a la hora de entender cómo funciona la red. Siempre serás culpable. Y en una plataforma como Twitter, lo serás siguiendo flujos de olvido y otros picos de recuerdo de tu culpabilidad, cuando el típico listo echa mano de una captura de pantalla y la broma vuelve a empezar. Porque Twitter es el Bronx. Si se pudiera definir mi estado de ánimo en aquel momento hubiera sido, sin duda, con *Disappointed*, de PiL, con el bueno de John Lydon (más conocido como Johnny Rotten) evolucionando desde la desgana con la que se creía aquel invento del mánager Malcolm McLaren llamado Sex Pistols. A raíz de eso recuerdo que me quedan unos cuantos capítulos por leer de un interesantísimo libro llamado *Cómo entrevistar a una estrella del rock*, de Fernando García. Uno de los entrevistados, acaso el más lúcido con respecto a sus observaciones sobre el arte moderno, es precisamente el antiguo representante de los Sex Pistols.

Escucho *Dissapointed* cabreado. A veces sucede eso con la música. ¿Quieres evocar una sensación de antaño? Busca la canción idónea para ello y buen viaje. Supongo que sufro una especie de lástima por cualquiera que padezca una lapidación pública basada en una difamación. De hecho, algunos estudios han demostrado que para contrarrestar el efecto negativo de una noticia, se necesitan al

menos cinco noticias positivas o comentarios favorables. Esto se conoce como la Regla de las Cinco Buenas Noticias o Regla de las Cinco Complacencias. En mi caso, después de aquel comentario que tantos malinterpretaron, debería haber contratado a una community mánager e idear cinco noticias sobre lo buena persona que soy. Salvar un gatito de un árbol, adoptar un perro subnormal, salvar a un suicida, donar dinero a una entidad ecologista… Aunque lo del perro subnormal hubiera sido una noticia descomunalmente negativa. Santi Balmes diciendo en redes: «He adoptado a un perro subnormal» es poco menos que dispararse en un pie ya herido. Por cierto, creo que este argumento podría ser ideal para una comedia. Un famoso, de carácter sumamente torpe que, después de un escándalo, sigue la regla de las cinco noticias y cada una de ellas lo hunde más y más en la miseria. Me lo apunto. A veces pasan estas cosas. Uno empieza a divagar sobre un hecho terrible de tu biografía, y por misteriosos milagros de la alquimia, lo acaba convirtiendo en algo imaginativo y provechoso. Imagino que es pura ley de supervivencia mental.

En otro orden de cosas, tampoco quiero ser un…

—… lo que mencionabas antes tiene un nombre técnico. Ser un puto ultracrepidario —me interrumpe Bukowski—. ¿Qué son los ultracrepidarios, preguntas? Pues son esos tipos que se meten donde no deben, que hablan de lo que no saben y que creen que sus opiniones son la verdad revelada. Son como el zapatero griego que criticó el cuadro de un artista y que, cuando quiso meterse en terrenos que no conocía, recibió una buena respuesta: «Zapatero, no más allá de los zapatos». Así que si tú eres de esos tipos que hablan de medicina sin haber estudiado medicina, o de política sin saber nada de política, o de literatura sin haber leído un libro en tu vida, mejor quédate callado y sigue tu camino. Porque los ultracrepidarios, aunque piensen que saben mucho, en realidad no saben nada.

—Exacto, Charles, aunque en mi país los llamamos cuñados y creo que en los países anglosajones lo llaman *Jack of all trades, master of none*, aunque dicha expresión ya indica un mínimo conocimiento sobre algo.

Desde hace tiempo prefiero jugar en una liga menor de consecuencias mucho menos fatales. Ser un fit, es decir, una Fuente de Información Trivial, denominación que me acabo de inventar ahora mismo. Un fit como servidor siempre tiene una buena anécdota al respecto de todo. ¿Son contrastables? En realidad da igual, ya que pertenecen al pasado o a un presente irrelevante, y de su veracidad no depende el devenir del mundo. Por ejemplo, estas cifras: 241543903. Si las tecleas en Google, aparecerán personas con la cabeza dentro de la nevera. ¿De qué cojones me sirve esta información? Pues para nada más que esbozar una ligero orgasmito cerebral pensando en lo delirante que puede llegar a ser el ser humano.

La noticia de la muerte de Dragó sigue mirándome desde el móvil, pero ya he dicho que no voy a decir nada sobre él, porque solo he leído uno de sus libros —*El camino del corazón*—, no le conocía personalmente y no voy a ir de un cuñado, ahora que acabo de meterme con ellos. De todas maneras, también es importante saber decirle al mundo: «De este tema del que habláis no tengo ni la más remota idea. No puedo opinar». Soltar esa frase en España parece pecado. Preferimos mentir antes que parecer unos ignorantes. ¡Cuántas veces no me pasó de joven lo siguiente: estar hablando de música con otra persona. De repente, dicha persona exclama: «Bueno, lo que ambos tenemos claro es que "Pet Sounds" es uno de los mejores discos del siglo, porque lo has escuchado, ¿verdad?». Y servidor, apretando los labios y asintiendo, tembloroso y con torpe halo de voz, musita un: «Mmm, sí, claro, cómo no». Pero en realidad, en aquella época yo aún no había escuchado «Pet Sounds». No lo admitía, por supuesto. Era inconcebible que un joven que se jactaba de querer dedicarse a la música aún no hubiera escuchado ese clásico de los Beach Boys. Así que mentí, como

también había mentido en su momento sobre haber escuchado los discos de Jimmy Hendrix. Así es como a veces uno se ve obligado a fingir y a ocultar sus verdaderas experiencias para encajar en ciertos círculos y parecer más culto y sofisticado. ¿Prevaricación cultural, sería el término? No lo sé, pero al final estas mentiras solo nos hacen sentir más inseguros e incompletos, incrementando poco a poco tu complejo de fraude absoluto. Aprendí —hace relativamente poco— que es mejor ser honesto y reconocer nuestras lagunas de conocimiento, porque solo entonces podemos crecer. Y de libros ni te cuento, Charles. Por cierto, a ti sí que te he leído.

Aun así, hay algo que sí quiero hablar acerca de esa noticia sobre Sánchez Dragó y la polvareda que ha levantado en redes. ¿Cuántos comentarios hubiera provocado su muerte si su biografía no estuviera empañada por su lamentable comentario acerca de sus relaciones íntimas con dos chicas japonesas de trece años? Si filtrásemos los comentarios esgrimidos por quienes sí leyeron su obra literaria, sospecho que su muerte a duras penas hubiera sido trending topic. El caso es que, como leí un día en la red «Vaya, últimamente está palmando gente que no lo había hecho antes». Me pareció sublime. Otra frase que me gusta sobre la parca es la siguiente: «La muerte no es nada para nosotros, ya que mientras vivimos, la muerte no existe, y cuando la muerte está presente, nosotros no existimos». La escribió el filósofo griego Epicuro hace ¡unos 2.200 años!

La muerte, un tema que siempre nos acompaña y del que siempre es interesante hablar, aunque no sea el momento más oportuno. Personalmente, tengo algunos epitafios preparados, como «Toda la vida respirando para esto», o el siniestro «Os espero». Pero el que sin duda se lleva la palma y postula para epitafio definitivo es el siguiente: «Merecía un pene mejor». En otro orden de cosas, he dicho a mis amigos que me gustaría tener a un muerto telonero. No sé, un fiambre que fuera calentando la ceremonia media hora antes. Me imagino a mi familia acudiendo a los familiares de la sala 2 y

proponer semejante bestialidad. «Mirad, que el que yace aquí, en la sala 3, es Santi Balmes, y claro, y nos preguntábamos si os apetecería que vuestro fallecido abuelo fuera abriendo boca a los presentes».

Otra cosa que me viene a la mente es la edad idónea para palmarla. Vengo de familia longeva y, la verdad, los entierros de mis allegados son más bien tristes, ya que todos sus coetáneos hace años que fueron tirando hacia el otro mundo. Con estas edades, y pensando el funeral como el último show, es muy difícil hacer un *sold out*. Sin embargo, que mi funeral sea un fracaso de asistencia no me come demasiado la cabeza, para qué nos vamos a engañar. Un concepto que me tiene fascinado: la necroporra, una porra que se organiza cada primer día de enero en la que se apuesta sobre quiénes serán los próximos en morir en el año entrante. Me doy cuenta de que, en el caso de seguir siendo popular, un día puedo ser uno de los protagonistas de esta porra macabra, y cada año que pase, mi nombre aparecerá más y más destacado en ella.

—Oye —me suelta Bukowski—, pues te cuento que en 1806 se murió un tipo muy curioso llamado Timothy Dexter en Estados Unidos. Este tío era rico y también un poco loco. En su testamento dejó unas instrucciones muy raras para su funeral. Quería que lo pusieran en un ataúd de cristal para que todo el mundo pudiera verlo. Y también dijo que lanzaran fuegos artificiales durante el funeral. Se hizo lo que Dexter pidió. Su cuerpo se expuso en el ataúd de cristal y la gente fue a ver la escena. Y luego se lanzaron los fuegos artificiales, pero algunos fallaron y explotaron en la multitud, causando caos y pánico entre los asistentes.

—A mí me parece más morrocotuda la muerte de Esquilo, uno de los grandes dramaturgos de la antigua Grecia. El tipo fue víctima de una profecía aterradora según la cual iba a morir porque se le caería una casa encima. Por tal motivo, Esquilo evitaba permanecer en lugares cerrados o debajo de techos. Finalmente, la leyenda cuenta que murió por un tortugazo: resulta que un águila cazó una tortuga, la levantó por los aires y la dejó caer contra lo que pensó

que era una roca —que es lo que hacen las águilas para sacar al bicho de su caparazón—, y que en realidad era la crisma de Esquilo, que murió al instante. En realidad, la profecía era cierta: ¡solo que la casa que cayó encima de Esquilo era móvil y llevaba dentro la tortuga! Curiosamente, al pensar en ello, concluyo que una tortuga podría ser considerada como un ser que vive en su propia roulotte. *Pánico a una muerte ridícula*, como decía la canción de Def Com Dos: «Electrocutarse al cambiar una bombilla. Suicidarse sin mirar la Primitiva. Ahogarse en la piscina de un barco. Desnucarse en la bañera fornicando. (…) Pánico. Pánico a una muerte ¡ridícula!».

Lunes, puto lunes que ya empieza a declinar para adquirir esa neutralidad pasmosa del futuro martes, el día preferido de los humanos para enviar su currículum. Supongo que la elección del día no es casual. Uno llega a su puesto de trabajo el lunes aún con la intención de arreglar sus averías con el jefe, o quizá, en un ataque de ingenuidad, imaginando que algo ha cambiado. Pero no. El lunes es una hostia en toda la cara de realidad, como bien dijo Bob Geldof, aunque en otro contexto, en *I Don't Like Mondays*. Llegas a casa destruido y te sueltas a ti mismo, «mañana le doy la vuelta a esto».

Ahora mismo he recordado algo que me sucedió hace unos años y a lo que aún no he logrado encontrar explicación. En aquel entonces ardía por pedir la dimisión de mi trabajo, caminaba por la calle sumido en mis pensamientos. Y entonces, de la nada, una voz retumbó en mi cerebro: «Mañana tendrás una oferta de trabajo». La frase era tan clara que casi podía escucharla fuera de mi cabeza. Tan sorprendido me quedé que incluso llegué a girarme en busca de semejante oráculo. No había nadie. Efectivamente, esa voz había surgido de mi oído interno. Pero lo más sorprendente de todo, es que la voz tenía razón. Al día siguiente recibí una llamada, ofreciéndome un nuevo trabajo. Claro, podríamos achacar esta predicción al hecho de que había enviado cientos de currículums, pero lo más extraño es que en aquel entonces ni siquiera me había

planteado la idea de cambiar de aires. Así que, ¿quién sabe? Tal vez aquella voz era una especie de hada madrina que me susurraba al oído.

Le comento a Charles que el lunes es un día perfecto para hablar de la ergofobia, ese miedo o aversión irracional hacia el trabajo o a la realización de actividades laborales. Quienes padecen ergofobia experimentan ansiedad y estrés cuando se ven obligados a realizar alguna tarea relacionada con el trabajo. He padecido ergofobia durante años, de hecho, el último año soñaba con entrar en el despacho del jefe y decapitarlo. Bien, por partes. En primer lugar, me imaginaba reuniéndome unas cuantas veces con él y departir en su despacho acristalado sobre ciertas cuestiones, siempre imitando a Anthony Hopkins en *El silencio de los corderos*, y eso quería decir no parpadear nunca cuando hablara con él, truco que el bueno de Hopkins consideró ideal para conferir a su personaje un carácter infinitamente inquietante. Luego venía el tema de la decapitación, en la sexta reunión. Entonces imaginaba que su cuerpo sin cabeza agarraba el teléfono y tecleaba el número de urgencias. «Urgencias, dígame». Entonces mi jefe decapitado empezaba a darse cuenta de que, sencillamente, no podía hablar porque su cabeza estaba en la moqueta. Acto seguido, sus manos iniciaban una especie de tap-tap en la mesa, como dándose tiempo para pensar en otra solución, hasta que los movimientos iban decelerando. Finalmente su dedo índice acababa, paralizado y erguido, antes de que todo su cuerpo se desplomara mientras al otro lado del teléfono seguía hablando la chica de urgencias. «Urgencias, oiga?». Sí. ¿Necesitaba más señales para darme cuenta de que debía largarme de aquella oficina? Madre mía, si llegué a hacer una entrevista para vender productos para la incontinencia: pañales, braguitas, salvaslips…

Con respecto a la decapitación, me acuerdo de que existió un pollo a mediados del siglo xx, en los Estados Unidos, que vivió dieciocho meses después de que el granjero lo decapitase. El gallo se llamaba Mike. Por cierto, mis ansiedades desaparecieron en gran

medida cuando, ¡oh, casualidad!, conseguí vivir de la música. Recuerdo como si fuera hoy aquel lunes de hace unos cuantos años. Aquella mañana en la que ya no tenía que acudir a mi par de trabajos —era autónomo y con dos niñas pequeñas, así que, aparte del grupo, tenía dos empleos—. Miré la montaña desde la ventana de la cocina mientras sorbía una taza de café. Eran las diez de la mañana. Todo el mundo llevaba horas activo y las niñas ya estaban en la guardería. Lo que más me llamó la atención de mi primer día de libertad fue aquella extraña mezcolanza entre alivio, felicidad y no pocas dosis de estúpida culpabilidad. Nos educan para trabajar, y no solamente eso, sino para resignarnos con trabajos que no deseamos. Burlar aquello era como haber ingresado en una banda terrorista. En mi catastrofismo me decía: «Espero que algún día no te arrepientas de lo que acabas de hacer, joder, que tienes dos hijas». Por otro lado, mi parte emprendedora me decía «Aprovecha la oportunidad, no la dejes escapar, escribe, compón, que cada disco sea mejor que el anterior. Demuestra que tu decisión ha sido la acertada». Fue un lunes de lo más loco. Y lo que es peor, muchas veces siento que no sé gestionar del todo mi libertad. ¡Como si aún no lo creyera! Igual que aquel elefante que había estado tantos años amarrado a un palo que cuando le soltaron los grilletes no era capaz de moverse, a veces sigo siendo incapaz de salir del círculo donde estuve girando tantos años de mi vida.

Octavo incendio del día. Me llama Laura, mi hija mayor. «Papaaaaaa». Siempre que escucho esta entonación sé que me ha caído un marrón inesperado. En primer lugar, debo hacerle un Bizum de 10 euros a un amigo suyo, ya que mi hija se los debe desde hace un mes. Y además, debo ir a buscarla, porque ha salido tarde de la universidad y por lo visto no llega a la hora que había concertado con el dentista, en fin, en mis días en casa me he convertido en el Cabify de mis retoñas.

—¡Joder! —me suelta Charles, algo indignado por la interrupción—. Tal vez deberíamos enviar a la generación de tus hijas a Corea del Sur. Que sientan la presión, que luchen por su futuro, que se den cuenta de lo que se necesita para hacer realidad sus sueños. Tal vez entonces valorarían más lo que tienen aquí, y trabajarían con más dedicación y determinación para lograr sus metas. Mi espíritu visitó hace un tiempo Corea del Sur, y la presión era palpable. Los jóvenes de este país estaban sometidos a una prueba de resistencia, una prueba de ocho horas consecutivas que determinaría su futuro académico y laboral. Se llamaba el Suneung, y más de 600.000 estudiantes de secundaria se preparaban para él con años de anticipación. Tenías que verlo. La nación se moviliza. Para garantizar que los estudiantes llegaran a tiempo, el país se detiene por completo: oficinas, empresas y hasta la bolsa de valores comienzan sus actividades con una hora de retraso. En el momento en que se lleva a cabo la prueba de comprensión lingüística, se impone una prohibición de aterrizaje y despegue en todos los aeropuertos del país. Las obras ruidosas se suspenden y se prohíbe la circulación de vehículos pesados cerca de los lugares de examen. La presión es inmensa. Para los jóvenes, el Suneung es más que un examen como la selectividad, es una prueba de resistencia, una cuestión de vida o muerte.

¿Qué necesitaría la chavalada coreana para desestresarse? Me viene a la cabeza un par de cosas. Como el duelo de orejas que montan los esquimales en ciertas ocasiones. Parece ser que los inuits dan un gran valor a la fuerza en estos cartílagos, porque los contendientes se sientan uno frente a otro con las piernas entrecruzadas y se unen las orejas (derecha y derecha, por ejemplo) con una goma de 60 centímetros. La competición consiste en tirar el uno del otro hasta que uno de los dos se rinda o grite de dolor, en tres asaltos. También los chavales coreanos podrían olvidarse del maldito examen practicando el *chess boxing* o boxeo-ajedrez: lo inventó el artista y boxeador francés Iepe Rubingh en 1992. El objetivo del juego es combinar los aspectos mentales del ajedrez

con los físicos del boxeo. En este deporte, dos competidores se enfrentan en una serie de rondas alternando entre el boxeo y el ajedrez. Cada ronda de ajedrez dura cuatro minutos, y cada competidor tiene un tiempo límite para hacer sus movimientos. Después de la ronda de ajedrez, los competidores tienen un descanso de un minuto antes de comenzar la ronda de boxeo. El ganador se puede determinar por nocáut, jaque mate o por puntos. Este deporte es una prueba de resistencia mental y física y requiere que los competidores estén en buena forma y tengan habilidades de ajedrez sólidas.

Juás.

Las 6 de la tarde. Pillo el coche y me dirijo a la estación de tren de Hospital General de Catalunya, en Sant Cugat, punto a medio camino entre la universidad de mi hija y el dentista. Me pongo *Love Theme Blade Runner* y una lágrima recorre mis ojos internos rememorando las imágenes que acompañan la que quizá sea la mejor banda sonora de la historia. ¿Acabo de decir que la película de Ridley Scott es el acompañamiento de la banda sonora de Vangelis y no al revés? Mi cerebro me juega malas pasadas. *Blade Runner* es una de mis películas preferidas. No es ciencia ficción; es cine negro, es película romántica, es cómic de Moebius en movimiento, y es puro dilema filosófico. *Blade Runner* es tantas cosas a la vez que resulta lógico amarla por los mismos variados motivos.

Escucho *Take the Long Way Home*, un tema de Supertramp que, de pequeño, me parecía tan maravilloso como amenazante. Habla de un aficionado al teatro de vida ordinaria que solo se siente realizado cuando sube a un escenario. Ese era mi mayor miedo cuando era joven: quedarme a las puertas de poder vivir de mi vocación. Por otro lado, guardo un recuerdo muy dulce del momento en el que, muchos años después, le dije a Roger Hodgson que cuando mis padres se separaron me casé con la música de Supertramp. La expresión del bueno de Roger mutó en la de duende bueno. *Oh, you really touched my heart!* Meses más tarde, en una

entrevista que Julián y yo hicimos en Rac, Barcelona, el locutor nos dijo que tenía una sorpresa preparada para nosotros. Y de pronto, Roger Hodgson nos saludó desde Los Ángeles, al otro lado de la línea, y del charco. No puedo describir lo que sentí.

Mi hija no llega a la hora acordada. Me quedo esperándola dentro del coche, y pongo *Vapensiero*, de Verdi. Sin palabras. Es difícil conseguir que, casi doscientos años después de su estreno, una canción toque algo inmanente del espíritu humano, una zona emotiva. Luego, y como estoy desesperado, me impongo otro tema glorioso: *Fairytale of New York*, de The Pogues. *Crock of Gold: Bebiendo con Shane MacGowan* —el documental sobre el cantante y compositor principal de la banda— es estremecedor a la vez que entrañable. Por cierto, los estadounidenses votaron ese tema como la canción navideña preferida de todos los tiempos. Al recordarlo, no puedo evitar acordarme de otra canción navideña: *All I Want For Christmas Is You*, de Mariah Carey, le genera a la cantante un pastizal cada año, ¡casi medio millón de dólares! Pero lo loco es que a la vez los yanquis la consideraban la canción navideña más odiada.

Me llaman al teléfono.

—Papaaaa. Me he pasado de estación.

De tal palo…

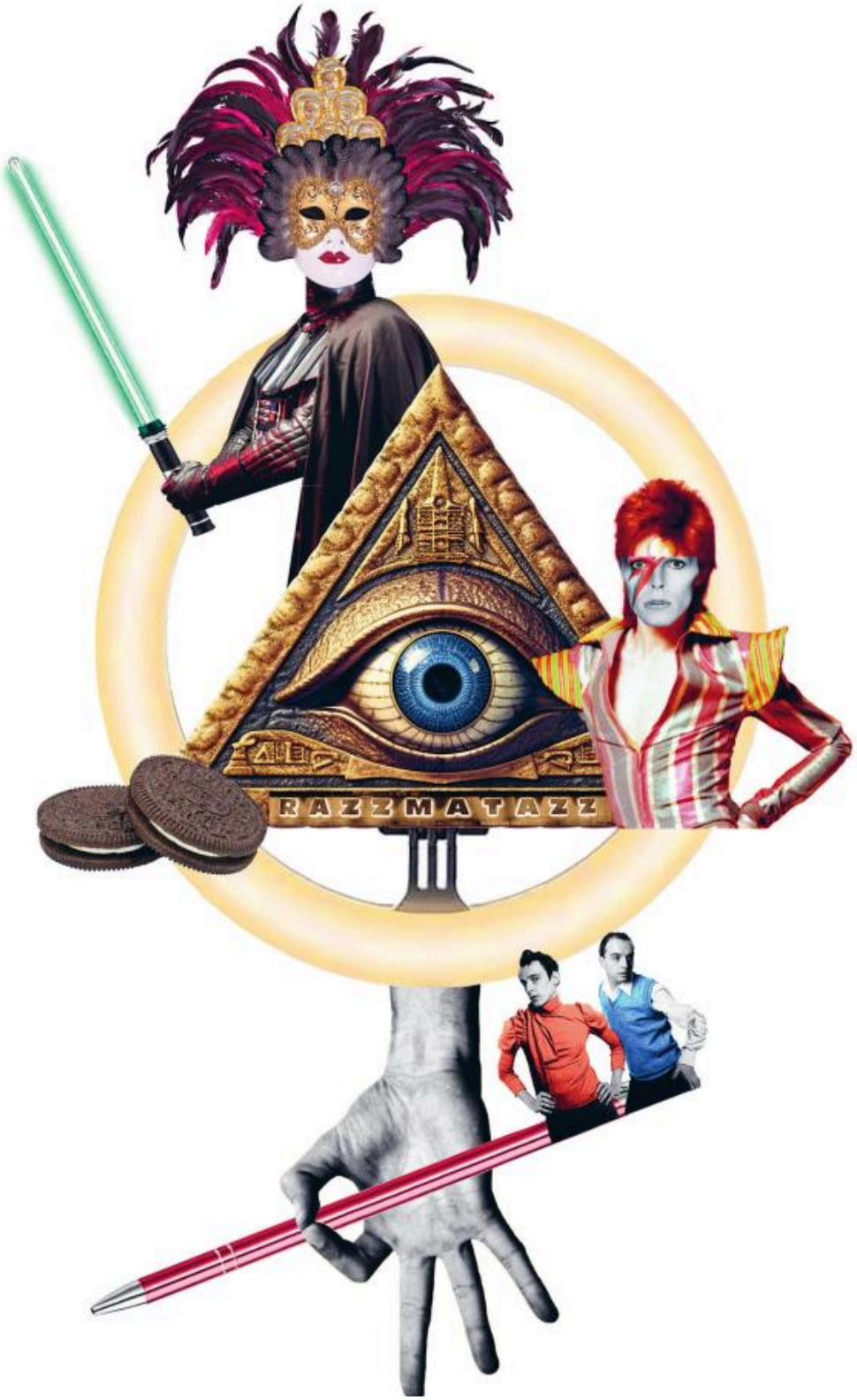


PLAYLIST

Life on Mars?, David Bowie
Children of the Revolution, T-Rex
The One I Love, R.E.M.
Disappointed, PiL
Pánico a una muerte ridícula, Def Con Dos
I Don't Like Mondays, The Boomtown Rats
Love Theme Blade Runner, Vangelis
Take the Long Way Home, Supertramp
Fairytale of New York, The Pogues

All I Want For Christmas Is You, Mariah Carey




RAZZMATAZZ

7. **CANCIONES PARA DESCONECTAR DE UNA REUNIÓN POR ZOOM**

7 de la tarde //

Reunión vía Zoom con Love of Lesbian y Management. Ahí los tenemos, todos desde sus respectivas casitas, ciudades y posturas corporales diferentes. En menos de quince días nos vamos a México y hay que ultimar bastantes detalles. Mientras todos esperamos que Pau, uno de nuestros mánagers, se conecte desde Navarra, le escribo el siguiente wasap: «No me importa que estés asistiendo al nacimiento de tu primer hijo. Te he llamado y no me has contestado. Evoluciona, no eres el centro del mundo». En fin. Reuniones por Zoom. Está demostradísimo que nuestra actividad cerebral decae hasta mínimos insospechados cuando asistimos a una reunión por videoconferencia. Nada que ver con las que se producen cara a cara.

Luego y como soy un tipo multitarea, leo una noticia que me deja absolutamente noqueado. Los individuos que se describen a sí mismos con términos favorables tienden a cagar más, según un estudio realizado en 1981. Tengo que leer de nuevo semejante afirmación. ¿Tienden a cagar más? ¿Acaso están demasiado llenos de sí mismos y necesitan expulsar ego? ¿Será una manera de combatir el estreñimiento empezar a hablar como si anduvieras encantado de conocerte? Hablando de flipados: por lo visto, durante la grabación de las últimas películas de *Star Wars*, concretamente en las escenas de peleas con los sables luminosos, los actores hacían sonidos con la boca imitando las espadas láser para desesperación del director. Servidor a buen seguro que también lo habría hecho, «fuuuss, fuuuuss», como un niño al que le han permitido cumplir el

sueño de interpretar a uno de los personajes de la saga, aunque, claro está, aquel chaval al que las primeras tres películas de *Star Wars* le volaron la cabeza se largó muy lejos, hace demasiado tiempo, hacia una galaxia muy lejana.

Observo a Julián, desde un bar de Menorca, con enormes gafas de sol y una barba cada vez más larga. Mirándole, me viene a la cabeza, Hans Stainінger, un austriaco que vivió hace varios siglos con una barba de metro y medio: esa barba fue la causante de su muerte, ya que el buen hombre tropezó con ella mientras huía de un incendio. Hoy en día, se puede ver la barba en el Museo de Herzogsburg en Austria. Por cierto. En la Edad Media, las barbas eran una parte importante de la apariencia de los caballeros. Se decía que las barbas largas y bien cuidadas eran una señal de coraje y honor. Sin embargo, algunos reyes medievales, como Enrique II de Inglaterra, prohibieron el uso de barbas en su corte para evitar que los enemigos las agarraran en una pelea. En 1860, un hombre llamado Tom Squires murió después de incendiarse la barba mientras encendía un cigarrillo. Se dice que el fuego tardó más de media hora en extinguirse. En el siglo XVIII, el zar Pedro el Grande, conocido por su inquietud y ambición, se embarcó en un proyecto tan insólito como temerario: decidido a modernizar a la nación, buscó la manera de erradicar uno de los signos más prominentes de atraso y conservadurismo en la corte rusa: las barbas. Sí, aquellas masas de pelo que los nobles lucían con orgullo, y que para el zar eran una ofensa a su visión del progreso, un lastre para el futuro de su amada Rusia. Con una determinación implacable, Pedro el Grande impuso un impuesto a las barbas. Quienes se negaban a afeitarse debían pagar una tasa anual para mantenerlas en su cara. Para él, el fin justificaba los medios. Y ya que estamos, cómo no mencionar a Walt Whitman, cuya desaliñada barba era una característica tan distintiva como su poesía. En una ocasión, mientras cenaba con amigos, uno de ellos le preguntó si alguna vez se había peinado la

barba. Whitman, con su habitual sarcasmo, respondió con una frase que dejó a todos boquiabiertos: «No, porque si lo hiciera, tendría que dejar de escribir».

Intento no decirle nada a Julián acerca de su barbota. Provocar a un escorpio es muy mala idea. Si no parezco concentrado en la videoconferencia, en breve empezará a hacerme capturas de pantalla y a generar humorísticas y acertadas comparaciones con el prota de *Este muerto está muy vivo*.

Pau ahora tiene problemas de conexión. Toma la palabra mi querido Gonçal, pero su tema es estrictamente de logística, cosa que me importa más bien un huevo, así que pongo cara de percebe, el Santi automático, y disimuladamente miro el móvil.

Mi hija mayor me envía un vídeo por Instagram donde se describe, de una manera un tanto complaciente, a los que padecen tdah, que si nuestro cerebro neurodivergente que funciona de otra manera, blablablá, aunque llega un momento en el que lo que explica me llama la atención. El *stimming*, es decir, comportamientos repetitivos, estereotipados y autoestimulantes que pueden presentar algunas personas con tdah. Por lo visto el *stimming* puede tomar muchas formas, como balancearse, tamborilear los dedos, mover las piernas o los brazos de forma repetitiva, hacer sonidos o vocalizaciones, o morderse las uñas, entre otros. En mi caso es mover de manera frenética cualquier mechero o bolígrafo que tenga a mano y lo hago desde los ocho años. Para mí es como una especie de descarga o toma de tierra que intenta mantener a raya mi dispersión. Muchas, demasiadas veces, siento como si una energía eléctrica interna me atravesara de los pies a la cabeza y se quedara allí, por encima de mi cuero cabelludo.

Hablando de esto, me ha venido a la cabeza un hombre, Roy Sullivan, que se hizo famoso por su increíble habilidad para atraer rayos. Nacido en Virginia en 1912, Sullivan trabajaba como guardabosques en el Parque Nacional Shenandoah y fue alcanzado por rayos en siete ocasiones distintas durante su vida. La primera vez fue en 1942, mientras se encontraba en una torre de vigilancia

en medio de una tormenta: el rayo le quemó la pierna y le provocó heridas leves en otras partes del cuerpo. Este solo fue el comienzo de una serie de encuentros con la electricidad de la naturaleza, que se extendería hasta 1977. Sobrevivió a todos ellos, aunque le dejaron secuelas psicológicas: desarrolló una más que comprensible fobia a las tormentas.

Hubo otro tipo que también tenía un romance con los rayos. Al mayor canadiense Walter Summerford, que había luchado en Flandes durante la Primera Guerra Mundial, lo alcanzó uno y, como resultado, lo liberaron de sus deberes militares. Pero este no sería su único encuentro con la electricidad de la naturaleza, ya que en 1924 y en 1930 volvió a repetir la experiencia. Summerford falleció en 1932 y lo enterraron cerca de Vancouver. ¡Pero incluso después de su muerte, el rayo seguía persiguiéndolo, hasta el punto de partir su lápida en pleno entierro! Aunque no hay suficientes pruebas para confirmar si esta historia es cierta o simplemente un mito, lo cierto es que «me rayó» bastante, la verdad. Sobre todo porque me describiría como un tipo que anda en medio de una tormenta.

Es inevitable que me venga a la cabeza *Riders On the Storm*, canción de The Doors que consigue ralentizar mis latidos como por arte de magia. Una vez he pensado esto, me sorprende que aún no haya tratado en ninguna canción el tema de la dispersión, pero intuyo que sería un tema que me llevaría un tiempo, y no solamente en relación al delirio que debería expresar la letra, sino a la progresión melódica y rítmica de la música, la cual también intentaría reflejar esa jodida sensación de no estar bien en ningún lugar.

Me viene a la cabeza Hawái, un lugar que me atrae, de buenas a primeras, aunque luego, pensándolo bien, si me proyecto en aquellas cabañas de paja y madera en medio de un azul imposible, aislado de todo, me invade una ansiedad inconcebible y hasta cierto punto injusta. ¿Sería capaz de agobiarme en Hawái? Al segundo día de hacer snórkel, de contemplar por activa y por pasiva todos los pececitos de colores variados y de admirar sus corales, empezaría a

notar un ahogo, un temblor interno, un «qué hago aquí», y, peor aún, la impresión de estar perdiendo el tiempo en aquel paraíso, lo que indefectiblemente me llevaría a una culpabilidad infinita seguida por una taquicardia en medio de un escenario privilegiado. Al final, ataque de ansiedad, ahí, en mitad de un océano llamado paradójicamente «Pacífico». Me imagino curado por cualquier curandero mientras, cual canción antagonista con el ambiente, suena *Runaway*, de Kanye West, canción comodín que sirve tanto para mis pensamientos imaginarios en un atolón, como para este instante, en el que veo a mis amigos divididos en recuadritos.

Justo entonces veo que Pau ha arreglado por fin sus problemas de conexión. No sé si alegrarme o pensar en la brasa que nos vamos a dar mutuamente. No soporto estas reuniones, así de claro. Parece mentira, pero incluso viéndole la cara a la persona que habla, me cueste discernir su estado de ánimo. Los matices se pierden, al igual que en una conversación por WhatsApp. Pero usamos esta tecnología desde tiempos de pandemia, y al vivir cada uno en una ciudad diferente, al menos no contaminamos más que la energía empleada por los servidores. Encima, uno es incapaz de controlar el ladrido del perro, una llamada de teléfono, el de Amazon picando en la puerta porque le trae cualquier gilipollez a algún miembro de la familia que, para variar, en estos momentos no está en casa… Al menos este tipo de reuniones han dado al mundo momentos realmente hilarantes, como aquel estudiante que en tiempos de pandemia tuvo la genial idea de empezar a masturbarse pensando que había tapado la cámara, o el más entrañable: un abogado norteamericano que se conectó para una especie de diligencias previas a un juicio, y, joder, delante del fiscal y del juez apareció con forma de gatito. El pobre tipo no encontraba la manera de quitar aquel filtro. Llamó incluso a su secretaria, sin dejar de repetir *I'm not a cat*, a lo que el juez le respondía con tono condescendiente: *Obviously you're not a cat*, mientras los ojos del gatito se movían de izquierda a derecha y podía adivinarse su expresión de estupor máxima. Cosas del siglo XXI, raro como la madre que lo parió. Me

viene a la cabeza un tema con duende: *Evolution*, de Mercromina. «Es un bicho raro, cambia de color. Su cabeza distorsiona, es un ciclón. Pero si me dice: ven y vámonos. Yo contigo al fin del mundo. Evolution». En mis notas hay un apartado dedicado a las canciones de otros que me encantaría versionar, y esta sin duda está entre mis candidatas. Tiene un no sé qué, que qué sé yo, que yo qué sé.

De repente, llega el noveno incendio del día. Hay una propuesta de Ulía, nuestra otra mánager, para un par de conciertos en Colombia. Por su cara, me temo las fechas. Me digo a mí mismo «que no sea agosto, que no sea agosto, por favor». Ulía suelta: «Bueno, son conciertos en la última semana de agosto y necesito urgentemente saber si podríais hacerlo». ¿Que quéééé? Habíamos quedado en que, en el mes de agosto, ni conciertos ni leches. Sin embargo, la propuesta es interesante por varios motivos así que toda la banda, poco a poco, va cediendo por videoconferencia. El problema de cada uno será cómo coño plantearlo en casa. Me viene a la cabeza *Cambio de idea*, de Astrud, que, aunque hable de amor, bien mirado también es ideal para un tdah o para cambiar la idea de tu futuro agosto. «Y cambio de idea sobre ti. Y cambio de idea sobre lo nuestro. Y cambio de idea sobre ti. Y mi nueva idea, y mi nueva idea es en todo diferente a la segunda. Y en todo igual a la primera». ¡Tantas veces me he sentido así, a veces en el estrecho margen de un minuto!

Pau nos dice que deberíamos idear un concierto diferente para el par de Razzmatazz que tenemos reservados y que aún no hemos anunciado. El tiempo corre en nuestra contra, y los nervios se notan en el ambiente. La gente de nuestra ciudad no para de dejarnos comentarios. Habéis publicado muchos conciertos de fin de gira, pero y Barcelona… ¿qué? Y aquí andamos, mareando la perdiz, esperando que alguno de nosotros tenga esa idea genial, pero con cuatro comentarios esgrimidos en la reunión, el único problema pasa a convertirse en seis problemas como por arte de magia. Me gustaría decirles a los demás que deberíamos ser más disruptivos.

Como por ejemplo, aquel político danés que insertó publicidad ni más ni menos que en PornHub. Sus razones fueron claras: la mitad de los contenidos que había en internet eran pornográficos y él consideraba que tenía que estar donde estaban sus votantes.

Al final, lo de siempre. Bueno, pensad en lo que hemos hablado y lo solucionamos en la próxima reunión. Pues no nos gusta reunirnos en este país. Nos reunimos por encima de nuestras posibilidades. Nuestra productividad en realidad es paupérrima. Opinamos sin reflexionar, y no escuchamos demasiado el punto de vista de nuestro prójimo. ¡Y qué decir cuando tus prójimos van hasta el culo de cocaína? Ah, entonces es el infierno. Ves a personas a tu lado pensando que se están moviendo cuando en realidad únicamente se balancean, no escuchan y detectas en sus caras que están recordándose a sí mismos lo que van a decirte en cuanto te puto calles, eso cuando no te interrumpen sin más, a lo que sigue una retahíla de tartamudeos y posiciones corporales reduras. Suerte que jamás me he viciado a los polvos blancos. Le encuentro muy poco atractivo. Si quiero drogarme, joder, quiero ir más allá de lo que mi mente sea capaz de alcanzar por sí misma, y no adquirir un estúpido estado de superconciencia nerviosa. ¿Servidor hasta arriba de cocaína? Impensable. Si ya soy nervioso de fábrica, diablos. Casi siempre tengo un temblor invisible, y casi siempre una mala relación con el entorno físico en el que me encuentro, si este permanece quieto demasiados minutos.

Me zampo una galleta Oreo mientras Oriol empieza a hablar sobre diseños de camisetas. Está estudiado que las Oreos resultan más adictivas a las ratas de laboratorio que la coca o el jaco. Mientras me como la cuarta en un minuto, pienso que no debe haber para tanto. ¿Me he enterado de algo con respecto a las camisetas? Cero. Mi tdah me juega terribles malas pasadas, incluso bajadas de azúcar. Maldita sea. Me está dando una bajada en medio de la reunión.

Miro a mis colegas de banda. Veinticinco años juntos, Virgen santa. Un grupo de investigadores de la Universidad de Kansas ha llevado a cabo un experimento para determinar cuánto tiempo es necesario pasar con alguien para considerarlo un amigo. Los especialistas siguieron a un grupo de estudiantes recién llegados al centro para observar cómo se establecían nuevas relaciones entre ellos. Las relaciones se dividieron en cuatro categorías: conocidos, amigos ocasionales, amigos y amigos íntimos. Los resultados del estudio indicaron que para convertirse en un amigo ocasional era necesario pasar entre cuarenta y sesenta horas juntos, mientras que para ser considerado un amigo, el número aumentaba a entre ochenta y cien horas. Para formar parte del reducido círculo de amigos íntimos, había que compartir más de doscientas horas. Teniendo en cuenta que con estos tipos he pasado más de un millón de horas. ¿Qué son exactamente? ¿Qué tipo de parentesco hemos establecido entre nosotros? Creo a veces que el término «hermano» se queda corto. Pero corto de la hostia. Nuestras reuniones deberían ser personales y deberíamos acudir a ellas disfrazados y enmascarados, como en la escena de la megaorgía de *Eyes Wide Shut*. Y, por supuesto, antes de iniciar la reunión, joder, debería sonar *Masked Ball*, de Jocelyn Pook, un tema vanguardista, inquietante y prólogo de alguna trastada existencial.

Siempre he soñado con pertenecer a una sociedad secreta, aunque imagino que no soy el único. El ansia por diferenciarme del resto, de saber algo más que lo mostrado en la superficie del conocimiento que se nos imparte, la mezcla entre ciencia y magia, el esoterismo convenientemente hilvanado con la racionalidad, me parece demasiado tentador como para no hacer incluso un llamamiento público para que alguna de estas sociedades —a poder ser, un poco guarras en sus rituales— me fiche como novicio. Mucho baile iniciático, mucho protocolo sincronizado al milímetro, y tras los bastonazos de *Masked Ball* y las voces de ultratumba, saludar a los enmascarados miembros de mi sociedad anfitriona y luego arrodillarme delante de un haz de luz que traspasa un ventanal

gótico. Mirar hacia arriba, admirar unos techos al estilo de la Saint Chapelle de París, obra maestra de la arquitectura donde las haya, y entonces embeberme de conocimiento secreto mientras por unos auriculares suena la inquietante y atmosférica *Hey*, de Low. Me daría igual que fueran satanistas o illuminati. Por cierto, si escribes illuminati al revés en la red — *itanimulli*—, te aparece acto seguido la página web de la Agencia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, y no puede sino ser una broma de medio gusto, así como para dar carnaza a los conspiranoicos. Una obra maestra de la desinformación.

Para acabar la sesión iniciática con la secta, ni más ni menos que *Warszawa*, del maravilloso disco «Low» de David Bowie, un tipo que por sí mismo ya era una secta, lúcida y mutante. No apta para cerebros ansiosos de estabilidad.

Maldita sea, llevo diez minutos pensando en mis mierdas mientras la reunión ha proseguido por sus cauces habituales. Mis caras deben de haber sido de órdago. En breve recibiré unas cuantas fotos corroborando mi desconexión.

Y lo tengo merecido.



PLAYLIST

Riders On the Storm, The Doors
Evolution, Mercromina
Runaway, Kanye West
Cambio de idea, Astrud
Masked Ball, Jocelyn Pook
Hey, Low
Warszawa, David Bowie



8. **CANCIONES PARA QUE TE PASEE EL PERRO**

8 de la tarde //

Ya es hora de que el perro me saque de paseo. El año del Señor 2018, el periódico *El País* publicó un artículo titulado «Santi Balmes y su extraña comitiva animal» donde aparezco paseando a mi perro Shiwa y a la añorada gata Mel. Ambos se habían criado juntos y, como eran del mismo color, en una extraña asociación cromática la curiosa mente de Mel infería que eran hermanos. Dicha conclusión generó que cada tarde que paseaba a mi amado golden retriever, la gata se dispusiera a acompañar a su hermano; un hermano con necesidades especiales, debía de pensar, ya que ella andaba a nuestro lado suelta y libre, mientras que el bueno de Shiwa iba atado de indigna manera.

La cuestión de llevar atado a un animal siempre me ha parecido contra natura. Es la misma repulsión que siento al ver a un pez dando vueltas dentro de una esfera de dimensiones ridículas o, lo que ya clama al cielo, a un periquito o cualquier animal dotado de alas enclaustrado en una puñetera jaula. Por lo visto, el tema ha llamado la atención de nuevo al espíritu de Charles Bukowski, quien se enciende un cigarrillo a mi lado, y me comenta:

—No solamente peces, amigo, sino todos los animales que han tenido la mala pata de acabar en un zoo o acuario. Pero ojo con algunos bichos como por ejemplo los pulpos. Conozco a uno que era todo un rebelde. Estaba encerrado en un acuario y no le gustaba un carajo. Así que un día decidió que ya era suficiente y empezó a lanzar agua por todos lados para fastidiar las luces y crear un caos. Y vaya si lo consiguió, el acuario se quedó sin luz y sin poder

mantener a los otros bichos bajo control. Como suele pasar con los rebeldes, al final el déficit de recursos fue tal que los responsables decidieron liberarlo. ¡Que viva la libertad! Otro de su especie, más listo que el hambre, logró fugarse del acuario por la vía del desguace. Sí, como lo oyes, el muy cabrón se escapó por una



vía de reciclaje o algo así. Y así, sin mirar atrás, se largó al mar como un héroe. ¿No te parece increíble? Este pulpo tenía más huevos que todos los bichos del acuario juntos.

Y es que el capricho visual del humano nos lleva al sadismo. La Biblia tiene gran parte de culpa en nuestra visión antropomórfica. Génesis 1:26: «Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra». Casi nada. En el mismo Génesis 9:3: «Todo lo que se mueve y tiene vida os será para alimento: todo os lo doy como [os di] la hierba verde». Daniel 2:38 también tiene unas palabritas inspiradas por ese supuesto Dios: «Y dondequiera que habiten los hijos de los hombres, las bestias del campo o las aves del cielo, Él los ha entregado en tu mano y te ha hecho soberano de todos ellos; tú eres la cabeza de oro».

La Biblia también tiene el detalle de dejar algunos conceptos claros: «No te ayuntarás con ningún animal, contaminándote con él, ni mujer alguna se pondrá delante de un animal para ayuntarse con él; es una perversión», Levítico 18:23, frase que me hace pensar en una traducción delirante de unos mecheros chinos que se vendían con pegatina incluida, y en una de las frases ponía, literal: «No lo pinches el gas de mechero». En este caso sería: «No lo folles, el animal doméstico». Ahora uno se ríe, pero, en realidad, ambos conceptos —sentido de propiedad de los animales para provecho alimenticio y prohibición de cópula con los mismos— puede que fuera muy pero que muy necesario recordárselos a una sociedad de hace miles de años, eminentemente campestre, mellada, joven y hormonada y muy faltada de plataformas como Tinder. Ay, nuestra relación de propiedad con los animales. Leo con estupor un artículo

donde se explica que un hombre ha sido condenado por ahorcar a su perro. Tan distinto del Nepal, donde hay un festival llamado Kukur Tihar, también conocido como Tihar de los Canes. Este festival dura cinco días y honra a varios animales y dioses, pero el segundo día está específicamente dedicado a los canes. Estos animales se consideran sagrados en la cultura nepalí, por lo que se los adorna con guirnaldas de flores y se les ofrece comida y leche en platos especiales en señal de agradecimiento.

Me pongo los auriculares e inicio la reproducción de «Canciones para que te pasee el perro», y lo he titulado así porque, después de un día entero componiendo o escribiendo, es el perro quien me tiene que sacar de paseo. La canción que inicia la lista es *Year of the Cat*, de Al Stewart. Poco oportuna, a decir verdad. Siempre que vengo a este parque, viene a mi corazón roto mi difunta gata Mel, a quien no dediqué ningún post en mis redes porque el dolor era demasiado punzante y el hecho de comunicarlo no lo hubiera aliviado, sino todo lo contrario. A Mel la encontramos justo al lado del parque para los perros, más tiesa que un palo. Tenía que pasar. Mel era una gata terriblemente intrépida. Al pensarse a sí misma como un perro, no tenía problema alguno en meterse en el pipicán y plantarle cara a cualquier monstruo que le triplicara el tamaño. Obviamente el resto de perros del parque se las tenían jurada. Así pues, en uno de los paseos vespertinos del mes de agosto de 2018, dejé a Mel fuera del pipicán (se había colado dentro y me las deseé para echarla de los condominios caninos) y cuando íbamos a largarnos, ella prefirió volver a la provocación, montándose encima de la valla con singular arrogancia y *savoir faire*, con su cuerpo en posición de *en garde*! y maullido *kishhhh* que significaba: venid a mí, mataos, y saltaré en cuestión de milésimas de segundo donde no podáis alcanzarme. Pues aquella tarde algo sucedió —siempre he intuido que fueron dos pastores alemanes que se la tenían jurada desde hacía meses—. En

un error de cálculo de nuestra felina, un par de perros la tuvieron que acorralar, y la zarandearon una y otra vez hasta romperle el cuello.

La vida, en definitiva, son continuos cálculos matemáticos desde que nacemos hasta que palmamos. Cuando saltamos un charco hacemos un cálculo inconsciente que incluye trigonometría y leyes de la física elemental. Un cálculo matemático erróneo sobre cuánta droga puede aguantar tu cuerpo te lleva al temido Cero. Mi gata Mel palmó con dos años —supongo que podría extrapolarse a una vida humana y decir que Mel ya es parte del Club de los Veintisiete como Janis Joplin, Kurt Cobain, y compañía— pero sus lecciones de yoga felino y de estar presente en el presente siguen presentes en mi presente. Ahora suena en mi lista de reproducción *Perfect Day*, de Lou Reed, e inevitablemente me viene a la cabeza esos días en los que paseaba a Shiwa y Mel iba a nuestro lado, mientras un sol con el mismo color que sus pelajes empezaba a languidecer en el horizonte.

Prefiero a los perros, pero, de poder elegir, sería gato. Aún me viene a la cabeza algunas veces que Mel se colaba en casa de mi madre y cuando yo me asomaba encontraba a la gata durmiendo la mona encima de la tabla de planchar, calentita. Cuando sucedía eso generalmente había desaparecido de casa toda la noche. Le decía: «¡Anda, pero si ya ha vuelto la golfi!», a lo que ella me dedicaba una mirada absolutamente despreciativa. Otras veces, y tras alguna de sus noches de fiesta, entraba en casa por la puerta y nos miraba como queriendo decir: «No preguntes, humano, menuda noche». Pues ante semejantes actos de desprecio gatunos, a nosotros, los humanos, nos queda el aplauso. A eso se le llama rizar el rizo.

En el Antiguo Egipto, acompañaban al curioso mobiliario funerario de los faraones unas cuantas estatuas de gato. Lo que se ha descubierto a través de exámenes con rayos X es que dentro de las estatuas hay cuerpos reales de felinos. De hecho, cuando un gato doméstico moría, la familia hacía un duelo y se afeitaban las cejas como señal de respeto.

Otra cosa que me ha venido a la cabeza es el recuerdo traumático de mi infancia, observando cómo mis mayores agarraban una camada de gatitos recién nacidos, los ponían en una bolsa de agua, y los dejaban ahogarse. En otras ocasiones había visto a algunas personas estampando mininos recién nacidos contra una pared. Quienes hacían eso delante de mí argumentaban que era la mejor manera de mandarlos al otro barrio. Un golpe seco, y zas, ya eres un animal ex-vivo. Recuerdo especialmente una ocasión. Tenía trece años y mi abuela me dio una bolsa de plástico rellena de agua con cinco gatitos en su interior. «Toma, aguanta esto», me dijo. Pues ahí estaba yo, con la mano derecha aguantando esa especie de pecera repleta de gatitos agonizantes, mientras que con la mano izquierda me masturbaba, *oh, oh, ohhhhh*. No, no, claro que no, es una broma que te acabas de hacer a ti mismo, Santi Balmes, para darle la vuelta a un horrible recuerdo y convertir aquella tristeza en algo bizarro.

Otra cuestión sería el tema de la doble vida de los gatos. Siempre pensé que Mel tenía otra casa, a juzgar por sus espaciadas desapariciones, algunas de ellas de fin de semana entero. Me viene a la mente la historia de un inglés quien vio que su vecino vendía el piso. Preso de la curiosidad, entró en la web de la inmobiliaria con el ánimo de chafardear en el interior del piso de su vecino, y cuál fue la sorpresa que se llevó el amigo cuando la primera foto que abrió se encontró con una habitación, una cama, y encima de ella, del todo espachurrado, a su puto gato. Así lo publicó en Twitter: *This is my bloody cat.* Da igual. Cualquier cosa que hagan nos hará gracia. Intentemos por un momento imaginar dicha escena con un perro. No. Imposible. Lo primero que pensarías es: mi vecino ha secuestrado a mi perro.

Por cierto. Mi perro, ya mayor, habría sido un espléndido buscador de trufas. De hecho, apenas socializa con otros de su especie, al menos que encuentre en el pipicán a sus amores platónicos: un par de pastoras alemanas, madre hija, con las que Shiwa sueña obscenidades y todas referentes a tríos. Cuando llego al

parque, el dueño en cuestión siempre suelta: «Las mías están con el celo, así que vamos a ir con cuidado. Menudas guarrillas están hechas, je, je», frase que me deja anonadado por motivos que no hace falta siquiera ampliar, aunque lo resumiría en una sola frase: hay gente con los resortes tan arraigados que incluso extrapolan su educación machista al reino animal.

El olfato de un perro es significativamente superior al nuestro. Se estima que los perros tienen un sentido del olfato entre 10.000 y 100.000 veces más agudo que el de los humanos, lo que significa que pueden detectar olores que son demasiado sutiles para nosotros. Además, los perros tienen una capacidad de procesamiento de información olfativa muy avanzada en su cerebro, lo que les permite identificar y rastrear olores complejos, como los de las personas o los animales, incluso después de un largo período de tiempo. Dicho dato siempre me hace pensar lo siguiente: si un perro tiene por costumbre sacar información de otro perro a través de una inspección odorífera anal, y teniendo en cuenta que los perros huelen entre diez mil y cien mil veces mejor que nosotros… ¿Cómo debe ser la experiencia de oler un ojete con semejante nariz? ¿Acaso en semejantes proporciones odoríferas la percepción de un culo da la vuelta y se convierte en ambrosía? Es muy probable que sí, y si tengo alguna duda, me remito a alguna noche loca. Por cierto, recientemente me enteré de que los perros siempre intentan cagar alineados con el eje Norte-Sur. Tienen una especie de sensor del campo magnético de la Tierra. Sus motivos tendrán.

Los perros triunfarían más si hicieran lo mismo que algunos delfines, que por lo visto forman grupos corales o musicales al estilo una *boy band* donde cantan a capella para seducir a las delfinas. Estos grupos de delfines pueden durar toda la vida si su coordinación musical funciona. Dicha relación de ideas me ha venido a la cabeza al escuchar la maravillosa canción ochentera de Yazoo, *Only You*, en la versión a capella que tuvieron a bien interpretar los Flying Pickets, y me he reído solo imaginando a mi perro haciendo de solista de un grupo vocal perruno, a saber, un caniche, un mastín

alsaciano y un mil leches, haciendo a su vez de barítono, contralto y tenor, cortejando a las pastoras alemanas: *All I needed was the love you gave, all I needed for another day. And all I ever knew. Only youuu*.

Siguiente canción de la lista de reproducción. *Elephant Gun*, de Beirut. Milagro de voz la de Zach Condon, maravilla de ukelele y maravilla de arreglos que escucho mientras observo a Shiwa persiguiendo a las pastoras alemanas y elucubrando por encima de mis posibilidades acerca de hasta qué punto somos esclavos de la química. ¿Aceptaría tomarme una pastilla que me permitiera desear con semejante ahínco? ¿Lo reduciría quizá a un par de horas al día? Hay un estado de plenitud salvaje en algunos momentos de tu vida, esos minutos del día donde todo es euforia, como en *Oraçao*, de la banda brasileña A Banda Mais Bonita da Cidade, porque en estos momentos tanto Shiwa como su nuevo hermano —un bichón maltés llamado Coco, de dos años de edad y la hormona desbocada— persiguen a las pastoras alemanas reflejando su animosidad espiritual en sendas y dispares erecciones caninas mientras pienso que bien podrían cantar en maravilloso brasileño: «*Mi amor está es la última oración, para salvar tu corazón, corazón no es tan simple como se piensa. En él cabe lo que no cabe en la despensa. Cabe mi amor, caben tres vidas enteras. Cabe un tocador. Cabe nosotros dos*», canción que no debe escucharse únicamente, sino verse, ya que su vídeo es un maravilloso plano secuencia dentro de una casa repleta de gente joven, bonita, talentosa y optimista, como el pene de Coco. Nota mental: debo escribir un libro cuyos protagonistas sean un par de perros y un gato. Ya sé que el argumento puede estar manido, pero el instinto me dice que podría salir bien parado del experimento.

Suena ahora mismo *Black Hole Sun*, de Soundgarden, uno de los temas que más me voló la cabeza de joven, sobre todo la combinación de dicho tema con su consiguiente videoclip. El ambiente apocalíptico de la canción me hace pensar en aquella

noche de 1923, cuando miles de perros aullaron durante horas sin ningún motivo aparente. Al día siguiente, 1 de septiembre, morían 142.807 japoneses en uno de los terremotos más terribles de la historia. Examino los aledaños del parque. Algunas de las papeleras están a rebosar. Mi cerebro me lleva a la noticia que leí recientemente: una empresa de limpieza sueca llamada Corvid Cleaning está entrenando a un grupo de cuervos en la recogida de colillas tiradas en la calle y otros pequeños residuos urbanos a cambio de comida. Ya veremos qué tal sale el experimento. Luego me viene a la cabeza de nuevo la gata Mel. Adivinando mi pensamiento, Charles Bukoswki me suelta:

—Mira, todo el mundo sabe lo que hace la cia, ¿verdad? Son como los tíos raros de la clase que siempre están fisgoneando y saben más que nadie. Pero, oye, aunque hayamos visto mil pelis de espías, siempre hay alguna historia que nos deja con el culo torcido. Y esta es una de esas. Resulta que los genios de la cia, en su infinita sabiduría, decidieron que era una buena idea entrenar a unos gatos para hacerlos espías. ¡Sí, has oído bien, gatos espías! Y lo llamaron la Operación Gatito Acústico, como si estuvieran haciendo una broma de mal gusto. El plan era sencillo: enseñarles a los mininos a moverse por habitaciones donde se trataban temas secretos de Estado y grabar todo lo que pudieran con micrófonos especiales. Oye, estamos hablando de la época de la Guerra Fría, cuando la tecnología de espionaje estaba más verde que una manzana sin madurar. Así que, para hacer espías de gatos, tenían que meterles un montón de cachivaches como antenas, micrófonos, transmisores y baterías. Mucho para que el pobre gato pudiera seguir viviendo como si tal cosa, ¿no te parece? Pero resulta que el cuerpo de los gatos no es muy bueno para estas cosas, así que decidieron poner los micrófonos en las orejas y conectarlos con un cable tan fino que parecía más una hebra de pelo. Y aquí viene lo mejor: ¿cómo coño iban a hacer que los gatitos espía no hicieran lo que les diera la gana? ¡Si los gatos son los dueños del universo, joder! La cia probó de todo, desde hacerles pasar hambre hasta darles premios cuando

hacían lo que se les pedía, pero esos gatos eran más tercos que una mula coja. Total, resulta que la idea no funcionó tan bien como esperaban. Supongo que los gatos se dieron cuenta de que no los estaban tratando con la suficiente seriedad, porque en vez de espiar se ponían a dormir, a cazar ratones o a lamerse el culo. No sé, igual los gatos no eran tan patriotas como pensaban estos genios de la cia. Pero lo peor de todo fue cuando uno de los gatitos espía murió dentro de la embajada rusa en Washington. Y entonces, las autoridades soviéticas pidieron explicaciones a la cia. ¡Menudo cagadón! Así que la Operación Gatito Acústico fue abandonada y esos gatos volvieron a ser libres para hacer lo que les saliera de los bigotes.

Le contesto a Charles que quizá hubiera funcionado mejor la cosa si hubiesen empleado a ratones hasta arriba de coca y con auriculares con los que pudieran escuchar música jazz. Por lo visto, un estudio científico publicado en la revista *Frontiers in Behavioral Neuroscience* ha demostrado que los ratones a los que se les ha administrado cocaína parecen preferir la música de jazz en lugar de la música clásica o el silencio. Siguiendo dicha línea de pensamiento, otras conclusiones de un nuevo estudio han dejado perplejos a los amantes de la música clásica, ya que se ha demostrado que los perros del centro de la spca (la Sociedad para la Prevención de la Crueldad hacia los Animales) en Dumbarton prefieren otros sonidos. En el estudio previo, realizado hace unos años, la música clásica era la favorita de los canes, pero en esta ocasión se han decantado por algo más… peculiar: el reggae y el rock suave son los géneros que les hacen sentir más tranquilos. ¿Quién lo hubiera imaginado? Parece que las melodías de Bob Marley y otros artistas pueden ser la clave para fomentar la calma y las siestas en nuestros amigos peludos.

—Buah, amigo —me dice Charles—, algún día los animales que usan en laboratorios para todo tipo de experimentos se rebelarán y nos harán pagar todas nuestras fechorías, una por una. Nos ha faltado tiempo para probar de todo con ellos. ¿Sabes que un grupo

de científicos hizo un experimento con monos para ver si aprendían a usar el dinero? Pues al cabo de unos días los monos empezaron a robarse el dinero entre ellos y en menos de una semana ya habían inventado la prostitución. ¿Te parece poco? Pues escucha, colega, te contaré una historia de esas que no salen en los libros de historia convencionales.

»Resulta que en la Francia del siglo XV, el rey Luis XI era un sádico amante de la tortura de animales. Sí, lo sé, un psicópata de tomo y lomo. Este tipo, al que apodaban el Rey Araña, mandó construir un instrumento musical llamado piganino. ¿Y cómo se tocaba este engendro? Pues con el chillido y los gruñidos de unos pobres cerdos a los que previamente había torturado. El creador de esta aberración musical fue el abad de Baigné, un tipo aficionado a inventar instrumentos musicales. Según la leyenda, el rey le retó a crear un artilugio que utilizara el sonido de los cerdos como base para una melodía. El abad, que no era ningún santito, se dedicó a criar cerdos de distintas razas y tonos de voz. Después los encerraba en unas jaulas con un teclado conectado, y cada vez que pulsaba una tecla, una púa les hacía daño y emitían un chillido que formaba parte de la sinfonía macabra. Algunos lo llaman armonio de cerdos, otros *porko forte* o *schweineorgel* en alemán, y también hay quien se refiere a este instrumento como *l'orgue à cochons* en francés. Y por si esto fuera poco, en otras partes del mundo también hay referencias a instrumentos similares con gatos, sí, has oído bien, gatos. Pero esa es otra historia…

Le contesto a Charles con otra anécdota en referencia a nuestro uso de los animales. En la localidad de Pewsey, al suroeste de Inglaterra, un grupo de bomberos experimentaron la sensación de saborear el fruto de su ardua labor cuando recibieron una remesa de salchichas provenientes de unos cerdos a los que habían rescatado de un feroz incendio, junto a un par de cerdas. La granjera encargada de estos animales, Rachel Rivers, agradeció a los valientes rescatistas y les prometió que enviaría las salchichas cuando los animales fueran sacrificados. En una publicación en

Facebook que más tarde fue eliminada, el equipo de bomberos recomendó estas deliciosas salchichas a sus seguidores, animándolos a que las probaran en sus barbacoas de fin de semana. Suena *Piggies*, de los Beatles, y a dicha canción atribuyo mi alucinación.

Entonces Charles contraataca. Hay que elegir, al menos, tu animal de compañía. ¿Conoces a Marius Els? Imagino que no, claro. Pues Marius era un tipo de Sudáfrica que murió en su propio terreno a manos de su mascota, un hipopótamo. Resulta que este loco le tenía un cariño especial al hipopótamo, un tal Humphrey, que había adoptado cuando el animal solo tenía cinco meses. Hasta le construyó un lago y todo. ¿Y qué pasó? Que el animal, que pesaba una tonelada, lo atacó ferozmente y lo mató. Encontraron el cuerpo mutilado del granjero en el río que recorre su finca de 1,5 km^2 en el noroeste del país. Así son las cosas, ¿no? Es como la fábula del escorpión y la rana. «Lo siento, es mi carácter».

Luego están los príncipes saudíes y su devoción por los halcones; por ejemplo, uno que pagó ochenta billetes de avión para llevar en cabina a sus ochenta halcones. De todas formas, los halcones viajaban atados y con los ojos cubiertos.

Décimo incendio del día. Recibo un mensaje de Xavi: con su buen rollo habitual, me recuerda que tengo que preparar y grabar la colaboración semanal del programa *El món de Jordi Basté*, llamado *Santify*. Como me largo a México, necesito encontrar catorce temas interesantes, con sus respectivas canciones. Lo apunto para el viernes, aunque cada vez me cuesta más procrastinar, y mira que de eso sé un rato. Vamos, que era el rey de la procrastinación. Me invento un trabalenguas endiablado: «Mi mente está procrastinando. ¿Quién la desproscrastinará? El desproscrastinador que la desprocrastine, buen desprocrastinador será». Ríete tú del tres tristes tigres.

Cambiando de tema: empieza a haber más mosquitos de lo normal en estos días del año. Si eres de los que usa raquetas para matar mosquitos, tienes que saber lo siguiente. En el momento de la electrocución, el insecto simplemente se quema y se descompone en pequeños fragmentos en una nube de humo, así que es mejor no acercarse demasiado a la zona donde hemos explotado al bicho, ya que lo que estaremos haciendo es algo así como un vaho de mosquito.

Charles Bukowski desaparece sin más, como un mosquito tras el paso de la raqueta eléctrica. Se volatiliza, y no inspiro fuerte, por si acaso. Empiezo a hablar con una mujer de mi edad, quien me cuenta que los perros que pasea no son suyos sino de su cuñado. Que ella en realidad lo que tiene en casa es un gato egipcio. Resulta que esta mujer decidió comprar un gato de esta raza porque, según ella, es la más elegante y sofisticada de todas las razas gatunas. Pero lo que no sabía es que ese gato egipcio había sido sometido a una operación que le había fastidiado hasta tal punto que no podría controlar sus esfínteres, así que tenía que usar pañales. A la mujer no le importaba en absoluto el hecho de tener que limpiarle el culo cada puta noche a las tres de la mañana cuando el minino con piel de pellejo se despertaba maullando y sucio. Para ella, el amor que sentía por su gato era más importante que cualquier cosa. Porque, acaso en un entrañable ejercicio de autoengaño, argumentaba que lo verdaderamente importante es que el gato no dejaba pelo por todas partes. Claro, claro, le dije, sin poder salir de mi asombro. Así que la mujer paseaba por el parque presumiendo de su gato, diciendo a todo el mundo que no dejaba pelo. La gente la miraba extrañada, pero ella no les prestaba atención, estaba demasiado enamorada de su gato egipcio cagón.

Suena la penúltima canción de mi playlist. Ni más ni menos que *Death With Dignity*, de Sufjan Stevens. El tema no me lleva precisamente al primer capítulo de la serie *This Is Us* —medio mundo conoció esta canción gracias a la serie—, sino que me transporta a un lugar de mi pasado contrario a su indescriptible

ternura melódica. Tenía quince años, eran las nueve de la mañana y acababa de terminar una noche entera de trabajo en la panadería de mis primos. Era verano, y así me sacaba unas perras, que irían a parar en su totalidad a la compra de vinilos, por supuesto. El caso es que andaba desayunando en un bar junto a mi primo Josep. El bar estaba lleno de periquitos enjaulados, casi una docena de jaulas. De pronto uno de los pájaros escapó de su jaula y salió por la puerta con claras intenciones de no volver jamás. Acto seguido, el gato del bar salió en su búsqueda; el bicho no miró ni a izquierda ni derecha, y un coche lo arrolló, con tan mala pata que el golpe en el cráneo le sacó los ojos de sus órbitas. Quedaron colgando por las arterias. Juro que es cierto, y mi primo podría corroborarlo. Al puto gato le colgaban los ojos unos dos centímetros, completamente fuera de las cuencas. El bicho aulló como una pantera, me atrevería a decir que no era un maullido de dolor, sino de enfado, algo así como un *Fuck!* Cayó al suelo y quedó un par de segundos en silencio. Acto seguido, y para susto de los parroquianos, el minino tuvo un primer espasmo que le hizo volar del suelo un par de metros. El segundo espasmo, tres metros. Luego quedó pajarito. Aún puedo recordar la voz de la dueña del bar. «Ayyyy, la madre que lo parióóóó». Su marido, ni corto ni perezoso, pilló al gato de los ojos colgando por el gaznate, y lo lanzó al contenedor. Luego se frotó las manos y dijo «Bueno, pues ya lo tendríamos», con un estoicismo que aún hoy recuerdo como uno de los momentos más bizarros de mi juventud.

Death with dignity? Los cojones.

Vuelvo a casa escuchando un tema que casi llega a fundirse con el ocaso. Y me viene a la cabeza un final de concierto muy especial, el de Portishead en Razzmatazz, concierto que acabó con *Numb*, y acto seguido, una maravillosa Beth Gibbons excusándose ante los allí presentes con un descojonante y tierno «Es que me estoy haciendo pipí», mientras retorcía sus delgadas piernas.

Year of the Cat, Al Stewart
Perfect Day, Lou Reed
Only You, Yazoo
Elephant Gun, Beirut
Oração, A Banda Mais Bonita da Cidade
Black Hole Sun, Soundgarden
Piggies, The Beatles
Death With Dignity, Sufjan Stevens
Numb, Portishead


TITANIC
LONDON

9. **CANCIONES QUE MOLAN AÚN MÁS CUANDO VAS PUESTO DE ALGO**

YA SEA DROGAS, ALCOHOL… O IMÁGENES

1 de la mañana //

Días extraños en un año raro, donde Love of Lesbian acaba una gira y sin embargo a mitad de año los niños rata empezamos a grabar disco. Servidor le ha echado más leña al fuego con un libro de entrevistas y este que ando escribiendo en el que narro todo lo que me pasa por la cabeza. Todo Dios duerme en mi casa. Después de cenar me retiré a mi estudio para contestar infinidad de mails, y ahora mismo estoy delante del televisor y me quiero fumar un cigarrillo de marihuana —hacía un mes y medio que no abría la caja, no sé, supongo que la necesidad de fumar me viene a rachas o mi vida familiar hace que no lo necesite—, pero me doy cuenta de que la bolsa ha desaparecido. ¿Habrán sido mis hijas? No, eso es inconcebible. Joder, ya sé que cuando salen de casa hacen y deshacen como quieren, pero este escondrijo solamente lo conocemos Núria y yo.

Undécimo incendio del día: no encuentro la maría. Remuevo toda la casa. Cuando todo está a oscuras parece que las cosas hagan más ruido. Finalmente, recuerdo que dejé la bolsita en el cajón de los calcetines, por motivos que solamente un chalado podría tener, y que, para más inri, ahora mismo no recuerdo. Me hago el mai y a la segunda calada le echo una ojeada al móvil. De nuevo observo cómo el dalái lama le dice a un niño *Suck my tongue*, convirtiéndose en una de las imágenes más perturbadoras del año. También vuelve a aparecer la noticia de Sánchez Dragó. Ahora me

entero de que había dado los buenos días a sus seguidores con un gato en lo alto de la cabeza tres horas antes de morir de un infarto. Dos minutos después leo en una artículo que, según Björk, la canción que más veces se ha tocado en los últimos veinte años es una llamada *Kijom Kijom* de una agrupación indonesia llamada Haba Haba Group. Preso de la curiosidad, me dispongo a buscarla. Bien. Me reafirmo en que Bjork es de otro planeta y también pienso en la enorme diferencia de percepción de la música en función de tu estado mental. Drogarse, en definitiva. ¡Cuántas veces habré disfrutado de un tema fumado como una rata y al día siguiente, en un estado normal, sospechar que mientras dormía un duende malvado le ha extraído el alma a esa canción! Una vez, llegué a escuchar *Cellphone's Dead*, de Beck, unas once veces consecutivas, y no porque sea un temazo —Beck tiene mejores— sino porque me dio de lleno cuando lo escuché ligeramente intoxicado por el mdma. Recuerdo escucharla en un curioso trance, hace ya un par de meses en La Casamurada, analizando cómo era posible que el bueno de Beck combinara dos partes armónicamente tan dispares hasta llegar a la parte final, donde si uno lo escucha con auriculares —y bueno, si es con M mejor—, se dejará llevar por unas percusiones que oscilan de derecha a izquierda de tus oídos hasta ponerte felizmente idiota. Sea como sea, Beck es el nombre que me viene a la cabeza si intento personalizar en alguien el concepto de libertad artística. Tal fue mi excitación, que a las seis de la mañana escribí. «Necesito desafiar los límites y explorar las posibilidades más arriesgadas, como *Cellphone's Dead*. Un día quiero escribirle a alguien: Me gustaría follarte al estilo Beck».

Sin embargo, al día siguiente la escuché de nuevo y de mi boca salió un ramplón «ta bien, seh». Con respecto a esas músicas que funcionan cuando vas puesto de algo, me viene a la cabeza la diferencia de excitación que experimenté en mis carnes con *El ravero* de El Niño de Elche y Los Voluble en un capítulo de *Cardo*, a escucharla en la cocina el día después. Fue un impacto de los fuertes. Hoy en día sucede que la fusión de la música con la imagen

se convierte a veces en algo tan indisoluble que si no vamos con cuidado Shazam acaba siendo una especie de buhardilla donde vas guardando las cosas con las que no sabes muy bien qué hacer. Me gusta mucho El Niño de Elche, pero *El ravero*, en concreto, solamente la disfruto cuando voy cieguísimo de maría.

En otras ocasiones la distancia entre una y otra sensación no es tan radical. Sin ir más lejos, hay un encantador tema de los Hot Chip que describe bastante bien el ruido de mi pensamiento: «*Una y otra vez, una y otra vez, como un mono con un platillo de miniatura, la alegría de la repetición realmente está en ti*». Y es que demasiado a menudo siento que dentro de mi cerebro vive un mono. ¡Joder, Björk, deberíamos bailar los dos este divino tema, déjate de Kijoms Kijoms o Teneke Tonoko! Tú y yo, saltando como locos, *over and over*… Maldita sea. Es la una de la madrugada de un lunes cualquiera (ya martes) de un abril sin lluvia, y sin venir a cuento me han entrado unas ganas de fiesta que me cuesta controlar. Es lo que pasa con según qué canciones. Estás pensando en suicidarte, la escuchas y dices «al diablo con todo, necesito ponerme como las Grecas, bailar como un mono tocando un címbalo, algo muy improvisado, muy tonto, dejándome llevar, simplemente, como una ameba en el océano del sonido sin importarme una mierda quién me observa en mitad de la pista». Sí. Hay que ir con cuidado con ciertas canciones, porque son como el amigo malo que te llama y te dice. ¿Te vienes? Por cierto. Hablando de lugares remotos donde *Kijom Kijom* podría ser un hit. En un idioma australiano aborigen llamado dyirbal, hay cuatro categorías diferentes de numerales para contar personas, y cada una de ellas solo llega hasta el número 7. A partir del 7 se utiliza un término genérico que significa «muchos». Es decir. Si tu mujer te pregunta a cuántas personas has invitado a tu cumpleaños y son más de siete, lo tienes fácil. ¡Muchos! Todo queda claro, así como la cantidad de bebida, sándwiches o costillas de cerdo. Dicho sea de paso, sospecho que la nasa no tiene pensado reclutar a sus matemáticos por aquellos lares.

A colación con mi pensamiento aborigen, acabo de recordar que el plural en malayo también tiene guasa, nada de las mamadas que hacemos en español con solo añadir una «s» al final de la palabra, nah, ni hablar, ellos se las arreglan para duplicar la palabra. Si quieren hablar de varios muchachos, no dicen «muchachos», sino «muchacho-muchacho», o en su lengua, «budak-budak lelaki». Y si quieren hablar de varias mujeres, dicen «perempuan-perempuan». Es decir. Si te llama un amigo en Malasia y te encuentras en un atasco, dirías algo así como «La autovía está a reventar de coche-coche. Pero bueno. Al menos llego tarde a la oficina, que está llena de idiota-idiota». Me gusta. Reincide, redunda, enfatiza. Pero también puede ser que la marihuana esté trepando por las paredes de mi cerebro.

También me ha sucedido, y no pocas veces, ver una serie y enamorarme fugazmente de una canción. Hacer un Shazam y dejarla allí, como dirían los creativos, en la nevera. Con Shazam sucede muchas veces lo mismo que con la droga. En el contexto de la serie, por ejemplo, cuando suena *Congregation*, de Low, al inicio del capítulo 2 de *Devs*, uno piensa automáticamente que con este tipo de imágenes una banda podría ahorrarse un videoclip. Doblando la apuesta, si una de mis musas, Margaret Qualley, aparece bailando mientras hace autostop a la vez que suena *Hang on Sloopy*, y Brad Pitt sonríe con aquella expresión que solamente significa «Estoy de vuelta de todo, pero, chica, eres jipi, bella y pizpireta», pues me han vendido la moto por momentos. Sin embargo, cuando escuchamos la canción de manera aislada, tal y como si extrajéramos un pez de la pecera y lo pusiéramos en el friegaplatos, te das cuenta de que, en fin, dejémoslo, en realidad fue el efecto Qualley. Bien mirado, podría escuchar en bucle una de las canciones a las que más tirria tengo, *Zombie*, de The Cranberries, si la hermosa Margaret Qualley la bailara descalza con su sonrisa rompealmas. La yuxtaposición de imágenes y música, cuando encajan, genera un cóctel que puede derivar en matrimonios indisolubles. Por ejemplo, sin ir más lejos, *Moon River* con Audrey Hepburn tocando dulcemente una guitarra

con aquellos dedos largos y una sonrisa ensoñadora en *Desayuno con diamantes*. A mí, personalmente, me resulta imposible dejar de asociar esa melodía con aquella escena.

Moon River es el ejemplo de la canción absoluta. Su progresión es tan natural que a uno le da la sensación de que ya existía antes de ser compuesta y solo faltaba que alguien como Henry Mancini la sacara de la zona oscura donde nos esperaba a todos. Cada parte es consecuencia de la anterior y causante de la siguiente. Es, probablemente, de aquellas canciones que aspira componer cualquier autor. Un tema en apariencia sencillo pero, si se estudia casi de manera matemática, uno descubre que no necesita ningún añadido ni le sobra una sola nota, justo lo que sucede con el inicio de *Lolita* de Nabokov. «Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo-li-ta». Buf. La impresión que tuve al leerlo por primera vez aún perdura en mí. Ya que estamos, acabo de recordar que por lo visto Audrey Hepburn amaba tanto *Moon River*, que llegó a pedir que se la tocaran en su lecho de muerte.

Otro claro ejemplo de matrimonios donde ambas partes —música e imagen— ganan con la alianza es la escena en la que el señor Rubio (Michael Madsen) baila ante su víctima *Stuck in the Middle with You* en la espectacular *Reservoir dogs*, mientras lo tortura. O el malo malote deAlex DeLarge, interpretado por Malcolm McDowell, quien tararea con voz de psicópata ultrapuesto el clásico *Singing in the Rain* antes de perpetrar una de sus infames fechorías en *La naranja mecánica*. ¿Qué pensó Gene Kelly cuando vio aquello? Pues bien, aunque en un principio le pareció una idea espantosa, el bueno de Kelly tuvo que admitir que había quedado impresionado por la capacidad de Kubrick para readaptar esa feliz canción para una escena delirantemente violenta.

El matrimonio del cine con la música tiene centenares de casos, de ideas felices, desde canciones que en apariencia contrastan, como *Singing in the Rain*, hasta canciones hechas a medida, como el tema de amor de *Romeo y Julieta* (la de Franco Zeffirelli), compuesto por el infalible Nino Rota, donde, por cierto, aparece Olivia Hussey, la cara ovalada por excelencia, y la actriz que me hizo creer y adorar por un par de horas a la Virgen en *Jesús de Nazaret.* Y es que la yuxtaposición de los sentidos te lleva a eso. Margaret Qualley, Olivia Hessey, Jessica Lange semidesnuda en la palma de la mano de *King Kong*, cualquier actor o cantante que aparezca convenientemente aromatizado por luces, música, acción épica o erótica, convierte a cualquier ser mundano en una especie de extraterrestre. ¡Cuántas veces he advertido el cambio de actitud de una persona al enterarse de que canto en una banda conocida! Este tipo de situaciones, vomitivas hasta decir basta, me recuerdan una frase de Cassius Clay, o Muhammad Alí, cuando dijo: «No confío en las personas que son amables conmigo pero tratan de manera grosera a un camarero, porque me tratarían a mí de esa manera si estuviera en otra posición».

Como era de esperar en mi estado, vuelve a aparecer Charles Bukowski. Le advierto que con el alcohol no tengo tantas experiencias, ya que soy —por motivos que no vienen al caso contarle— casi abstemio. Si acaso, puedo evocar algún tipo de pico eufórico con *Fiesta*, de The Pogues. El poeta maldito se sirve una copa imaginaria a mi lado y me suelta:

—Hablando de alcoholismo. Mira, aquí te va una historia sobre Bill Wilson, el cofundador de Alcohólicos Anónimos. Resulta que después de treinta y siete años de sobriedad, se estaba muriendo de neumonía. Así que, como cualquier persona normal, pidió tres tragos de whisky para calmar el dolor. Pero aquí está lo interesante: le negaron su último deseo. Eso es lo que dice Susan Cheever, biógrafa de Wilson, quien se enteró de la solicitud y de la negativa gracias a los registros médicos de las enfermeras. Así que, aunque parezca increíble, este tipo se mantuvo sobrio desde su último trago en 1934

hasta su muerte en 1971. Aunque al final, quizás lo que realmente necesitaba era ese whisky. Quién sabe, quizá lo habría ayudado a morir con un poco más de paz. Pero bueno, así es la vida, a veces te niegan lo que más necesitas.

Contraataco diciéndole que hubo una vez un pobre tolai que robó una joya valorada en 150.000 dólares para cambiarla por una bolsita de marihuana. Hay que ser muy tolai, sí, me contesta Charles mientras apura su primera copa a mi lado.

Por cierto, hoy en día en Estados Unidos hay más gente que fuma marihuana que tabaco. Ver para creer. De hecho, Mahattan ha dejado de oler a perrito caliente. Nah. Ahora flota en el aire algo así como Oxígeno Indicosátivo.

—Pues hace relativamente poco, en 2014, un hombre dio positivo en un control de alcoholemia rutinario sin haber ingerido una sola gota de alcohol. Por lo visto los carbohidratos que había desayunado los sintetizaba en alcohol. Una extraña enfermedad, un poco envidiable, a decir verdad, je, je. —De repente, Charles Bukowski se ha quedado como en trance. Acto seguido, y como si alguien le pinchara en los glúteos, ha dado un bote y ha soltado—: ¡Hey, amigo! ¿Quieres escuchar una historia loca del Titanic? Pues aquí te va: resulta que había un tipo llamado Charles Joughin, un panadero en el barco que, cuando se hundió, ¡sobrevivió gracias al whisky! Sí, lo que oyes, el whisky. Resulta que Joughin era un tipo listo y sabía que el Titanic se estaba hundiendo, así que se preparó para lo peor. Agarró una botella de whisky y la fue bebiendo mientras el barco se iba a pique. De hecho, dicen que estaba tan tranquilo, que incluso ayudó a otros a subir a los botes salvavidas. Cuando llegó la hora de saltar al agua helada, Joughin todavía tenía la botella de whisky en su mano. Y ¿sabes qué paso? Bueno, al final, gracias a ese whisky, Joughin logró esquivar la hipotermia en el agua fría y sobrevivió. Llegó todo helado y borracho al bote salvavidas, pero al menos estaba vivo.

Le pongo a Charles *Pedro Navajas*, cantada por Rubén Blades. La canturreamos un rato. Esta canción pertenece a una coyuntura muy concreta de mis recuerdos: las fiestas de Gràcia, el barrio al que le debo los primeros ciegos de mi juventud, al haber vivido allí, ni más ni menos, rumbeando como un loco, porque, claro está, todo catalán mueve el culo con una rumba catalana. Es como nuestra particular Viagra espiritual. *Pedro Navajas* es alcohol y es verano. Por el otro lado, *Hummer*, de The Smashing Pumpkins, y *Only Shallow*, de My Bloody Valentine, son hachís y un día horroroso de otoño. Misma época, sustancias diferentes, sensaciones radicalmente distintas. Cuando finaliza la escucha del par de temas chocolatianos, Charles me suelta algo así como: «Yo soy más de *Pedro Navajas*». Ni que lo digas, Charles.

Cambiando de tercio, busco YouTube en mi televisión lista y le pongo a Bukowski un tema bastante reciente llamado *Territory*, de una banda actual llamada The Blaze. Charles la escucha y la observa con atención. Este es otro de los temas que gana quilates al ver el vídeo, que narra el regreso de un emigrante norteafricano a su tierra de origen y conecta de nuevo con su familia y sus amigos mientras cuenta su periplo en Europa, o al menos, eso es lo que yo he entendido.

Luego no tengo más remedio que ponerle *Copy of a*, de los Nine Inch Nails, pero no me sirve cualquier versión en directo, sino una en concreto: la que puedes visionar en su Nine Inch Nails Tension, del año 2013. No es difícil encontrarla, ya que es el primer tema de un espectáculo visual absolutamente deslumbrante. Y doblo la apuesta explicándole al bueno de Charles que este tema hay que escucharlo a un volumen descomunal y dejarse llevar por el ambiente frenético, tanto por la música como por las jaulas lumínicas donde parecen encerrados todos los miembros de NIN. Trent Reznor es un fanático de la tecnología. Una vez se compró un montón de equipos para crear su propio estudio de grabación en su casa, y lo instaló todo él mismo. Después de un par de días, decidió que no le gustaba cómo había quedado, así que lo desmanteló todo

y lo volvió a hacer desde cero. ¿Un tipo obsesionado con la perfección? Pues teniendo en cuenta que empezó a trabajar de joven en un estudio de grabación como chico para todo y, según sus jefes, cuando fregaba el suelo lo dejaba tan impoluto que parecía nuevo, está claro que es así. Me da envidia esta gente, aunque tengan que pasar por un calvario creado por ellos mismos. Mi pensamiento, en cambio, es un maldito zigzag mareante. No puedo andar componiendo una sola canción sino once. Trabajo en una durante un rato. Cuando me aburro me largo hacia otro lado, como el mismísimo Peter Sellers hace en el chalet de *El guateque*, y también muchas veces cuando entro en una habitación la lío parda.

Para salir de estos atolladeros mentales, nada mejor que una técnica que me ha ayudado sobremanera durante estos últimos años, en concreto desde la creación de *El poeta Halley*, y no es otra cosa que la meditación trascendental. Le digo a Charles que ahora no es el momento, pero si hablamos de entrar en situaciones mentales absolutamente sanadoras a partir de un sonido, mantras tales como *Om so hum* repetidos de manera constante son mano de santo. Servidor hizo un curso de meditación trascendental en Barcelona. Creía, y lo sigo haciendo, que hacía falta la guía de un experto, así que me puse en manos de Pedro Lario. Estamos en una época donde las prisas nos hacen pensar que mejoraremos nuestra salud viendo tutoriales de fitness. Hay tutoriales sobre cualquier cosa. Seguro que si buscas un tutorial sobre cómo poner un condón con la boca, te encontrarás a alguien con un plátano haciendo el mongo mientras explica «tenéiz que bajar el condón juavemente, intentando gue loz diendez do gozen el glande». Si quieres aprender piano, guitarra, cajón gitano, estás a un solo clic de lograrlo… El mundo se ha convertido en un escaparate de tutoriales. Falta saber si dentro de unos años aparece un tipo tocando la guitarra como Jimmy Page, que diga que todo se lo debe a un tutorial de YouTube. Me temo que no será así. Hay estudios que hablan sobre la cantidad indecente de personas que acaban abandonando un curso universitario on line. El porcentaje varía según si el curso es gratuito

o no, pero, al menos en el caso de los gratuitos, solamente finalizaban el plan de estudios un paupérrimo 5 % de los que un día lo habían iniciado. Lo que nos viene fácil, fácil lo abandonamos. No es lo mismo salir de casa, agarrar tu instrumento, coger el metro y llegar cada día al Taller de Músics, que practicar un solo de guitarra espachurrado en el sofá, sabiendo que nadie va a juzgarte. Necesitamos que la tribu nos acepte. Incluso que nos regañe. Necesitamos espejos.

Pensando en guitarras, me ha venido a la cabeza un hombre que ha convertido el esqueleto de su tío —es decir, la caja torácica, columna y coxis— en el cuerpo de su guitarra eléctrica. Como era de esperar, el hombre es aficionado al metal, imagino que del subconjunto, death metal. Ignoro, eso sí, cómo demonios consiguió el esqueleto de su tío y quizá no quiero saberlo.

El silencio también es música. En realidad, le digo a Charles que es mi canción preferida. No hay nada mejor que el silencio, y más teniendo en cuenta que dentro de mi cerebro siempre hay melodías. Hubo un tiempo en el que andaba tan obsesionado con la composición que cualquier ruido me parecía el inicio de un tema. Hasta que llegué a la enfermiza sensación de que las personas cuando hablaban estaban interpretando una partitura. Incluso la imaginaba y transcribía dentro de mi cabeza. Como es lógico, dicha fijación dificultaba enormemente la comprensión de lo que estaba diciendo mi interlocutor. No era oído absoluto, no. Era un oído histérico. Al final, la meditación trascendental me hizo valorar ese silencio que a la vez es fuente de cualquier buena idea o canción que haya surgido a lo largo de toda mi vida. También hay gente que odia el silencio. Jamás lo entenderé. Por cierto, hay un motivo científico por el cual necesitamos bajar el volumen de nuestra radio cuando aparcamos el coche. Y es que por lo visto la música altera casi todas las áreas de nuestro coco. Aparcar, que requiere toda nuestra atención, choca de lleno con escuchar música, arte invasiva donde las haya.

Ahora tengo que aparcar mi cabeza en un lugar.
La cama. Se haga el silencio.

PLAYLIST

Cellphone's Dead, Beck
Moon River, versión de Audrey Hepburn
Congregation, Low
Hang On Sloopy, The McCoys
Stuck in the Middle with You, Stealers Wheel
Singing in the Rain, Gene Kelly
Fiesta, The Pogues
Pedro Navajas, Rubén Blades
Hummer, The Smashing Pumpkins
Only Shallow, My Bloody Valentine
Territory, The Blaze
Copy of a, Nine Inch Nails


HOTEL

10. **CANCIONES PARA ESCRIBIR LO PRIMERO QUE TE SALGA DE LA CABEZA**

Y LUEGO ENCONTRARLES A LAS MEJORES FRASES UN HOGAR DE ACOGIDA

2.15 de la mañana //

Toca mi momento lírico en el que usaré la escritura automática inverosímilmente veloz. Procedo a escribir lo primero que me pase por la cabeza. Para el caso, la lista de reproducción será un directo de Radiohead, banda que me permite tanto abstraerme como interrumpir mis pensamientos con la misma intensidad. A ver qué me sale hoy, pienso. Luego, como siempre me sucede, deberé mirar esos extraños frutos y discernir qué frase puede encajarse en una de las melodías que tengo en mente. Otras quizá vayan destinadas a un cortometraje que probablemente nunca tenga el coraje de dirigir. Algunas serán el germen de un poema. Otras, la inmensa mayoría, acabarán en el limbo de las frases malas, pésimas, o, cual calcetines desparejados, esperando algún día ese proyecto donde puedan encajar. Lo que sí que tengo claro es que muy raramente lo que escriba tendrá que ver con lo que hoy me ha sucedido. Esas no son las reglas. El inconsciente trabaja de otra manera. Viaja al pasado, recupera cosas. Luego se proyecta en el futuro, y si se pasa por el presente, quizás es porque tiene sed y pilla algo de la nevera. Por cierto, tengo que apuntar que faltan yogures líquidos, bebida a la que últimamente me he viciado cosa mala.

Desconecto el móvil. Claro. Aunque no me llame nadie, las ondas pueden interferir en mi proceso creativo y ahora mismo no quiero ningún tipo de interferencia, ni un duodécimo incendio. En fin. Allá voy. Pienso en lo que hablé con Iván Ferreiro. Escribir es una

tortura. Cada año que pasa dicho sentimiento va acentuándose. Pienso que ya he sido demasiado descarnado, delirante, emocionalmente pornográfico. Que ya podría quedarme callado para siempre. Pero algo en mí continúa vivo. Quizá la necesidad de saber si aquello sigue latente en mí, lo que una vez denominé como *El hambre invisible*. O descubrir si aún puedo sorprenderme a mí mismo, ejerciendo a la vez de escribiente y lector de todo lo que suelte mi inconsciente, lírico cuando le place, pero también muy burro cuando quiere. También necesito saber cómo llevo mi tolerancia actual al fracaso. Porque la cara oculta de cualquier creador es un vertedero de fracasos, y es precisamente la tolerancia al fracaso lo que te permite continuar. También duele ver lo que uno escribe. Como examinar tu vómito.

No pienso corregir nada. Ya habrá tiempo para eso, si algo de lo que escribo vale la pena.

Allá vamos.

YA.

Veo a gente narcisista en redes sociales, vomitando su felicidad en mi cara. *(¡Mal inicio! Frase insulsa. La temática la podría haber pensado cualquier hijo de vecino. Está demasiado anclada en un tiempo concreto. Mejora, Santi, no puedes hacerlo peor, esta es la buena noticia.)*

Asomas diferente cada día por la ventana, donde ese humo negro aflora. En ese lugar horrendo, ese camino tóxico, que nos llevaba al instituto. Ese atajo que nos quitó años de vida, ese camino soviético, ese páramo de muertos.

Me levanté de la cama y me descalcé, sintiendo la gélida invasión del suelo en mis pies. Las baldosas del lavabo eran ásperas y el dolor de las pequeñas piedras me hizo sentir más vivo que nunca. Me sentí como una mezcla entre pastora, monje y soldado, con la planta de los pies secas, sucias, agrietadas, pero en definitiva, viva.

Tuvimos la oportunidad de fracasar y la desperdiciamos.

Estoy cavando una tumba para lo nuestro.

Volví a fiarme de que el perro estaba atado, pero en el peor de los momentos, sale por mi lengua y no le molesta ladrar a todos los gatos. Al final, envalentonado, salta por el precipicio de mi boca para meter la pata de nuevo.

Fuimos cada orquesta de verano. Fuimos el verano. Fuimos todo lo que nunca sucede en las urbes. Fuimos niños tirados en medio de una calle donde nunca pasaban coches. Un asfalto calentado por un agosto aún discreto en sus formas. Debería haberte dicho si querías ser mi novia. Pero, aunque tenía ocho años, ya sabía que había ciertas cosas que no debían joderse con según qué preguntas a según qué horas. En el verano no hay preguntas. En el verano no puede haber más sombras que las de un árbol. Por tal motivo, aún somos amigos que guardan, cada uno en su mesita de noche, un diario en blanco de lo que nunca fue, y gracias a Dios que aún queda algo puro en mi pasado. Gracias a Dios que no lo hice. Gracias a Dios que ni se me pasó por la cabeza. Gracias a Dios que me conformaba con tenerte al lado justo en aquel instante, sin pensar en compromisos. Dios. Para no creer en Dios, agradezco mucho a Dios. El sueño de los justos no es la muerte, sino la niñez. Siendo realistas, el sexo aún no había dado su particular golpe de Estado.

Intuyo que tú eres el sueño que nunca recuerdo.

Quiero ser el alma de la virgen, ese espíritu inventado por tantos creyentes, durante tantos siglos, una amalgama de esperanza.

No sabes bien el favor que me hiciste cuando no quisiste ayudarme. Soy el que soy, ahora mismo, gracias a tu desinterés de otrora.

Siempre a favor de los vientos que barren recuerdos.

Dios se toca las pelotas y no se preocupa ni por un instante del tipo a quien nombró alcalde del paraíso.

Quizá es que hemos salido de órbita. Por eso todo es tan oscuro.

Te falla tu perfección. Eso es gravísimo.

Existe un laboratorio donde se crean las drogas que te harán patearte a ti mismo en una esquina.

Alégrate de tu felicidad, joven persona, durante un tiempo yo también me creí el favorito. Como una cúpula en medio de la ciudad eterna viendo pasar el atardecer de los siglos. Fui la música de los cláxones y el aleteo de los pájaros, y era la parte visual de todas las albas y crepúsculos. Indisoluble del horizonte, viajando hacia el trasluz y tendiéndome la mano. Yo fui un hueco entre la bruma. Alégrate, joven persona. Un día despertarás como un soldado agotado de hedonismo. Como si fuera todos los hombres que saciaron sus deseos y al mismo tiempo, quisieran advertir al resto que no hay nada más vertiginoso que llegar al final de un camino.

Recordé una vez que vi a un ser humano abandonado por su perro.

Hace poco tiempo, creé un nuevo tipo de negro.

Los focos me ensordecieron y los abrazos me cegaron. El ruido enmudeció mi voluntad, como si fuera un Cristo apalizado por un Lázaro que jamás pidió semejante violación a sus derechos como plácido difunto.

Todo late a mi alrededor, porque lo escucho y lo siento. Lates, lates. Quiero pedirte perdón, quiero decirte que te siento mucho.

Dudo mucho más de lo que me enseñaron, ¡no había sido educado para tanto dilema!

No es momento de arrastrarse por el fango, sino de jugar con él como un niño.

En este mundo en constante cambio, necesito un tema para el día que se mueran las cosas. No quiero morir furioso. Como si necesitara ponerme gafas para ver la verdad detrás de las palabras que escribo.

¡Noticias, noticias! En la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos, se pidió flexibilidad a los vecinos de la ciudad, bajo el pretexto de que aquellos violadores dejarían dinero. La noticia me

dejó un sabor agridulce, como si algo estuviera mal en todo esto. Coño, pues claro, joder.

La fiesta de fiesta es trabajar.

Último aviso. ¡Deje de lamer el pastel y salga con las manos en alto!

Debemos construir un puente entre nosotros con las piedras de nuestro rencor, y aunque será alto y majestuoso, la corriente de lágrimas pasará por debajo.

En este espíritu caótico que me fue donado, necesito una rebelión de las fuerzas del orden contra mi entropía. Y a la vez, la rebelión de las fuerzas de la entropía contra mi orden.

Si tiras de oficio caerás en el vicio.

Vengo de la reunión quincenal de dirigentes y máximos accionistas de un banco cuyo nombre no os puedo decir pero ya os aviso. Vais a lamer la tapa de los yogures como si no hubiera un mañana.

Esta noche Madonna ha celebrado una despedida de su antigua cara.

He soñado que era cuidador de cientos de pájaros enjaulados, propiedad de un torero fascista.

Quiero ser tu tormenta de luz en las afueras del mal. Mientras, tú, mi ejército de salvación.

¿Necesito ponerme gafas para que me digas que soy mínimamente listo para seguir tu disertación sobre los tontos?

Quedemos un día de estos. Pediremos un café con empatía.

Ebriedad, divino tesoro.

Estamos sobreestimulados por un aluvión de imágenes, nada tangible, como una masturbación reiki.

Necesito componer un bolero furioso.

Eres tú quien tienta al diablo. Es la droga quien está viciada a ti.

Podemos dar vueltas de campana y recomponer la velocidad, ventajas de las hostias como panes que nos hemos dado.

Somos beduinos de una ciudad dormitorio.

Mi principal virtud, sin lugar a dudas, es el estilazo que tengo al tirar la basura.

Aunque soy mitad demonio, mitad estramonio, mitad golfo y mitad aburrido, todavía hay mucho que aprender y buscar las piezas del puzle, todo lo que aún no he vivido. Todo ese gozo. El que me prometieron los seres-espejo antes de enviarme a esta vida en forma de pequeño pendejo.

Rejuvenecer las letras, las relaciones, los discos, y el plumaje de los pájaros.

Disidencia musical, bombardear cementerios
de recuerdos.
Preocúpate si para ti siempre es Día de Todos los Santos.

Puedes jugar a ser poeta siempre que sigas algo sano. Un minuto, al menos, al año.

Comes en fases, y lo intercalas con intermedios vomitivos. Un exorcismo casi siempre es positivo, pero ¡ay del artista que al expulsar al demonio nota un vacío, que, si no vas con cuidado, los ángeles mundanos llenarán de infumable mediocridad!

¿A ti quién te ha dicho que disfruta el jardín de tus tijeras?

Segunda revolución.
Aquí estamos, hemos llegado,
en el palco te encuentras, con risas y más dinero que antaño.

La gente dice que la torpeza atrae al caos, pero también insufla encanto en tu ser.

Soy esclavo de la libertad.

Diría que no hay nada más que ver en mi cuerpo desnudo. En el tuyo, todo.

Qué buena decisión habernos amado a oscuras. Tenemos una edad.

Estoy recopilando firmas para construir una planta química de atracción física entre nosotros.

Oh, venga, va, fijemos la diferencia horaria entre recuerdos y premoniciones. Tengo el típico jet lag de un viajero del tiempo.

Eres la musa de tu endocrino.

Te leo a ratos, y es la atención que te presto, el signo de estos tiempos dispersos.

Quizá no hubieras decidido ser actor si te hubieran dejado repetir aquel primer partido de fútbol de tu vida, ya sabes, aquella orgía de torpeza que provocó que te eligieran siempre el último, en el patio que se convirtió, cada mañana, en un templo recordatorio de tu Autoestima-Titanic.

«Hasta la tumba y más allá» es una definición muy emo.

Morir en el intento me parece algo exagerado.

Soy forofo de los pájaros en tu cabeza y de los dentistas silenciosos.

Me obsesiona metértela en mis insomnes horas. Aunque jamás quieras entregarte a mí de manera única, no me importaría comprar una semana de multipropiedad en tu paraíso de piernas.

Me fui de la fiesta dejando atrás risas elegantes y envidia en las miradas. ¿Vieron a ese hombre? ¿No es admirable lo poco que se ha dado cuenta de su payasismo?, dijeron cuando salí. Sin embargo, en la puerta de la mansión había una flor que arranqué para susurrarle «Rosa, no me huelas».

Señora de botox y visón, tienes mucho tirón entre los carteristas.

Haré furor en TikTok con mis difíciles ritos de baile.

Tiene que ser jodido que te definan como «irrisorio».

Tengo una herida en mi piel que sangra si se mira y duele si se olvida. Nada puedo hacer.

¿Sadomasoquismo esta noche? Si preguntas por mi opinión ante tu propuesta, te diré que estoy totalmente *de cuero*.

En la planta quince de un hospital,
hizo la fotosíntesis un cuerpo vegetal.

Azoteas de edificios, senderos para suicidas.

Amenaza de la paz interna para un creador.

Un breve lapso de eternidad podría ser el arte.

Todos los militantes al partido, to-dos, se postularon para ser líderes. En las primarias hubo un empate eterno entre miles de personas.

Amigo mío. No quería decirte nada, pero la vi ayer, hablando con todos, hablando de todo menos de ti. Tiro de la cabeza en mis momentos de autismo espiritual.

Los ganadores absolutos también necesitan terapia.

Reímos cuando nos dimos cuenta de que habíamos salido de aquella suite sin ropa. ¿A quién se le ocurre dormir en un hotel de tu ciudad?

Un gas explosivo hizo una rosa en el cielo.

Ayer llegué a sentirme alto. A veces, es necesario sentirte alto. Porque otros días te verás como la peor carta del Tarot imaginado. El asno con nueve dientes. ¡Te ha salido el asno con nueve dientes! Y todos los allí presentes se largaron de la consulta de la vidente como si hubieran visto al demonio. ¡A ese tipo le ha salido el Asno con nueve dientes! Una carta, claro está, que aparece una de cada millón de veces.

Bostezaba la abuela perroflauta por culpa de tu falta de *groove*.

Triste y pasiva, como una soga flácida que se excita y se estrecha más y más al caer la tarde, como si la soga se acordara de ti únicamente en el ocaso.

Pasé muy cerca de la subnormalidad, pero ahí noté que sobreactuaba.

Son negocios, nada personal, dijo el peor héroe del mundo cuando únicamente salvó a los de rentas superiores.

Ayer suspiré por hackear de nuevo mi cerebro. Mis puntos de vista se habían convertido en manchas en los ojos.

Idiotas puedes tolerar, pero cuesta estar de acuerdo. La gente parece guay hasta que te enteras de lo que votan.

Opuestos éramos, tú y yo, tanto que el resto del mundo quedaban siempre en el medio de nuestras diferencias.

Ahora que Starman huyó. Quedamos los dos. Para salvar el mundo. Fíjate qué estupidez.

Fin. Mañana volveré a leerlo, con el escepticismo de quien mira los números de la lotería.

Puede que, al menos, una sola frase…

PLAYLIST

Radiohead // *I might Be Wrong*
The National Anthem
I Might Be Wrong
Morning Bell
Like Spinning Plates
Idioteque
Everything In It's Right Place
Dollars and Cents
True Love Waits

11. **CANCIONES PARA SACATRÁ**

AUNQUE ES DIFÍCIL QUE MEJOREN LA MÚSICA DE LOS JADEOS DE SUS PROTAGONISTAS

3 de la mañana //

Cierro el portátil. Sigo en el sofá y llevo un calentón que no veas por un motivo que hasta me da apuro explicar.

¿Cuál es la mejor música para hacer el amor? El silencio, maldita sea. Si hablamos del fornicio puro y duro, puede que la música sea capaz de actuar como potenciador de sabor en un plato de por sí alocado, ¡no digo yo que no! Pero para hacer el amor no encuentro mejor canción que el sonido de la piel, del aliento, el ruido del contacto, del golpe, la frase que surge de tu inconsciente, el «joderrr», el «para, para», o la indescifrable música de una lengua vocalizando fonemas imposibles en sexo ajeno. No hay mejor single que un *slurp*.

Y es que como músico me es casi imposible combinar música con las artes amatorias. En cambio, podría ver un partido de fútbol —siempre que no juegue el Barça— y las imágenes pasarían a un centésimo plano. En otro orden de cosas, la luz catódica de una televisión ejerciendo de lámpara principal, con el volumen bajado, crea una atmósfera de trasluz mutante que hay que tener en cuenta. Pero la música, ay amigo. Soy tan jodidamente obsesivo con mi profesión, que cualquier onda sonora organizada en formato musical desvía toda mi atención. Podría estar mordiéndole los pezones a la mismísima Afrodita. Me podrían invitar a una orgía. Daría exactamente igual. La música me expulsaría, tanto física como mentalmente. Otra cosa sería oír a mis vecinos follando, o, siendo

vulgares, dándose como a un cajón que no cierra, situación que está sucediendo ahora mismo. Eso sí que es ambrosía. En ese caso los oídos se convierten en ojos que imaginan. Pasas de percibir un ruido extraño a identificar la cópula, luego a oír, y acto seguido, escuchas, con tus cinco sentidos, mirando al techo con los ojos abiertos del todo embebido por el espectáculo. Sin comerlo ni beberlo, estás escuchando porno casero con la ventaja de que ningún físico difícil de ver pueda fastidiarte el momento. El gemido unifica al ser humano. El gemido, aislado de la presencia física, es bello, democrático, unificador, ya proceda de un tipo con físico de león marino o de una nonagenaria. Alguna vez me ha pasado, supongo que como a la mayoría. Notar un carnaval de placer a dos metros de la cabecera de tu cama, y que mis ondas cerebrales pasen de un estado somnoliento a una desesperación absoluta por echar un polvo, unirse a la fiesta de la vida. Al final, si tu pareja también acaba igual de sugestionada que tú, puede ser que le debas un ramo de flores a tu vecino al día siguiente.


MAKE
IT WIT
CHU



Ahora que lo pienso, uno podría pactar con su vecino que, a cambio de una cantidad razonable de dinero, a una determinada hora de la noche dispusiera unos bafles frente a la pared y que surgiera de ellos un fornicio creíble. Lastimoso, sí.

Pues bueno, mira qué bien, el caso es que no me voy a poder aprovechar de la coyuntura. Mientras mi mujer dormita como un lirón bendito en la habitación, a veinte metros del epicentro sónico-sexual, con el sueño profundo nivel coma y postura de primera comunión, a mis vecinos les ha dado por follar en su salón de estar. Descoordinación temporal y física. Y la están liando muy parda. Son jóvenes, con el suficiente equilibrio como para no caerse del sofá. Por lo que respecta al volumen, la chica podría ser definida como extrovertida —me da la impresión de que ha visto demasiado porno, ya que en algunos momentos sobreactúa—, mientras que a él apenas se le escucha, concentrado en seguir un ritmo que, como músico, identifico como 140 bpm. El hecho de no escuchar a mi vecino es una ventaja porque, siendo cerdos, puedo hacerle un croma. ¿Acabará el festival con un squirt? ¿Regará las plantas del comedor, ya puestos? Me viene a la cabeza una absurda canción de *Rick y Morty*, en un concurso interplanetario de música, en el cual el planeta que pierda será exterminado por un rayo láser. Pues a Rick y a Morty, representantes de la Tierra, se les ocurre interpretar una canción llamada *Pongámonos cerdis*. Pues eso es justo lo que está sucediendo ahora. Me estoy poniendo cerdi. Mucho.

Como un improvisado Sherlock Holmes del sexo, apuesto fuerte por ella cabalgando encima. Espero y deseo que sea la postura tradicional. Recientemente leí que un tipo sufrió algo así como un esguince de pene al practicar la posición de cowboy girado. Y es que en cualquier actividad humana, incluso durante el sexo, el peligro acecha en cada esquina. Se dice que la posición sexual que conlleva

mayor riesgo de lesiones para los hombres es precisamente esta, cuando la mujer se monta encima, mirando hacia la puerta. Los accidentes con los penes, poca broma. Como un chalado de la India que se puso pegamento epóxico en el pene antes de tener relaciones con su chica y acabó inconsciente en unos arbustos; un amigo lo encontró y lo llevó a casa, pero se puso peor y lo llevaron al hospital, donde falleció. La policía dice que el tipo y su exprometida eran adictos a las drogas y decidieron sellar sus partes con pegamento para evitar el embarazo, ¡pero usaban el pegamento para drogarse también!

Empiezo a imaginar canciones en mi mente. No las pienso poner, ya que quiero permanecer aquí, en el sofá, como una mosca en la pared de mis vecinos. Cualquier volumen que surgiera de mi casa daría el aviso y los desconcentraría. Sería un sacrilegio, un factor añadido ante esta sorpresiva diversión. Empiezo a imaginar cómo habrá comenzado todo. Quizá mi vecina ha empezado con un sinuoso *striptease*. Me cuesta imaginar que ha sido al revés, y es que cuando alguna vez he presenciado a los típicos *strippers* con gorra de cuero bailando en despedidas de soltero, he tenido ganas de echarme arena en los ojos. Hay algo en mí —supongo que debe ser un perjuicio absoluto e irracional— que no sabe conjugar las palabras hombre-baile erótico.

Me da la impresión de que las mujeres hacen teatro en la mayoría de los casos, aunque luego me viene a la cabeza el caso de una chica italiana que se quedó embarazada de un *stripper* enano en su despedida de soltera, y nueve meses después nació un bebé con enanismo, ligerísimo detalle que destapó el marrón. Si en mi vida hubiera tenido que bailar para seducir a alguien, sospecho que aún sería virgen. Emplearía movimientos antilujuria que arruinarían la noche o en el mejor de los casos ese prólogo al acto sexual acabaría teñida de un bufonismo innecesario, así que solo me podría encomendar al dios de la Suma Lastimita. Sin embargo, puedo imaginar a mi vecina acompañando sus movimientos con uno de los temas más sexies jamás escritos, aquel temazo, sencillo pero lleno

de grasa, de los Queens of the Stone Age llamado *Make It Wit Chu*. Vamos, que la voz de Josh Homme ya hace el trabajo sucio por ti, en el caso que ambas partes por mutuo acuerdo (esto, aunque parezca lógico, hay que remarcarlo en estos tiempos tan estúpidos) quieran ahorrarse los prolegómenos y dirigirse rápidamente hacia un empotramiento apoyados en la pared del dormitorio, o de la cocina, o, en este caso, en el sofá.

De repente pienso que el Ministerio de Sanidad debería avisar del peligro que conlleva la postura de la cowboy girada, con música y frases dramáticas al estilo de los anuncios de tráfico. «La cowboy girada no es recomendable. Un esguince de pene podría arruinar tus objetivos a corto, medio o largo plazo. Ah, y no te pongas pegamento en la punta de la polla».

Por cierto, una vez leí que los sonidos de los dragones en *Juego de Tronos* son en parte combinaciones de tortugas pegando un polvo.

Los vecinos no paran y yo ya ando bastante al límite. Y mira que el chaval parece torpe. Hasta el momento era de aquellos tipos a los que no imaginas follando. Bueno, en realidad no es costumbre imaginar a tus vecinos follando, a no ser que te den morbo. A mi vecino lo ubicaba recibiendo el premio a la Peor Escena de Sexo en la Ficción, galardones que se entregan desde 1993, que honran la descripción sexual más horriblemente mala del año en una novela. Quizá mi vecino come picante a dolor. Mi pensamiento no es en absoluto baladí. Un estudio afirma que quienes ingieren alimentos con más picor tienen una vida sexual más intensa. Parece un juego de palabras con doble sentido, pero un estudio afirma que esto se cumple en la mayoría de los casos.

Aparece Bukowski a mi lado.

—Se están dando duro, como si no hubiera un mañana, ¿eh? Parecen los protagonistas de *Doing It to Death*, de The Kills.

Hablando del dúo de marras. Aunque musicalmente no me parecen sublimes, creo que Alison Mosshart es una de las mujeres más atractivas del planeta rock. Charles vuelve a interrumpirme con sus disertaciones etílicas.

—¡Ay, quién fuera de carne y hueso otra vez! He escuchado el rumor de tus pensamientos. Que si el chaval no lo ves demasiado ducho en artes amatorias. Detecto, por una parte, envidia, y por otra, una opinión que sospecho que hasta el momento te has molestado en no decir: ¡ves a tu vecina infinitamente más atractiva que a él!

—Cierto.

—Eso sucede taaantas veces, querido mío. Y la cuestión, el quid, está en el grado de excitación. Fíjate en un dato. Un grupo de investigadores realizó un experimento interesante: pidieron a un grupo de mujeres que vieran una película erótica, un vídeo deportivo o un vídeo neutral de un tren. Luego, las mujeres tuvieron que realizar algunas tareas desagradables, como tener que beber de la taza de otra persona. Lo sorprendente es que aquellas que habían visto la película erótica calificaron las tareas como menos desagradables, y también pudieron completar más de ellas. La excitación sexual puede anular la «repugnancia» natural del cuerpo. De hecho, investigaciones previas sugieren que los hombres también experimentan algo similar cuando están excitados sexualmente. Bueno. En el caso de los hombres, me pregunto si hay algo que nos dé asco en esos momentos. Por otro lado, en el sexo, la importancia de los sentidos, en cierta medida, se invierte. Y aquí entra el olfato. Está claro que el amor, el deseo, ese maldito lazo que nos une, tiene una explicación científica: la bioquímica.

Según la ciencia, el olfato es el más poderoso de nuestros sentidos en el contacto sexual. Aunque la vista puede atraerte a alguien, es el olor el que te engancha. ¿Cómo funciona? El olfato detecta moléculas en el aire y sensores nerviosos las llevan al

cerebro. La memoria reconoce el olor de la persona amada, gracias a su aroma de sudor y memoria olfativa. En la pubertad, el cuerpo expide un olor particular que activa el eje sexual.

Ahora mismo me ha venido el recuerdo de una chica, hace la friolera de treinta y pico años. Nos gustábamos, pero lo sabíamos porque cada uno de nosotros se había enterado por terceras personas. Pues bien, un día me la encontré de frente. Tras un cruce de palabras neutral, la chica espiró una especie de suspiro tan repleto de feromonas que causó en mi persona una erección inmediata y una respuesta por mi parte de la misma índole. Fue un aire caliente más propio de una hechicera que de un ser humano, un «uhhh» repleto de invisible y vaporosa ambrosía que chocó con el mío y que, acto seguido, provocó, tras un brutal y embarazoso silencio, una espontánea huida en estampida, ambos corriendo de la escena del crimen como alma que lleva el diablo. A buen seguro que, de haber sido canes, hubiéramos copulado en medio de la calle sin mediar una sola palabra, pero a nuestros dieciséis años aquello era imposible de gestionar. Sí. Cada persona tiene un aroma que la caracteriza y atrae al otro. Los perfumes y desodorantes lo disfrazan, pero no pueden cambiar su identidad. En animales sin bulbo olfatorio, no hay desarrollo sexual. Fíjate lo importante que es el olfato. Lo corroboro.

—Hablando de narices —me suelta Charles—, deja que te hable sobre un hombre que, de haber vivido en tu tiempo, habría sido una leyenda. Su nombre era Thomas Wedders, y era un artista de circo inglés. Este tipo se hizo famoso por tener la nariz más larga del mundo, una protuberancia de 19 cm que habría sido el sueño de Cyrano de Bergerac. Pero la vida de Wedders fue dura. Poco se sabe de él, más allá de su habilidad para atraer la atención con su nariz. Se decía que tenía una discapacidad intelectual, y la gente lo describía como «la idiotez más abyecta».

En el sexo, como todo lo importante en la vida, es importante conocer a tu futuro partenaire. Y si no que se lo digan al rey Felipe II de Francia, quien se casó con Isambur de Dinamarca sin conocerla

y en la noche de bodas el rey salió del cuarto horrorizado, temblando y con sudores fríos. Felipe intentó anular el matrimonio por todos los medios posibles, incluso enfrentándose al papado. Se dice que la princesa se defecó encima.

Luego está el sonido. Siempre que escucho el inquietante lamento —terrorífico a veces, como de bebé del infierno— de las gatas en celo, imagino qué sucedería en el mundo de los humanos si las mujeres empezaran a maullar cuando sintieran que han llegado sus días más fértiles. Una ciudad como Barcelona escuchando miles de lastimeros «Meeeeeeu» que surgen de las ventanas, en las calles, en los parques. Para el hombre, generalmente parco en intuición y del todo inútil para las artes de la seducción, dichas señales serían una bendición. Aunque, incluso con media ciudad aullando, más de un hijo de puta iría justo a la que está calladita.

A propósito del celo: las huronas mueren si no encuentran pareja para concebir. Si no lo logran, la sobrecarga de estrógenos les provoca anemia y fallecen. Por lo tanto, es urgente que haya un Tinder para hurones, y ya de paso, para mi perro, que no se come ni un tostado. Ah, y pensando en maullidos. Me viene a la cabeza *Summertime* de Janis Joplin y acto seguido el grito inicial de *Don't Wanna Fight*, de Alabama Shakes. Perfectas, infiero, para acompañar el primer orgasmo de mi vecina. Y me huelo que no será el último.

—Hablando de voces —me interrumpe Charles bastante ciego—, hay un tema que parece hecho para mí. *Too Drunk to Fuck*, versión Nouvelle Vague. Sexy y sucio a la vez. Por cierto, muchacho, parece que las mujeres tienen un truco bajo la manga cuando se trata de sonar más atractivas. Resulta que pueden manipular su voz para hacerla más sexy. Pero ¿y nosotros, los hombres? Lo siento, amigo, pero parece que somos los perdedores en esta batalla. Cuando intentamos ser sexies, suena terrible. Los expertos dicen que los hombres prefieren las voces femeninas y más altas, así que ahí lo tienes. Pero espera, esto no es todo. Resulta que cuando una mujer

baja la voz, los hombres lo perciben como atractivo, ¿por qué? Muy sencillo. Están indicando su interés en una posible pareja, ¡así que presta atención!

Maldita sea. Recuerdo cuando tenía diecisiete años y estaba constipado. A mi parecer, tenía la voz más rotundamente sexy del universo. De hecho, deseaba seguir así durante unos días, en el caso de que tuviera novia y hablara con ella por teléfono. ¿Cuántas veces habré hecho el ridículo en mi vida por mis estúpidas suposiciones? Por cierto. ¿Cómo la tendrá mi vecino? Es obvio que a estas alturas del partido sexual que me están retransmitiendo, uno acabe por hacerse tal estúpida pregunta. Una vez leí que las mujeres, en caso de tener una relación esporádica, prefieren los penes grandes, mientras que para una relación continuada en el tiempo optan por medidas más pequeñas. Bien mirado tiene su lógica. A raíz de esto me viene a la cabeza el expresidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, quien las malas lenguas aseguran que era capaz de pasearse desnudo mientras increpaba a los presentes con frases tales «¿Habéis visto algo tan grande como esto?». A su pene lo llamaba Jumbo. Creo que Dumbo hubiera sido más adecuado.

A veces me vienen ideas a la cabeza absolutamente delirantes. Por ejemplo: invitar a mi vecina a casa bajo cualquier excusa y que de repente se diera cuenta de que tengo toda la casa empapelada con fotografías suyas. En cualquier situación. Saliendo de su trabajo, haciendo running, comprando en el supermercado, al estilo de las películas de psicópatas obsesivos y pesados hasta decir basta. También me vienen ideas raras relacionadas con el pene. Una vez leí que la atracción gravitacional producida por un agujero negro hace que la estrella cercana pierda su forma, para terminar siendo destruida y absorbida por el agujero negro. La materia se estira por las fuerzas gravitatorias de manera que termina pareciendo un fideo, y por eso se le llama el efecto espagueti. Después de leerlo imaginé que daban la fatal noticia de que en breve empezaríamos a ser succionados por un agujero negro. Es decir, todo el planeta entraría por aquella especie de retretes que Dios ha dispuesto en varios

lugares del universo, como poly-klyns en festivales, así que en breve comenzaríamos a notar ese estiramiento en todo nuestro físico. Pues bien. Imaginado semejante evento, lo primero que me vino a la cabeza fue que cuando se iniciara el efecto espagueti, me desnudaría y aprovecharía para sacarme una foto de mi pene dilatado, y, con suerte, antes de palmarla, tener tiempo de publicar esa última foto en Instagram. A veces soy rematadamente simplón.

Segundo orgasmo de la vecina, esta vez patrocinado imaginariamente por un tema muy sexy de Childish Gambino llamado *Redbone*. Charles Bukowski y servidor palmeamos las manos y brindamos por el chaval. Va camino de salir de la arena en volandas, con las dos orejas y el rabo.

—A propósito de rabos —me comenta Charles—. Te contaré una historia que te va a dejar pensando. Resulta que en Sudáfrica hay una cantidad alarmante de casos de vih, y el gobierno decidió hacer algo al respecto. Le dieron la tarea a una empresa china de producir más de once millones de condones para distribuirlos entre la población local. Pero aquí viene lo loco: cuando los condones llegaron a Sudáfrica, las autoridades se dieron cuenta de que eran demasiado pequeños.

De repente, y en un gesto sumamente soez, Charles empieza a tocarse los testículos mientras mira su vaso de whisky con expresión ida. Cuesta creerlo, pero un estudio llevado a cabo por una marca de cacahuetes reveló que los hombres se tocan los testículos en promedio seis veces al día. Desde que leí esta mierda de noticia, no puedo dejar de relacionar los cacahuetes con tocarse los testículos. Hablando de ellos: se mueven continuamente. Es alucinante fijarse en ellos en posición de reposo. Andan siempre inquietos. ¿Por qué ocurre esto? Bueno, los músculos del escroto están diseñados para mover los testículos, ajustando su posición para mantener una temperatura adecuada. Cuando hace frío, se encogen y se acercan al cuerpo para mantener el calor, y cuando hace calor, se alejan para enfriarse. ¿El calentamiento global provocará que nos bajen los huevos a la altura de las rodillas? Ya se verá. Siguiendo con el tema,

las polillas de Borneo, alimento favorito de los murciélagos de Malasia, tienen una técnica consistente en replicar sus testículos mientras vuelan que produce un ultrasonido que pone muy nervioso a los murciélagos.

Amago de tercer orgasmo de la vecina, que acaba en un «ohhhh». Estos tipos saben lo que se hacen. Cuando los encuentre por la calle les haré reverencias. Con la ayuda de artefactos o a la antigua usanza, lo cierto es que su química es evidente. Con respecto a aparatitos, me viene a la cabeza que un día leí —«un día leí» creo que es la frase de mi vida»— que los consoladores se inventaron ¡antes que la puta rueda! Primero el placer, luego el carromato. No eran consoladores de látex, obviamente, sino de piedra, hueso o cuero, mientras que la aristocracia romana ya usaba madera, marfil y bronce. Eran *posh satisfyers*.

Charles se mete un cubito de hielo en la boca, lo escupe en el vaso y añade:

—¿Sabías que hubo una controversia en el siglo XIX acerca de las vibraciones que experimentaban las mujeres que trabajaban con máquinas de coser? Sí, así como lo oyes. Resulta que la mayoría de las costureras eran mujeres y trabajaban en fábricas o en sus casas para ganarse la vida. Algunos médicos y activistas se pusieron a cuestionar si esas vibraciones podrían ser peligrosas para su salud, especialmente para su sistema reproductivo.

Tercer orgasmo de la chica. O al menos, eso parece desde mi sala de estar. Para el caso imagino que suena *Do I Wanna Know*, de los Arctic Monkeys, y es que la voz de Alex Turner es, ahora mismo, la voz sexy por excelencia de la música anglosajona. Por otro lado tendríamos a Marvin Gaye con su *Sexual Healing*. Para gustos, colores, y en este caso, nunca mejor dicho. En el lado femenino, un *Bad Guy* cantado por Billie Eilish puede suscitar algún qué otro pinchazo bondage en el lóbulo de tu oído izquierdo.

Duodécimo incendio del día: o me masturbo o no podré dormirme. Así de claro, chaval. Charles está igual que yo, y eso que es un espíritu. Sospecho que nuestra mutua presencia acabará abortando la misión.

Me comenta que la próxima ocasión debería pedirle a mi vecino que hiciese el favor de grabarse. No estoy de acuerdo. Prefiero la imaginación a la obviedad. Me viene al recuerdo aquello que le sucedió a Sukarno, el presidente de Indonesia, en una época de tensiones políticas y espionaje internacional, cuando el kgb trató de comprarle con un sucio y escandaloso chantaje. Según se dice, habían grabado al presidente teniendo relaciones íntimas con una rusa, y esperaban usar esa grabación comprometedora para manipular al líder. Sin embargo, la respuesta del presidente fue tan sorprendente como inesperada: en lugar de sentirse amenazado por la grabación, el presidente Sukarno pidió más copias para compartir con sus amigos y mostrar sus dotes amatorias a toda la población. Vamos, que si hubiese sido por él, su polvo con la rusa hubiera aparecido en *prime time*.

Cuarto orgasmo— y este ha sido particularmente bestia—. Empiezo a temer por la vida de mi vecina. Recuerdo que una mujer británica estuvo a punto de palmarla mientras su pareja le practicaba un cunnilingus. Por lo visto, la mujer quedó repentinamente rígida justo cuando parecía que iba a llegar al clímax. El hombre trató de reanimarla, pero había perdido la conciencia, por lo que avisó a los servicios de emergencia. Todo acabó en un susto, pero por lo visto a la chica le había dado una subida de tensión fuera de lo normal.

Charles se sirve otro copazo mientras me suelta.

—Ups, esto no es nada, querido amigo. Existe una condición bastante rara llamada Trastorno de la Excitación Sexual Persistente, o psas por sus siglas en inglés, que principalmente afecta a las mujeres. Esta afección provoca una excitación sexual incontrolable y prolongada que puede durar horas o incluso días, ¡hasta cientos de orgasmos al día sin estímulo sexual alguno! Imagínate lo complicado

que puede ser para las personas que sufren de psas, cómo afecta su calidad de vida, sus relaciones interpersonales y su capacidad para trabajar y realizar actividades cotidianas. Todavía no se sabe con exactitud qué causa el puto psas, pero se cree que está relacionado con problemas en el sistema nervioso.

Cien orgasmos diarios. No puedo imaginar peor pesadilla. Una de las mejores sensaciones que te otorga esta vida convertida en vulgares convulsiones sin contexto alguno.

Mi vecino ha llegado al orgasmo. Es la primera vez que le escucho, alto y claro. Cuando un hombre eyacula, ese «disparo» o chorro inicial viaja a 45 kilómetros por hora, más rápido que el récord mundial del sprint de 100 metros. ¿Le habrá hecho un Pollock? Tengo una mente muy sucia.

Charles y servidor nos servimos una copa en honor de esos primeros años de pasión.

Última canción. *Ha sido divertido*, de Nudozurdo.



PLAYLIST

Make It Wit Chu, Queens of the Stone Age
Doing It to Death, The Kills
Summertime, Janis Joplin
Don't Wanna Fight, Alabama Shakes
Too Drunk to Fuck, versión de Nouvelle Vague
Redbone, Childish Gambino
Do I Wanna Know, Arctic Monkeys
Sexual Healing, Marvin Gaye
Bad Guy, Billie Eilish
Ha sido divertido, Nudozurdo



12. **CANCIONES PARA IRTE A DORMIR**

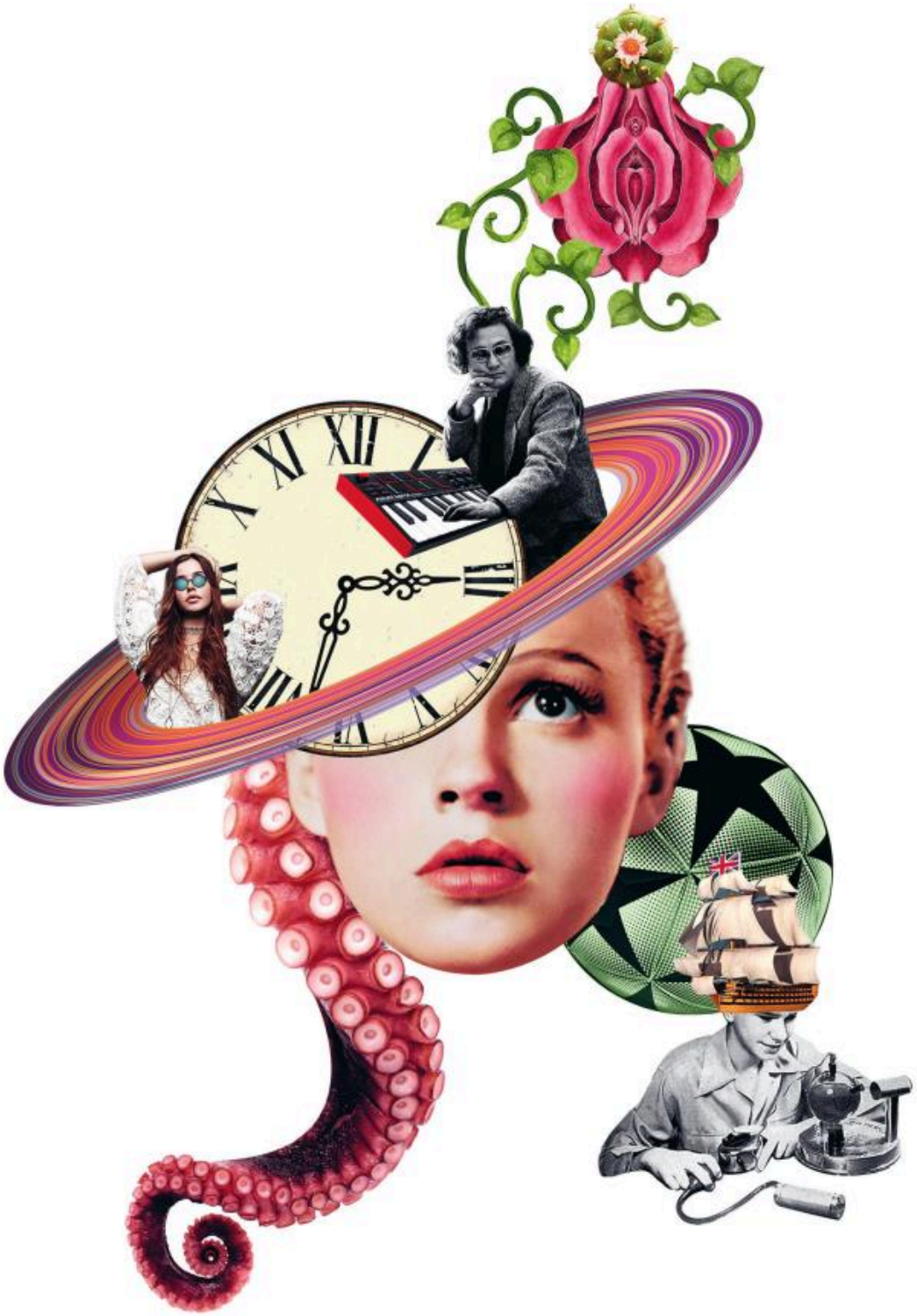
Y SI ACASO YA MAÑANA, CUANDO AMANEZCA, ARREGLAMOS «ESO»

3.30 de la mañana //

Cuando era pequeño y jugaba al balón, si era de plástico, a menudo acababa fornicando con alguna planta del parque de Travessera de les Corts con Numància —el balón, no yo—. Puede que el pinchazo fuera leve, pero aquella pelota jamás volvería a ser la misma que antes. Si el hundimiento aparecía en el Polo Norte, la apretaba y entonces el hundimiento aparecía en el Sur. Eso, ni más ni menos, es lo que me sucede en el mundo adulto. Nunca consigo acabar el día habiéndolo hecho todo bien. Alguien, inevitablemente acaba enfadado conmigo. Algo he dejado de hacer, algo he dicho que no ha sentado bien. Peco por obra y omisión, pero al final supongo que la gente que está a mi lado piensa que la balanza sigue siendo positiva.

El caso es que la vida adulta consiste, la mayoría de sus días, en apagar incendios. Las urgencias te caen como mierdas de gaviota, sin previo aviso. Recuerdo una vez, hablando con un amigo delante de un edificio, que nos cayeron no una, sino una treintena de mierdas de pájaro encima de hombros, brazos, pelo… Nos miramos uno al otro y no podíamos creer lo que había sucedido. Mi amigo se pensaba que toda la mierda había caído encima de mí, mientras que yo pensaba lo mismo con respecto a él. Nos partimos el culo de risa durante un minuto hasta que empezamos a olernos. A veces sucede eso. Estás tranquilo, imbuido en tu trabajo, y sin comerlo ni beberlo te llueven, como mierdas de pájaro, decenas de imprevistos, como todos los incendios que he mencionado. He sido capaz, ágil y lo

bastante diligente como para despachar algunos de esos contratiempos en el mismo día. Otros, sin embargo, deberán esperar a mejor ocasión. Ahora, el decimotercer incendio de marras es que no me duermo. Ni por asomo. La maría, lejos de calmarme, ha provo-



cado en mí una especie de lluvia de electrones dentro de mi cerebro. Se mueven en todas direcciones. A veces, sencillamente, es insoportable. ¡Callad, malditos!

Creo una lista de reproducción para dormir. Empieza fuerte, con *This is Hardcore*, de Pulp. Uno de los mejores crescendos de la música pop, como tuve la oportunidad de decirle a Jarvis Cocker en aquel tren. En realidad, me da la impresión de que este tema no debería iniciar esta lista para relajarme, pero me engaño a mí mismo recordando mis ejercicios en la elíptica, y ese botón azulado que pone «enfriamiento». Pues bien, a partir de ahora iremos a menos.

Segundo tema, *Goodbye Blue Sky*, de Pink Floyd. Me voy a ese verano de octavo de egb. Al año siguiente mi grupo de mis amigos del alma iba a separarse: Ignacio y yo nos largábamos del colegio, Manu seguía, Ramiro también. Pasamos un fin de semana en la urbanización donde veraneaba Manu, llamada Santa Susana. Tonteamos con algunas chicas sin ningún tipo de fe ni arte. Tiramos de la bici a Mónica, la hermana pequeña de Manu. Nos cayó la del pulpo. Luego volvimos todos en el mismo coche un domingo de agosto. Sonó *Goodbye Blue Sky.* Ninguno de los cuatro dijo nada, simplemente mirábamos por la ventana. Creo que fue la primera vez que noté que la vida se te escapa de las manos como el agua. Adiós al verano, adiós a tu colegio, adiós a tu grupo de amigos. Adiós también a Sergio y a Miquel. Adiós a la infancia, de alguna manera. Y un miedo no verbalizable pero no por ello menos terrible. Miedo a perderlos.

Por suerte no fue así.

Look, Mummy. There's an airplane up in the sky. Ooooooo ooo ooo ooooh

Adiós, cielo azul.

Siguiente canción*. Daydreaming*, de Radiohead. Voy fuerte, pero es que el piano del inicio es sencillamente magistral. Cálmate, hombre. A veces imagino un parto al revés. Un cortometraje que empezara por los llantos de un bebé cabeza abajo. La médica le da unas cuantas palmadas en los glúteos y el niño calla. Todo el proceso es al revés, hasta que, finalmente, la cabeza del bebé acaba entrando en el coño de su santa madre. Cuando los labios de la madre se cierran, fundido a negro. Charles Bukowski me suelta:

—Mira, amigo, te contaré sobre los Huicholes y su manera de ver el parto, pero no esperes que lo haga con florituras y palabras bonitas como esos poetas de salón. La cosa es así: para ellos, el parto es una experiencia compartida entre la mujer y el hombre. Sí, leíste bien, el hombre también está ahí presente. Pero no creas que se queda sentado en una silla, con una cerveza en la mano, esperando a que todo pase. No, no, no. El hombre huichol se sube a las vigas de su casa, justo encima de la mujer, y ahí se queda, como un equilibrista de circo, compartiendo el momento del nacimiento. Pero eso no es lo más sorprendente. Lo que realmente llama la atención es que los hombres también sienten los dolores de parto. ¿Cómo es posible? Te preguntarás. Pues muy fácil, les ajustan una soga a los testículos, de manera que cada vez que la mujer tiene una contracción, tiran de la cuerda y de esa manera comparten el dolor y la alegría del alumbramiento. Eso sí, para soportar todo este proceso, los hombres comen peyote. No sé tú, pero yo prefiero tomarme una aspirina y ver un partido de fútbol. Pero en fin, cada cual con sus gustos, ¿no?

Noticia ideal para calmarme. Imaginar que una cuerda estira mis testículos. Vamos, hombre, por favor. Menudo sacrilegio que te venga esta imagen a la cabeza mientras escuchas Radiohead.

Siguiente canción. *Danza del hada de azúcar*, de Tchaikovski perteneciente a su ballet «Cascanueces». Dos minutos de magia y una de las melodías más mágicas escritas jamás casi con la única ayuda de una celesta, canción que me lleva a una regresión absoluta a mi infancia, directamente a mi película preferida de Walt Disney,

Fantasía, y es que así, casi de puntillas y con esta canción de fondo, haría mutis por el foro desde la vigilia hasta la inconsciencia. Hablando de azúcar: el inventor del algodón de azúcar, fábrica de caries por excelencia era… un puto dentista.

Por cierto. Tchaikovski era homosexual, una identidad que tuvo que ocultar durante gran parte de su vida debido a la intolerancia social de la época. A pesar de esto, su música a menudo incluía temas de amor y romance entre hombres como en su ópera «Eugenio Oneguin». ¡Cuánto les debemos a los homosexuales! ¡Cuántos diseñadores de las mejores catedrales de la historia seguramente lo serían, por no decir el clero, lobby homosexual por excelencia! O Leonardo, Miguel Ángel, Kahlo, Warhol, Wilde, Virginia Woolf. La lista es interminable, y eso que es la punta del iceberg. O Alan Turing, genio matemático que recibió la Medalla de Oro de la Real Sociedad Matemática en 1945 por sus contribuciones a la teoría de números. Sin embargo, debido a su homosexualidad, Turing se vio perseguido por las autoridades británicas, condenado por indecencia y sometido a un tratamiento hormonal en 1952. Trágicamente, Turing se suicidó en 1954. Aunque décadas después el Gobierno británico reconoció formalmente su papel en la victoria de la Segunda Guerra Mundial y se disculpó por la forma en que fue tratado, la falta de reconocimiento durante su vida sigue siendo una de las mayores injusticias de nuestra historia. Como tantísimas. Es triste. Tchaikovski, eras lo más y te quiero. Punto.

Siguiente canción y cambio de registro. *Faking the books*, de Lali Puna. Hay algo en el inicio de dicho tema, un efecto de voz, que me vuelve las neuronas del revés, sobre todo si lo escuchas con auriculares. Recuerdo que los vi en Apolo y que parecieron, en cuestión de una semana, *the next big thing*. Menudo tema tan inspirador, donde se demuestra, como tantas veces, que menos es más. La voz de Valerie Trebeljahr me deja suavemente noqueado, y

resulta del todo ideal para enlazar con el siguiente tema, *Umbrella*, de DNTEL. Un pasaje hermoso de indie-electrónica. Un experimento sin demasiadas pretensiones.

Vamos bajando revoluciones. Steve Jobs decidió no usar la máscara de oxígeno cuando estaba enfermo por el motivo más insospechado: resulta que, en cierto momento, el neumólogo trató de ponerle una máscara de oxígeno, Jobs estaba medio sedado, pero se lo arrancó, murmuró que odiaba el diseño y se negó a usarla. Aunque apenas podía hablar, les «ordenó» traer cinco opciones diferentes para la máscara y que él pudiera elegir la que más le gustaba. Los médicos, perplejos, miraron a su esposa, quien logró distraerlo. No sé por qué diablos me asalta la siguiente información, supongo que quiero irme, lentamente, al reino del sueño profundo.

Siguiente tema. A *Day in the Life*, de los Beatles. Personalmente, creo que es el tema que justifica el trabajo en conjunto de John y Paul. ¿Sabes cuando Macca suelta «*and I went into a dream*» *y* Lennon empieza a entonar sus maravillosos «*ahhh, ahhhh*» como si perteneciera al sueño de Paul? Pues bien, creo que con eso ya tendríamos el arte del siglo XX condensado en unos segundos. No obstante, el estruendo de la parte final vuelve a excitarme.

Los ingleses son capaces de lo mejor y también de lo peor. Por ejemplo, ostentan el récord de la guerra más corta de la historia: la anglo-zanzibariana, de 1896, con una duración de 38 minutos. El ejército de Zanzíbar sufrió unas quinientas bajas, mientras que el británico tuvo un «serio problema» con los rasguños de uno de sus soldados. Hablando de guerras en las que han estado los ingleses. El año 1714 hubo una batalla naval entre un barco inglés y otro noruego. Estuvieron catorce horas tirando cañonazos hasta que el barco noruego se quedó sin munición y envió una delegación al barco inglés para pedir más balas y seguir con la guerra. ¿Hay que ser idiota? Hay que serlo. Los ingleses también poseen el dudoso pero divertido honor de poseer la expulsión más rápida de la historia

del fútbol: roja directa a los dos segundos. Lee Todd, fue el receptor de la roja, después de contestar al pitido de comienzo del árbitro diciendo «¡Joder, menudo pitido, me has dejado puto sordo!». Fue expulsado por utilizar lenguaje ordinario y abusivo, pero a mi parecer, el bueno de Lee tenía suficientes motivos para maldecir al árbitro, aún hoy le deben de pitar los oídos. Otra mandanga inglesa: el año 2016 el Manchester United tuvo que cancelar un partido por la aparición de un objeto sospechoso en el lavabo. ¡Habían sido los mismos miembros de seguridad del club quienes habían depositado ese objeto en un simulacro de atentado! Ah, y por último, la mejor, la más tierna de todas. Hubo una vez un partido de fútbol en el que el portero se enteró de que se había cancelado media hora después de que todos sus compañeros y rivales ya se hubieran largado. El motivo: una inmensa capa de niebla que lo separó del resto. Así podemos sentirnos a veces. En medio de la niebla, pensando que seguimos formando parte de un partido que ya se ha acabado. Juas. Ese portero. Menudo desgraciado.

Siguiente canción. *In a Manner of Speaking*, versión Nouvelle Vague. No sé. Creo que me estoy equivocando con esta lista demoníaca, supuestamente hecha para dormir. Empiezo a plantearme tomar medidas drásticas. De pequeño me ponía Vicks Vaporub en los párpados. Me relajaba, sus vapores me obligaban a cerrar los ojos de una vez. Por cierto, ¡esto no mejora! El político más corrupto de la historia fue Charles King de Liberia, un candidato a la presidencia que en el año 1927 ganó sus elecciones con 243.000… aunque la población activa con derecho a voto era únicamente de 15.000. La madre que trajo a todos los Charles, incluido el actual rey de Inglaterra. Vuelvo a *In a Manner of Speaking* recordando que hay una versión en Youtube cantada por Flo Morrissey que en realidad mejora la de Nouvelle Vague. Leo la letra y lo entiendo todo, aunque el autor —Winston Tong— se niega en redondo a resultar conciso.

Me acuerdo de un amigo cercano que decidió divorciarse el día de Reyes, mientras intentaba arreglar la televisión nueva que había comprado sus suegros por Navidad (en enero, los trámites para iniciar el proceso de divorcio aumentan casi en un 30 %). Ahí, tirado en el suelo, mientras miraba las instrucciones, le vino un flash: «Voy a divorciarme», pensó, y eso me lleva a pensar en la letra de *In a Manner of Speaking*.

«*Por así decirlo, nunca podría olvidar la forma en que me dijiste todo, sin decirme nada*». Sencillamente insuperable. Por cierto, según un estudio hecho por la Universidad de Singapur, cuanto más cara es una boda, más probabilidades hay de divorcio. También, por esa zona, una novia decidió divorciarse de su flamante marido justo cinco minutos después de casarse. Por lo visto la chica se tropezó al salir del juzgado, y su flamante marido exclamó: «Menuda idiota», así que ella dio la vuelta y pidió al juez el divorcio. Ni siquiera se había quitado el uniforme de casamentero.

Vamos, Santi, piensa cosas agradables. ¡Ya lo tengo! En 1979, una artista sueca llamada Eija-Riitta se enamoró del Muro de Berlín y decidió casarse simbólicamente con él-ello, y hasta adoptar su apellido: Eklöf-Berliner-Mauer (literalmente «Eklöf-Muro de Berlín» en alemán). Eija-Riitta se convirtió en una figura mediática tras su boda con el Muro de Berlín, y apareció en programas de televisión y revistas. Según la propia Eija-Riitta, su amor por el Muro de Berlín se debía a su deseo de «sentir una conexión con algo fuerte y masculino», y creía que el Muro era un símbolo de fuerza y protección. Sin embargo, también ha habido sugerencias de que la boda simbólica podría haber sido una forma de protesta contra la separación física de las personas causada por la Guerra Fría. *In a Manner of Speaking*, otra notas de libro, como la artista que en la inmensa película *La gran belleza* estrella su cabeza en un muro de piedra.

Siguiente tema. *Arabesque No 1*, de Debussy, versión sintetizada por el visionario de Isao Tomita. Banda sonora de un maravilloso programa infantil llamado *Planeta imaginari*. Siempre que escucho este tema me entran ganas de llorar. La próxima vez que lo haga observaré por qué ojo sale la primera lágrima. Se dice que si la primera gotita sale del ojo derecho, significa que tu llanto es de felicidad, mientras que si la lagrima sale del ojo izquierdo, estas llorando de tristeza. Si salen las lágrimas por ambos ojos es por frustración. *Arabesque No 1* me lleva siempre lejos, incluso al espacio, y si pienso en el espacio, no puedo evitar pensar en el asteroide Sits 162 que más o menos tiene de longitud cómo de Barcelona a Zaragoza tiene tanto hierro, oro y níquel que si se repartiera todo el dinero entre toda la producción mundial, cada uno recibiríamos unos 93.000 millones de dólares. Claro está, es una suposición elaborada por un flipado. En primer lugar, no está claro quién quedaría a cargo de extraer y procesar los metales del asteroide, lo que probablemente requeriría una inversión significativa de tiempo y recursos financieros. Además, es difícil determinar con precisión el valor total de los metales en el asteroide, ya que depende de factores como la demanda del mercado y la tecnología disponible para hacerse con ellos.

¡Duérmete!

Siguiente canción, *Subterraneans*, de David Bowie. Me viene a la cabeza la idea de refugios nucleares. En Las Vegas, durante los años cincuenta, los hoteles ofrecían a los clientes la posibilidad de hacer excursiones al desierto para contemplar explosiones nucleares. En Estados Unidos existía una bebida energética llamada Radiator, comercializada desde 1918 hasta 1928. Quien lo comercializó aseguraba que Radithor curaba la impotencia por ejemplo. Radithor contenía agua destilada y radio: «Una cura para los muertos vivientes» era su eslogan. En aquella época podías elegir entre la Coca-Cola, que en aquella época llevaba coca, y Radithor. Un golfista se vició hasta tal punto, que cuando murió tenía perforado el cráneo; estudiaron su cuerpo hace pocos años: aún irradia 225.000

bq de radiación y eso que lo habían enterrado en un ataúd de plomo. Siguiendo con el tema, el *Gilbert U-238 Atomic Energy Lab* fue un juguete científico para niños que la compañía A. C. Gilbert produjo y vendió en Estados Unidos en la década de 1950. El kit de laboratorio contenía diversos elementos para realizar experimentos sobre la energía atómica y la radiactividad, como un contador Geiger-Müller, muestras de uranio, materiales radioactivos y otros instrumentos científicos.

El juguete fue una respuesta a la creciente fascinación por la energía atómica y se promovió como una herramienta educativa para enseñar a los niños sobre la ciencia y la tecnología. Sin embargo, fue controvertido desde el principio, debido a la preocupación por la seguridad y el potencial peligro de los materiales empleados. Fue retirado del mercado en los sesenta, después de haberse vendido relativamente pocas unidades. Hay varias anécdotas sobre la radioactividad que implican ignorancia. Uno de los casos más conocidos es el de las pinturas luminosas que se utilizaban en los relojes y otros objetos en la década de 1920: estas pinturas contenían una sustancia radioactiva llamada radio, que permitía que los objetos brillaran en la oscuridad. Los trabajadores que la empleaban no eran conscientes del peligro de la radiación y muchos sufrieron enfermedades relacionadas con la exposición a largo plazo. En la década de 1950 se creía que la radiación podía ser beneficiosa para la salud y se comercializaban productos radioactivos para uso doméstico, como cremas, tónicos y cepillos de dientes. Uno de los ejemplos más extremos fue el Uranium Ore Company, que vendía mineral de uranio enlatado como una cura para todo, desde la fatiga hasta la impotencia. Muchas personas compraron estos productos sin ser conscientes de los riesgos que implicaba la exposición a la radiación.

Radiación, colores en el cielo. Me viene a la cabeza *The Rainbow Valley*, una parte del Everest donde afloran cadáveres de montañistas que perecieron en el ascenso. Se llama así por la variedad de colores de sus anoraks. De repente, me asalta la

siguiente idea: cada vez que afronto una tarea artística, sea disco o libro, pienso que soy un montañero especialista en hacer ochomiles. Hay límites en cada uno, y también en la misma especie humana. El progreso en la mejora de los récords en el atletismo ha disminuido en las últimas décadas, lo que sugiere que podría estar alcanzándose el límite del potencial de mejora humana. Además, los avances en la comprensión de la fisiología humana y en la tecnología deportiva sugieren que el margen de mejora en ciertas disciplinas podría estar disminuyendo. En resumen, aunque no se puede predecir con certeza si se alcanzará un límite absoluto en el rendimiento humano en el atletismo para el año 2027, es posible que cada vez sea más difícil batir récords históricos. Desde *1999* tengo la sensación de hacer siempre ochomiles, y no puedo hacer nada por evitarlo. A veces, en la vida, tenemos la sensación de ser escaladores. Y a veces la pared es tan inclinada que piensas: «En cualquier momento, caeré». Es ley de física. Pura y dura.

Última canción. *Somewhere Over the Rainbow*, de la película *El mago de Oz*. Judy Garland, diciendo: «¿Hay algún sitio donde no haya ningún problema, Toto? Supongo que existe».

Acuno a Bukowski. Está llorando a mi lado.



PLAYLIST

This is Hardcore, Pulp
Goodbye Blue Sky, Pink Floyd
Daydreaming, Radiohead
Danza del hada de azúcar, Tcha i kovsk i
Faking the Books, Lali Puna
Umbrella, DNTEL
A *Day in the Life*, The Beatles
In a Manner of Speaking, versión de Nouvelle Vague
Arabesque No 1, Debussy

Subterraneans, David Bowie
Somewhere Over the Rainbow, de la película *El mago de Oz*



EPÍLOGO.
CANCIÓN PARA MI FUNERAL POR SI MAÑANA LA PALMO

Hey Jude. Parte final. Y dejo constancia de lo siguiente: debe ser la versión en vídeo, con toda esa multitud de chalados, de todas razas y edades, invadiendo el escenario de los Beatles.

Esa es mi idea del Paraíso.

Bueno. Ya está.

Esto ha sido un día en mi cabeza.

Y eso que ha sido un día normal…

Nanit.

Un día en mi cabeza
Canciones para gente (no) muy normal

Ilustrado por Rebeka Elizegi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Santi Balmes, 2024
Publicado por acuerdo con Carmona Literary Agency

Ilustración de la cubierta e interiores © Rebeka Elizegi, 2024
https://rbkcollage.com/

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/Lunwerglibros

Diseño y maquetación: Lunwerg, 2024

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-19875-61-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!